

**El hombre de la situacion. Novela de costumbres por M. Payno.
Tom. I.**

Payno, Manuel, 1810-1894.

Mexico, Imp. de Juan Abadiano, 1861.

<https://hdl.handle.net/2027/yale.39002005612461>



Public Domain

http://www.hathitrust.org/access_use#pd

We have determined this work to be in the public domain, meaning that it is not subject to copyright. Users are free to copy, use, and redistribute the work in part or in whole. It is possible that current copyright holders, heirs or the estate of the authors of individual portions of the work, such as illustrations or photographs, assert copyrights over these portions. Depending on the nature of subsequent use that is made, additional rights may need to be obtained independently of anything we can address.



Mexico
He93m
623n



*"I give these Books
for the founding of a College in this Colony"*

• YALE UNIVERSITY •
• LIBRARY •

1916

W. F. MERRILL 1916

EL HOMBRE
DE LA SITUACION.

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

M. Payno y Flores

CIUDADANO MEXICANO.

TOM. I.

MEXICO.

IMP. DE JUAN ABADIANO, ESCALERILLAS NUM. 13.

1861.

PROEMIO.

La vida es un vasto teatro y el mundo con sus anchos mares, con sus elevadas montañas, con sus cielos ya claros y diáfanos ó ya melancólicos y brumosos, con sus palacios soberbios y sus chozas humildes, es el escenario donde todos nos apresuramos á tomar lugar y á desempeñar nuestro papel: los unos de reyes y conquistadores los otros de patricios esclarecidos, los de mas allá de anacoretas, de varones santos, de sábios profundos, de liberales sinceros, de políticos sagaces, de fanáticos intratables, de mercaderes de conciencia, de saltibanquis y purchinelas en fin, porque la ambicion y la vanidad humana no conocen límites y desean desde lo mas noble y elevado, hasta lo mas abyecto y absurdo. Todos estos actores apenas entran en escena, apenas comienzan á poseerse de su elevado papel cuando la muerte con su risa descarnada, va reduciendo al polvo las púpuras rojas de las di-

II.

ñastías, los gorros encarnados de las repúblicas, las togas negras del foro los trenes relucientes de la riqueza y los actores van desapareciendo como las sombras fugitivas de una linterna de fantasmagoría. —*Pulvis et umbra sumus* decía Horacio.

Pero de todos estos grandes y pequeños actores quedan á veces en las galerías los retratos de su personal físico; pero de sus costumbres, de su parte moral, de su vanidad, de su miseria, no hay quien hable. Apenas esas páginas aduladoras y apasionadas que les llaman históricas, nos dan idea de las fisonomías de los hombres y de los siglos que van pasando y cambiando como cambian y pasan la mayor parte de los seres y aun de las cosas materiales de esta vida.

Si al paso corto por el sendero del mundo, se puede dejar un bosquejo, una caricatura siquiera de los reyes de grandes narices, de los políticos de obtuso cerebro de los encorvados y humildes caritativos que han encerrado buenas economías en sus cofres, de las notabilidades literarias que han robado á la Fama su gran trompeta y sus tendidas alas, si se logra hacer menos malos con un pintarrajo á los demás cómicos que arrebatan de grado ó por fuerza sus papeles en los dramas sociales, se habrá conseguido al menos. . . . ¿Qué? nada, absolutamente nada. . . . El mundo quizá fuera mejor con menos libros, con menos maestros, con menos soldados y con menos gobernantes. . . . Las generaciones en su rápido tránsito sobre la tierra solo

III.

necesitan un poco de pan y un poco de paz: todo es efímero y perecedero cuando no es ridículo y perjudicial: todo termina breve, todo pasa como sombra, libros, saber, ingenio, virtud, hipocrecía, maldad; todo se reduce en pocos instantes á la nada, al olvido, al polvo. Horacio dice muy bien. *Pulvis et umbra sumus.*

¿Será este libro lúgubre, melancólico, casi incomprendible como son las líneas de este prólogo? No, seguramente no; al menos no es mi intencion, sino tomar de las cosas, de los tiempos, de los hombres, algunas semejanzas, y reunir el corperto en unas cuantas hojas de papel. ¿Es necesario retratar esactamente á una ó mas personas? Tampoco: el grupo saldrá mejor y mas grotesco tomando la vanidad del uno, el candor del otro, la arrogancia ó la malicia del de mas allá: ó lo que es lo mismo, para formar un todo hermoso, tomarémos los ojos de un ciego, las plernas de un cojo, los brazos de un manco, el vientre de un hidrópico, la dentadura de un octogenario. ¡Qué figura! ¡Qué libro! Á propósito: y contestarémos de una vez á preguntas que siempre hacen los aficionados á la lectura ¿El libro es bueno? En esta vida no hay bueno ni malo sino es relativamente, pero de seguro el autor no cree tan malo su libro, cuando lo da á la estampa: los autores que dicen mansa é hipócritamente lo contrario, mienten, ó mas bien, es de crerse que tienen su buena dócis de vanidad encerrada pero mal

IV.

escondida. ¿Que contiene este libro? Palabras tras de palabras como todos; las unas peor hiladas que las otras. ¿De qué trata este libro? De todo y de nada. Son borriones que un aficionado al dibujo traza en un pliego de papel. ¿Este libro es novela, es historia, ó es cuento? El autor quizo, fué su intencion al menos, dar una idea de algunas de las costumbres de nuestros abuelos, de nuestros padres y de nosotros mismos. ¿Ha desempeñado bien el asunto? Eso está por ver, eso queda á la calificacion de los lectores eso merece un detenido exámen: por lo demás, historias contemporáneas tenemos que parecen cuentos, y cuentos que son verdaderas historias, pero que no se pueden escribir mas que dándoles el carácter frívolo de la novela.

El hijo, pues, feo ó hermoso, una vez que ha nacido, tiene que salir á luz y confiar su suerte á la benevolencia del público: si muere en su temprana edad, nada se habrá perdido, y no habrá hecho mas que seguir la suerte de todas las cosas humanas — *Pulvis et umbra sumus.*



CAPITULO I.

DASE CUENTA DE LA ILUSTRE PROSAPIA DE DON FULGENGIO Y DE COMO VINO DE ESPAÑA EN COMPAÑIA DEL VIREY.

La mayor parte de los lectores sabe que Julio Cesar, fué un celebre capitán, un elocuente orador y un gran calavera, que entre otros defectillos ó virtudes, que todo es lo mismo cuando se trata de altos personajes, tenia la de ser un tanto oji-alegre y donde ponía los ojos allí hacia una herida, como suele decirse.

Tocó la suerte en una de sus muchas aventuras, de pasar á la península Española y allí no obstante sus ocupaciones guerreras y sus peligros continuados, tuvo ocasion de ver en un cierto lugar de aquellas tierras una muchacha que por su hermosura y gracia no desmentía, la bien merecida fama que desde entonces alcanzaron entre la gente de buen gusto, las mu

geres españolas El buen Julio y la virtuosa española. la se entendieron de tal manera que á los tantos meses resultó un cesarito, que quedó al cuidado de su madre mientras su padre pasaba el Rubicon, se enamoraba en Egipto de la reina Cleopatra, se dejaba dar de puñaladas por el patriota Bruto y corría finalmente otras pequeñas aventurillas de ese genero que segun el buen entender de la gente piadosa habrán continuado quisá en las tierras calientes del otro mundo.

El Julito creció y no queriendo dejar atras la fama de su padre tuvo otro Julito, y á su vez este Julito tuvo otro, y el otro á otro, hasta que el tiempo y la fortuna que siempre favorece á los calaveras vino á colocar en el Solio Gótico á un vástago del gran dictador Romano. Este rey godo se llamaba Agila, y á los cinco años de su reinado fué asesinado por sus vasallos, teniendo el gusto de correr la misma suerte que su antecesor corrió en el senado de Roma.

Este crimen nefando que solían cometer muy á menudo los buenos y dociles pueblos de la antigüedad, no extingió la raza, pues al cabo de cierto número de años, otro vástago del gran Julio y pariente muy inmediato del desgraciado Agila, subió al trono con el nombre de *Sisenando*, el que tuvo el gusto de hacer la segunda coleccion de las leyes godas y con el título de *Fuero Juzgo* dió á luz un libro que desde entonces hasta ahora ha sido en union de otras preciosas y

divertidas obrillas de este género, gran recurso para llenar las bolsas de los abogados y curiales y dejar vacías las de los menores, viudas, herederos y acreedores.

La muerte no fué bastante poderosa para acabar con una tan ilustre y noble raza, antes bien aumentada de siglo en siglo con enlaces ilustres, resultó en el curso de los años una série de Garcías, todos parientes, todos colocados en la cumbre del poder. D. García Jimenez, D. García Iniguez Reyes de Sobrarbe, D. Sancho García, conde soberano de Castilla, D. Sancho Abarca y D. García Sanchez, reyes de Aragon, todos eran, como quien dice una misma cosa, y los autores de los *nobiliarios*, habían ya probado hasta la evidencia con la historia en la mano, y mas que todo, con los blasones y campos rojos y azules que Julio César no se había llamado así, sino á causa de la rudeza y barbarie de los escritores romanos, pero que su verdadero nombre era Julio García; deduciéndose como consecuencia necesaria que Bruto, en vez de ser un esclarecido patriota como lo describen los rectores á los muchachos de los colegios, había sido un solemne caballo, un verdadero bruto, supuesto que él creyó matar á un César, y éste no era César sino García.

Desde que falleció D. Ramiro Sanchez el cristianísimo, hasta la época en que comienza esta verídica narracion, la familia había conservado su clara y limpia nobleza, y transmitido tan preciosa herencia de pa-

dres á hijos con una fidelidad tal, que ni una sola partezuela de tan dorados blasones se habia empañado.

La noble familia que habia sucedido en el cargo de conservar tan precioso depósito, se componia de un viejo curro andaluz llamándose Fulgencio, el cual tenia que mantener cosa de diez muchachos de todas estaturas, gruesos y tamaños, con solo el producto de un cortijo, cuyos linderos podia medir con la vista un meope sin necesitar de anteojos.

D. Fulgencio habia gastado las economías de muchos años en hacer copiar en pergamino una ejecutoria donde constaba por menor y con todas sus pruebas al canto, todo lo que en compendio hemos procurado indicar en las líneas anteriores. La ejecutoria tenia además pintado en la carátula un escudo dividido en cuatro cuarteles, coronado de un casco con su cimera, y rodeado de un mote que decia:

De García arriba, nadie diga.

Las nobles aspiraciones del tio Fulgencio no se limitaban á conservar sus pergaminos, á enseñárselos á cuantos amigos lo visitaban y á platicar constantemente de sus antepasados, sino que pretendia que ademas de ser descendiente de Julio García, lo era tambien de Adan, pero no del Adan de los anticuarios de donde proceden los indígenas de las américas, ni del Adan negro de donde nacieron todos los esclavos, segun creen los cultivadores de caña, sino de un Adan

andaluz, mas guapo, mas valiente, mas noble, que cuantos Adanes han dado origen al resto del género humano.

Sin embargo de todos estos grandes títulos, suficientes para que hubiesen llamado la atención de soberanos menos bruscos y bárbaros que los soberanos españoles, el tío Fulgencio con sus diez descendientes de Adan y de Julio García. se moria literalmente de hambre, pues el producto de tres vacas, de ocho carneros y de dos docenas de olivos, no era suficiente ni para el gaspacho y el chocolate que ya en esa época era la bebida favorita y casi indispensable de todo español bien nacido y descendiente de Julio García.

El tío Fulgencio necesitaba tomar una resolución enérgica, pero ella no era difícil supuesto que ahí estaban las américas empedradas de oro y plata, donde no habia mas que llegar y tomarse el trabajo de inclinarse para reunir una gran fortuna y volver á la Península á tomar el título de conde, duque ó marques.

Fijo ya en este pensamiento el tío Fulgencio, se dirigió un dia al puerto de Cádiz en compañía de su hijo *Fulgencio el chico*, con el intento de enviarlo á América á que hiciese su fortuna, pero como el tío Fulgencio no queria que viajase así como viaja una gente vulgar, y al mismo tiempo no tenia un cuarto, no hallaba en su noble cabeza el medio de salir del atolladero. Paseándose por las cercanías de la rive-

ra encontró al tío Paco, otro andaluz como el viejo y noble.

—¡Compadre Fulgencio!

—Compadre Paco: el Dios mas grande, que es el Dios de los andaluces, me ha deparado á su merced.

—En qué puede servirle mi mucha nobleza, contestó el tío Paco.

—Friolerilla, compae, en enviar á este pimpollo á la América á que recoja un poquillo de oro.

—Que ni mandao hacer compae, conforme, y venga el muchacho.

—Bien entendió compae que el muchacho ha dir como quien es, no se diga que un nieto de Julio García y de Adan va así como quiera.

—Ni por pienso, compae: cabalito que no dilata ni un hora en marcharse el virey de México.

—Pues al lance compae, con el virey de México dijo el tío Fulgencio dando una palmada con el reverso de la mano izquierda en la palma de la mano derecha.

—Un momento compae, interrumpió el tío Paco: ¡cabalito! que va de piloto del barco ñor Cristóbal Colón, y en dos palabras el chico Fulgencio se va con el virey, y ya verá uté compae hasta capitán no ha de pará.

—Vivo, por Jesús, compae; mientras yo le digo cuatro cosa á Fulgencio el chico y le doy la bendicion.

El campadre Paco corrió á bordo del barco que se

iba á hacer á la vela para Veracruz, y donde estaba ya embarcado el muy noble D. Joaquin de Monserrat, marqués de Cruillas, que venia á México á desempeñar el cargo de virey.

En un momento se halló tio Paco á bordo y de mano á boca con el segundo piloto.

-- Oye tú, Critóbal, le dijo, me vas á jacer un favor. Entre el pezcao salao y entre los cachivaches de la cocina te vas á llevar al muchacho del compae Fulgencio. Ya sabes en que ha dao que es pariente de Julio García y de nuestro pae Adan, y queria que fuese en la misma cámara del virey, con que quitémono de ruío y métete á Fulgencio en la bodega, y si en el camino te dice algo ó quiere decir que es pariente de Julio García, le das verga duro, y cuando lleguen á la tierra, lo pones en la playa, y que lo ayude Dios y su pariente Julio García. Con que te lo traigo, y no hablemo mas.

El segundo piloto consintió en la proposicion, porque nada podia negar al compadre Paco que le cuidaba á su familia siempre que él hacia sus largos viajes; y ambos muy contentos se estrecharon varias veces la mano.

El compadre Paco se dirigió á donde habia dejado á Fulgencio.

-- Servío, compae, como uté lo desea. El muchacho se va con el señó virey, regalao, mimao, como si

TOM. I.—P. 2,

fuera hijo de su mae: ya le dije á Cristóbal lo que tenia de jacer.

—Compae, me ha quitao uté la giralda que me bailaba en el corazon. Fulgencio será como uté dice, capitan, y traerá mucha plata á la familia, y todo deberemo una fortunilla al compae Paco. Venga un abrazo, compae, y á bordo. Ante lé diré cuatro palabra á Fulgencio.

El compadre Fulgencio abrazó por dos ó tres veces al compae Paco, y luego se dirigió á su hijo, que era un muchacho como de catorce á quince años, de anchas espaldas, de gruesos y colorados carrillos, de nariz chata y ojillos verdes, y que habia estado entretiendo jugando con otros camaradas, sin sospechar que los dos compadres habian, en un abrir y cerrar de ojos, improvisado su viaje, de una manera tan singular.

—Escucha, Fulgencio, le dijo su padre.

Fulgencio cruzó los brazos, y se colocó delante de su padre.

—¿E verdá que yo te he dao una educacion conforme á tu nacimiento?

—E verdá, dijo el muchacho.

—¿E verdá que no sabes leer de corrio, ni tampoco escribir?

—E verdá, volvió á contestar el muchacho.

—Pero, es que nomá lo reye y lo vireye saben escribir eso que apena se les entiende; pero eso no hace al

caso: tú sabe sacá agua de una noria y regá los olivos y enjaezá un caballo, no es verdá?

—E verdá, dijo otra vez el muchacho.

—Pues hombre sin hombre, no vale naa: tú te vas á la América.

El muchacho, que no aguardaba esta conclusion, llevó los brazos á la cara, y se limpiaba con las mangas de una tosca camisa algunas lágrimas que salian de sus ojos.

--No hay que llorá: te vá con el virey: todito se lo debes al compae Paco.

El muchacho se repuso algo en cuanto oyó el nombre del virey, pero seguia, sin embargo, limpiándose las lágrimas.

—No hay que llorá: te vas á México á cojé oro y plata. Tan luego como llegue, si el Sr. virey te lo permite, vas mirando dondè pisas, la piedra que veas de oro te la guardas, las de plata las dejas para lo criaos y pa lo marinero. Conque portarse bien, y acuérdate de tu agüelo Julio García, y jas dinero y sé honrao, *paa que de García arriba naide diga*. Cuando sepas ecrebí, pon cuatro palabra á tu pae que con darte la bendicion te dá cuanto tiene.

El compadre Fulgencio no dejó de enternecerse al decir estas últimas palabras, y sus ojos se llenaron de lágrimas al estender su mano para echar una bendicion al muchacho, mientras con la otra se quitaba el

sombrero, y alzando la vista al cielo decia: Allá va el muchacho á las Indias, Dios lo ayude.

Fulgencio el chico fué arrebatado del brazo por el compadre Paco, y antes de que pudiese hacer resistencia, antes de que pensase en despedirse de sus hermanos y reflexionar en lo que le sucedia, ya estaba embarcado en un falucho que lo condujo á bordo del buque en que se hallaba el virey.

No hay que olvidar lo dicho, Cristóbal, gritó el compadre Paco al piloto: si el muchacho chista, duro, que así se jacen los hombres.

Tan luego como Fulgencio el chico saltó á bordo, Cristóbal lo hizo bajar á la bodega, y lo colocó entre unas pipas de vino y unos barriles de aceitunas. A poco comenzó á moverse el barco, y Fulgencio, desvanecido y perdiendo la cabeza, cayó sin fuerzas y casi sin sentido entre los víveres y la humedad de su oscura habitacion.

El compadre Paco, pasado su primer movimiento de ternura, se pavoneaba muy satisfecho al día siguiente contando en todo Cadiz que ya habia hecho la fortuna de su hijo, que habia marchado de capitán á México á lado del virey.

CAPITULO II.

DEL VIAJE Y ARRIEO A VERACRUZ DE FULGENCIO EL CHICO, Y DE COMO NO QUISO CONTINUAR CONEL VI-REY PARA TENER EL GUSTO DE RECOJER EL ORO Y TIRAR LA PLATA A LOS INDIOS Y A LOS ESCLAVOS.

Luego que se alejó algunas millas de Cadiz el buque que conducia á su bordo al Sr. marqués de Cruillas, comenzó á soplar un viento fresco, la mar se puso gruesa, y á los dos dias se declaró una recia tempestad que hizo mover á la nave en todas direcciones como si fuese una cáscara de nuez. Durante los diez dias del temporal, Fulgencio permaneció atacado violentamente del mareo, y sin aliento ni aun para tomar as escudillas de caldo que le bajaba el cocinero á la bodega por órden del acreditado y famoso piloto Cristobal Colon; pero tan luego como el viento calmó y la

mar recobró su tranquilidad, desapareció el malestar del muchacho, su vacío estómago sintió una hambre devoradora, que saciaba con cuantos manjares buenos ó malos le presentaban. En seguida comenzó á reflexionar en su situación. Tan pronto se veía en las calles de Cadiz jugando con sus amigos, como creía dormir en el camaranchon que poseía en el cortijo paternal, ó tomar el cubo para sacar agua de la noria y regar los olivos, pero un movimiento de la nave á quien batian las olas por el costado, le recordaba su presente situación, la cabeza se le iba y se juzgaba ya de nuevo acometido por el mareo; sin embargo, en medio de todos estos pensamientos que algunas veces se presentaban con un carácter de duda en su cabeza, tenía bien fijas y clavadas en su memoria tres cosas: primera, que era de la noble y antigua descendencia de Julio García; segunda, que viajaba con el virey; y tercera y principal, que tan luego como llegase á América, debería comenzar á recoger oro y plata. Con este oro, pues la plata era tan poca cosa, que ya estaba convenido que la dejaría para los criados, para los indios y para los esclavos, se proponía regresar dentro de algunos meses á España, y comprar las inmensas posesiones que habían pertenecido en otros tiempos á la esclarecida familia de García. Un campo espacioso lleno de olivas, un rebaño numeroso de carneros, una manada de las más lucidas yeguas andaluzas:

en fin, todo esto y otras mil cosas, serian propiedad suya y de su familia, y todavía podia dejar como cosas inservibles y olvidadas, algunos montecillos de oro.

No deben parecer exagerados estos pensamientos á los que sepan lo mucho que se ponderaban las riquezas minerales de las Américas, y las pingües fortunas conque en efecto regresaban á España los que se dedicaban á trabajar algunos años en éstas, entonces benditas y magníficas tierras.

Disipada por estas alhagüañas ilusiones la tristeza que en medio de sus pocos años causó á Fulgencio la separacion repentina de su patria y de su familia, salió fuera de cubierta una mañana muy temprano, se lavó la cabeza en la proa del barco con unas cuantas cubetas de agua de la mar, y muy erguido y satisfecho del alto destino que tenia que llenar en las Américas, se dirigió al segundo piloto, que se llamaba Cristóbal de Antunes, y que por los muchos viajes que habia hecho á las Antillas, le nombraban en el puerto de Cadiz Cristóbal Colon.

Diga, ñor Cristóbal, dónde está el Sr. virey dijo Fulgencio; quiero saludarle y darle las gracias en nombre de mi pae, por haberme traio en su compañía.

Antunes se quedó un momento admirando el airo marcial y despejado de Fulgencio, y no sabiendo si reirse ó ponerse serio, tomó al fin en la mano un pedazo de verga que por lo gastado de sus puntas se cono-

cía que habia servido ya para vapular las espaldas de algunos marineros, y le dijo:

—Mira, currillo, tu señor padre es cierto que te ha mandado con el Sr. virey, pero mi compadre Paco me encargó mucho que sobre todo cuidara de hacerte hombre, y sabes que los hombres no se hacen si no es con los trabajos, con los peligros y tambien con algunos cariños de este instrumentillo; con que comienzo á cumplir el encargo del compadre Paco,

Esto diciendo, aplicó dos ó tres vergazos en las anchas y robustas espaldas de Fulgencio el chico.

Ñor Cristóbal, esto es demasiado, y si mi padre lo viera, vive Dios que lo agarraria por el fondillo é iria su merce á remanecer á lo cuerno de la luna.

—El peligro que tú corres currillo, es, que si el virey ó el comandante saben que vienes á bordo, te mandan coger por el fondillo y te arroján á la mar, porque no eres mas que un polizon. Con que si quieres evitarme una buena reprimenda, lo mejor será que comiences á hacer tu servicio de marinero.

—Bien, bien, no me opongo, dijo Fulgencio, pero cuánto reale diario tengo de ir ganando?

—Vanidoso, mentecato, le contestó Cristóbal, qué mas quieres ganar que la comida y el trasporte? además, qué sabes tú de marinero para que pretendas ganar algo?

—Pues entonces, ¿por qué diablo vengo con el virey

y tanto me valia haberme quedao en mi casa. Capitulemo, tío Cristóbal, continuó Fulgencio: yo tengo acá mi modo de manejar el negocio. Me dará uté un vaso de vino todo los día, y algun pezcao, en lugar de esa mala chanfaina que me ha hecho volver hasta lo hígado, y entonce veré, pensaré si puedo jacer algo por uté, y eso, de lástima de que el virey no lo mande agarrá por lo fundillo y echar al charco. Con que negocio concluó, tío Cristóbal.

El piloto iba á responder y quizá á aplicar con alguna mas fuerza nuevos latigazos á las espaldas de Fulgencio, pero éste no le dió tiempo, sino que arrojándose á su cuello, lo estrechó tres ó cuatro veces con efusión, y despues, mirándolo frente á frente con los ojillos mas alegres del mundo, prosiguió: No hay que poné mala cara, tío Cristóbal, que al fin uté sale ganando en gastar ese vino ante que se le tuerza ó se lo beba [todito el señor virey. No hay cuidao, que dentro de un mes veré si le puedo ayudar en algo.

Cristóbal iba á descargar toda su furia contra Fulgencio, pero como era un buen hombre en el fondo, se contuvo.—¡Bah! dijo, estos andaluces son como Dios los crió, y es fuerza hacer algo por el compadre Paco que es el padre de todos mis hijos, cuando yo ando por estos mares. Daremos á este tunante su racion de vino y de pezcado, pero en llegando al puerto, ten-

go de darle una felpa, que ha de acordarse de mí el resto de su vida.

El piloto volvió á donde lo llamaban sus ocupaciones, y Fulgencio se encaramó en el palo de bauprés, y comenzó á mirar la mar azul y serena y á pensar en el venturoso momento en que llegando á las Indias, comenzaria á recoger montones de oro.

Ningun incidente particular hubo en la navegacion. El piloto, que era muy querido de todos los gefes de la marina española, declaró que habia un polizon á bordo, que por recomendacion de un amigo íntimo conducia á América, sin que por esto se le siguiese perjuicio alguno; y el polizon por su parte no perdona la racion de vino y de pezcado, ocupándose únicamente en ver la mar y en dormir, decidido, como él decia, en hacer á Cristóbal algun favor, para evitarle que el virey lo mandase echar á la mar.

En la época en que comenzamos esta narracion, que era el principio del reinado de Carlos III, los vireyes venian á México por lo comun en lo que se llamaba la flota. La flota era la reunion que hacian en Cadiz los comerciantes, de muchos barcos, cargados de efectos para las Indias. Estos barcos eran escoltados por buques de la marina real, y hacian la travesía tan juntos y unidos para defenderse de los corsarios y piratas, como lo permitian los vientos, que no pocas veces solian dispersar enteramente la escuadrilla.

Luego que llegó la flota á la sonda de Campeche, el virey hizo que una embarcacion menor que sirviese de correo ó aviso se adelantara, conduciendo pliegos á Veracruz y á México, en que anunciaba su llegada al sucesor, y esperó á que en aquellas aguas tranquilas se hiciese la reunion de todos los barcos que se habian alejado ó dispersado por las corrientes y los vientos. A los setenta y seis dias de haber salido de Cadiz la flota con la capitana que conducia al virey, fondeó en el costado del castillo de San Juan de Ulúa, cuyas obras de fortificacion no se concluyeron y perfeccionaron, sino algunos años despues.

Luego que los cañonazos del castillo que fueron contestados por los buques de guerra, anunciaron la categoría y dignidad del personaje que venia á tierra, el ayuntamiento en cuerpo, presidido por el gobernador, se presentó en el muelle y recibió á tan ilustre huésped con las mayores muestras de acatamiento. El gobernador le presentó en un plato de plata, colocado en un cogen de terciopelo carmesí, las llaves de la ciudad que el virey tomó por ceremonia, valviendolas á dejar en seguida, y diciendo: que parando en manos tan fieles como las del gobernador los intereses de S. M., estaban muy bien guardados, y la ciudad completamente segura. Una sonrisa de satisfaccion y de orgullo vagó en los lábios del gobernador, é indicando el camino á su comitiva, el virey y todo su

séquito marcharon entre una valla de soldados hasta la puerta de la parroquia, donde el cura esperaba con capa pluvial, para cantar un solemne *Te Deum*. Concluido este acto religioso, el virey, con el mismo lucido acompañamiento, se dirigió á la habitacion que se le tenia designada; donde estaban ya preparadas las literas y avío para el camino, y además, bandejas y azafates llenos de chocolate, de dulces y de bizcochos, sin faltar tampoco algunas frasqueras llenas de los mas variados y exquisitos vinos. Todos estos regalos eran de D. Francisco Cagigal de la Vega, que acababa su periodo en el vireinato, y del ayuntamiento y comercio de Veracruz, que competia en generosidad y magnificencia al obsequiar á los gobernantes que los reyes españoles enviaban á la Nueva España.

Ocupado Cristóbal el piloto con la maniobra de la entrada, con el desembarco de los equipages y con otra multitud de atenciones del momento, no se acordó del polizon que venia á bordo, pero éste, que conocia su negocio, como él decia, se dió su buen baño de agua salada, se puso una camisa limpia que tomó del equipage de Cristóbal, y se embarcó en el mismo bote en que el virey vino á tierra, mezclándose en la procesion y en las demás ceremonias, sin que nadie le digese ni una palabra, porque todos lo suponian de la servidumbre del ilustre personaje: así es que gozó de

todo, comió perfectamente, bebió magníficos vinos, y recibió todo género de atenciones de los veracruzanos, que no habiendo podido mirar y conversar con el virey, se creían muy dichosos con tratar siquiera á uno de sus inmediatos servidores. Fulgencio recibió con un aplomo y con una seguridad tal todos estos obsequios, que nadie dudó que era por lo menos el lacayo favorito del marqués.

A la tarde, al tiempo que el virey salía al corredor de la casa, á tomar el fresco, Fulgencio se le presentó.

—Conque, señor marqués, me voy, porque yo sé mi negocio y pa eso me mandó mi padre á las Indias; pero antes he querido darle las gracias por la compañía.

—¡Insolente! dijo el virey de pronto; pero como Fulgencio se lo quedaba mirando con sus ojillos alegres y con un aire completo de tranquilidad, el virey se calmó, y sonriéndose le preguntó quién era.

—Señor marqués, yo soy, en primer lugar, descendiente de Julio García, y en segundo, de Adán, pero del Adán de Andalucía.

—Antes de haberlo oído hablar hubiera yo apostado que era andaluz, dijo el virey, y luego, dirigiéndose á él, continuó preguntándole: Y bien, ¿dónde veniste?

—En ese barco que está junto al castillo, dijo Ful-

gencio. El señor marqués tuvo la bondad de acompañarme, y vamo, á fuerza tengo que decirle alguna cosa por la compañía.

—¿Y á qué vienes á México? le preguntó el virey sonriendo.

—Mi señor pae me dijo: Hombre.... vé, recoge un poquillo de oro, y dentro de unas semanas te vuelve á tu casa..... Con que ya ve uté señó marqué que tengo algun quehacercillo.

A eso vino tambien Cortés, Alvarado y Guzman dijo en voz baja el marqués, y á eso en sustancia vengo yo tambien: y luego, dirigiéndose á Fulgencio continuó: supuesto que á eso te mandó tu padre, no hay mas que obedecerlo. Toma, y vé con Dios, y estoy seguro que con ese taco y esa confianza que tienes en la fortuna, dentro de algunos años has de ser uno de los hombres mas ricos de la Nueva-España. El virey puso en la mano de Fulgencio algunos escudos de oro, y le hizo seña que se marchase.

Fulgencio se dirigió al muelle para procurar modo de volver á bordo y despedirse del piloto Cristóbalpero éste con la verga en la mano registraba cabalmente con la vista á toda la gente, para observar si entre ella estaba el recomendado de su compadre Paco.

—Una hora llevo de buscarte, maldecido muchacho, le dijo Cristóbal cuando lo vió.

Nos han recibío grandemente, Cristóbal, le contestó Fulgencio. El gobernador me entregó la llaves, el cura me cantó en la iglesia, y toditos me han traído en las palma de la mano. Ya le dije cuatro cosa al virey, y lo deajo que se marche porque yo tengo que atender á mi negocio.

—Bueno, me alegro de todo, le respondió el piloto, riéndose de la vanidad del muchacho; pero como el compadre Paco me encargó que no dejara de hacerte hombre, tengo que cumplir su encargo. Ven por acá y nos despediremos, porque yo tengo que volverme á bordo.

Cristóbal y Fulgencio se dirigieron á un lugar solitario fuera de las murallas.

—Mira, Fulgencio, le dijo el piloto señalándole la direccion de México, por allí es tu camino, se trabajador y hombre de bien, y harás fortuna. Toma esta poca de ropa y estos cuartos, con lo que te bastará para el camino, que en llegando á la ciudad, no faltará un paisano que te dé la mano. Cristóbal le entregó una maleta con unas cuantas piezas de ropa y algunas monedas de plata. Ahora, continuó, para que te acuerdes de mí y del tio Paco, toma, porque es preciso enseñarte á ser hombre.

Al decir esto aplicó con todas sus fuerzas media docena de vergazos en las espaldas de Fulgencio, de manera. que cuando éste trató de escapar dando de

gritos, ya Cristóbal, con la mayor tranquilidad, le tendía la mano en señal de amistad.

—¡Mal rayo!. . . .dijo Fulgencio dándole la mano.

—Estos latigazos, hijo mio, le contestó Cristóbal, te harán hombre. Conque, adios, y cuando puedas, dá noticias de tí en el puerto, que yo, como los pájaros de la mar, suelo visitar estas playas todos los años en la buena estacion.

El piloto se entró á la ciudad, y Fulgencio, rascándose las espaldas que todavía tenia medio dormidas á causa de los cuerazos, y echándose su maleta al hombro, tomó el camino de México á pié sin recomendaciones, sin parientes, sin saber ningun oficio, sin mas elementos que los que encontraban en esta tierra de promision la multitud de polizones que venian de España, como Fulgencio el chico, sin mas capital que la bendicion de sus padres.



CAPITULO III.

DE COMO HIZO FULGENCIO EL CAMINO DE VERACRUZ A MEXICO, RECOGIENDO MUCHAS PIEDRAS DE ORO, Y DE LA QUEJA QUE DIO AL VIREY CONTRA UNOS ARRIEROS QUE LO TRAJERON MONTADO EN UNA MULA, HASTA CERCA DE PUEBLA.

Como del exâmen que hizo Fulgencio del terreno por donde caminaba, resultó que en vez de oro, no habia mas que pesados arenales semejantes á otros que habia visto en las playas de Andalucía, asaz, mohino y disgustado siguió andando. hasta que lleno de fatiga se entró á pedir alojamiento en una choza, que sin duda pertenecia al pueblecillo que hoy se llama de Santa Fé. Cenó lo que le dieron, y echándose en un cuero de toro que le designaron como cama, colocó la cabeza sobre su maleta, y en breve, el sueño y el cansancio hicieron que cerrase los ojos y durmiese pro-

fundamente, hasta que la luz del nuevo día, entrando por la puerta de la choza, que como es costumbre en la costa, habia quedado abierta, le anunció que era hora de levantarse y de continuar su peregrinacion. Pagó, pues, su módico escote, adquirió algunas señas y pormenores del rumbo que debia seguir, y despidiéndose de aquellas buenas gentes, que estaban ya habituadas á ver pasar todos los dias multitud de polizones y de aventureros, continuó su camino con la esperanza de que seria mas feliz que el dia anterior.

Una llanura interrumpida solo con pantanos y cienagas, en parte revestida con un césped tostado por el sol, y en parte erasia y arenosa, no indicaba á Fulgencio ni la mas remota esperanza de encontrar el oro que con ansia buscaba con los ojos, haciendo y deshaciendo camino para examinar todo lo que parecia reflejar el brillo del codiciado metal. En esta fatiga pasó la mayor parte del dia, hasta que el calor del sol y el cansancio pudieron mas que su exaltada imaginacion y su robusta y juvenil contestura. Ya entrada la tarde divisó unas chozas, y sin pensar mas que en concluir la jornada y en saciar el apetito, se dirigió hácia ellas.

Como la hospitalidad de todos los habitantes de México ha sido tradicional, y con especialidad la de los veracruzanos, Fulgencio ninguna dificultad tuvo en encontrar alojamiento, y una cena, compuesta de un sabroso arroz blanco, y unos trozos de excelente

ternera asada. La colacion no escasa, con que refrigeró su estómago, disipó en parte su mal humor, y le dió fuerzas para continuar al dia siguiente. Muy de madrugada, y evitando la compañía de algunos pasajeros que seguian el mismo rumbo, se puso en marcha; de manera que cuando el sol salió, comenzaba á entrar en un país montañoso, donde seguramente deberia encontrar la fortuna. En efecto, lleno de asombro comenzó á notar piedras que ya relucian con un brillo opaco, ó ya contenian partículas amarillas y algo rojizas.

—A Dios gracia, dijo sentándose en una peña, que no me acompaña ya el virey. Vaya un viejo tacaño é insufrible: darme unos cuantos escudos, en esta tierra donde toditas las piedras son de oro: bien podia haberme llenao el saco de doblone para jacer el camino montao en un mulo. Vamo, vamo, Fulgencio, que tú no tiene necesidá de naide. A recoger piedra y á seguir el camino.

Fulgencio se levantó lleno de animacion, se restregó las manos, miró con sus ojillos alegres la perspectiva de riqueza que tenia delante, y comenzó á trepar por la serranía.

A cada dos ó tres pasos se detenia, y levantaba piedras tras de piedras. Las que eran calizas y de un color blanco, las tiraba diciendo: Estas la dejaremos para lo mexicanos, y las de granito, que según él, tenian muchas partículas de oro, las echaba en su ma-

leta y decia: eto é nuestro, y todito este oro es pa lo español.

Preocupado enteramente con el penoso, pero para el productivo trabajo, se desvió del camino real, de manera, que ya cerca de la noche, con los pies ampollados, rendido de fatiga, sin saber qué rumbo tomar observó con terror, que las sombras crecian, que es, traños ahullidos de fieras se escuchaban por las cavernas de la sierra, y que en toda la estension que su vista podia abarcar, no encontraba ni un ser viviente. ni vestigios que le indicasen la cercanía de alguna habitacion. Sin fuerzas y sin ánimo para nada, se dejó caer, y volviendo los ojos al cielo, se le presentó por primera vez con toda su viveza, el recuerdo de su florida Andalucía, de su pequeño jardin, y del pobre pero cómodo camaranchon que tenia en el cortijo paternal.

—Pa qué diablo fuí yo á salir del castillo de lo García? dijo, y vine á esta soledá, donde accstao en el oro me pueden comer los tigre y los leone. Dios perdone á mi padre y á la mala yerba del tio Paco, que me mandaron con el virey, y mala bomba aplaste al virey, que me ha dejao venir solito.

Comenzaba ya á desesperar de su salvacion, y á llenársele los ojos de lágrimas, cuando escuchó el tintin agudo de una campanilla, y á poco una llegua torúa fué asomando su largo y flaco pescuezo por la quiebra de la montaña: tras de la yegua venían unas

mulas rollizas y lozanas, cargadas cada una con un par de barriles de aguardiente, y tras de la recua caminaban cuatro arrieros, muy alegres, cantando y chiflando cancioncillas del país, muy semejantes á las de Andalucía.

El corazón de Fulgencio se abrió á la esperanza; y haciendo un esfuerzo se puso en pié y comenzó á gritar con todas sus fuerzas:

—Paisano, paisanito, eh, paisano, duélase de un viajero estraviado y rendió de fatiga.

Los arrieros torcieron la rienda á sus mulas, y se dirigieron al lugar de donde venia la voz.

—¿Qué demonio está haciendo el paisano en este lugar tan estraviado, le digeron, y por donde no pasan mas que los atajos de las haciendas de Tuzamapa? Esta vereda solo nosotros la conocemos, y aun cuando se corta el camino, nadie se atreve á pasarla por las muchas barrancas y precipicios que tiene.

—Vengo e Veracrú, paisano, y rejuntando por curiosidad unas piedrecilla, trepé de cerro en cerro, y perdí el camino, pero aquí está ya el hijo de mi madre, y les hará el favor de acompañarlos pa que naa les suceda.

El que parecia mayordomo de los arrieros, se echó á reir al notar el garbo y desparpajo del muchacho, y mandando traer una mula que venia sin carga, lo colocó en el aparejo, y así siguieron caminando todavía un

largo rato, hasta que ya muy entrada la noche, hicieron alto en una cañada que formaban dos grupos de cerros.

Fulgencio prosiguió su camino en compañía de los arrieros, hasta las cercanías de Puebla, mejor avenido con el ancho aparejo de la mula que le habían designado, que con la ruda fatiga que en el principio de su viaje había tenido, andando á pié leguas que le parecieron de doble dimension que las de su tierra. No por venir en compañía de los nuevos amigos, se descuidó de su principal ocupacion, pues mientras éstos ordenaban el hato, y echaban de comer á sus mulas, Fulgencio se hacia el perdedizo por un momento, y regresaba con los bolsillos llenos de piedras, de manera, que en pocos dias su maleta se habia llenado completamente. Los arrieros, á su vez, se divertian con escuchar las historias que el muchacho les referia, del valor, y de la nobleza de su padre, del grande influjo que ejercía en el puerto de Cádiz, el tío Paco, y de los agasajos que el virey y el piloto Cristóbal Colon, le habian hecho en la navegacion. El Sr. virey en personita, decia Fulgencio, cuidaba todito los dias, de darme mi vaso de vino, y mi lonja de pescao.

Poco antes de llegar á Puebla, Fulgencio se encarró con el mayordomo de los arrieros, y metiendo sus dos manos en los bolsillos, y meneando á compás la cabeza y pierna derecha, le dijo:

—Tío Marcelo, ya nos hemo tragao muchas leguas ¿no es verdá?

—Y todavía nos falta la tercera parte del camino, le contestó el arriero.

—Pues bien, parece justo que arreglemo nuestra cuenta.

Marcelo creyó que el muchacho, queria pagarle el flete de la mula en que habia caminado, y la comida de que habia participado, y como jamás fué su intencion el cobrarle nada, le volteó la espalda con desenfado.

¿Qué cuentas hemos de arreglar, Fulgencio? no es nada, nada, pues estamos acostumbrados á esto, los que hacemos viajes de México á Veracruz.

—No hay que volver la asentaderas, tio Marcelo, ni que echarla de guapo.

—¡Vah!, dejemos eso, Fulgencio, no hay en esto generosidad, sino costumbre.

—¿Cómo! esplíquese bien, tio Marcelo, ¿conque se acostumbra en las Indias no pagá el trabajo? Diga, diga sin andarse con delicadeza, cuánto reale me debe?

Marcelo volvió la cara lleno de asombro.—¿Cómo, qué dices Fulgencio? le preguntó.

—Lo dicho, tio Marcelo, ¿cuánto reale me ha de pagá?

—¿Yo pagarte? interrumpió Marcelo.

—Clarito, ¿pues cuánto vengo yo ganando por venir enorquetao en el mulo?

—¡Tuno, bribon! dijo Marcelo.

—Mi trabajo, y naa má: clarito, replicó Fulgencio acercándose á Marcelo.

—Mira, no te doy de palos, porque sé que eres andaluz, y como todos ellos. ¡desagradecido y papalon; pero ahora mismo te marchas de aquí con tu talega de piedras, que le ha hecho ya una matadura á una de mis mejores mulas: largo, largo antes que yo haga una de las mías.

Fulgencio vió tan enojado y decidido al arriero, que cargó su maleta y echó á andar por el camino real.

—¡Canalla de indio y de negro! con todita razon son esclavos, dijo en cuanto se alejó un poco. Me contuve, pero si me he dejao llevar de mi génio, de una mordía acabo con los arriero y con todito el atajo. Después que le he hecho el favor de caminar en su mula, no me ha querido pagá, y me ha robao el endino. Yá se lo diré al Sr. virey.

Ese día, Fulgencio tuvo que hacer su jornada á pié, cargando su maleta llena de piedras, pero como no habia gastado sus escudos, fácil le fué encontrar alojamiento y comida.

Al día siguiente del tremendo pleito con el tio Marcelo, una nube de polvo, y mucho ruido, anunció á Fulgencio que una gran cabalgata venia por el camino. Se hizo á un lado, y observó que era la comitiva del virey. Gritó hasta desgañitarse, pero como por el ruido de los caballos y la violencia con que

iban todos los caminantes, no pudo ser escuchado, aquella cabalgata pasó sin hacerle caso, y él tuvo que continuar su camino á pié, pensando, á pesar de la fatiga que experimentaba, que los arrieros le habian robado el precio del enorme trabajo que habia emprendido al hacerles el favor de caminar en la mula que le habian prestado. Fijo en esta idea, hizo cuantos esfuerzos pudo, y en efecto, llegó al mismo parage donde se habia detenido el virey para hacer su entrada pública en Tlascala. En esa misma noche le fué imposible acercarse á la noble persona del marqués; pero en la mañana siguiente, con un aire de desembarazo y de confianza, como si fuese de la casa, logró acercarse al virey al tiempo mismo que éste montaba en el coche para continuar su camino.

—Justicia, señor virey, dijo Fulgencio doblando una rodilla, quitándose una vieja y raída casqueta, é inclinando la cabeza con el aire mas compungido y sumiso.

—Vamos, retírate, no estorbes el paso, dijo el virey algo amostazado.

—Justicia, señor virey, justicia, volvió á exclamar Fulgencio.

—¿Qué se ofrece? ¿quién eres? levántate y habla.

—Soy el mismo de Cádiz y el mismo de Veracrú, señor virey.

—Singular respuesta, dijo el virey dirigiéndose al

TOM. I.—P. 4.

justicia mayor del pueblo, que permanecía junto al estribo del coche.

—El mismo que vino en compañía de vucencia, prosiguió Fulgencio, poniéndose en pié y levantando la cabeza.

—Vaya, dijo el virey con buen humor, debí haberte reconocido por el traje y la voz, tú eres el andaluz pariente de Adan, que se me presentó en Veracruz. Bien. . . despáchate pronto. . . ¿qué se te ofrece?

--Me han robao, me han robao.

---¡Pobre muchacho! exclamó el virey, te quitarían acaso los escudos que te dí, ¿no es verdad? ¿Qué dice usted de esto, señor alcalde? prosiguió. Apenas acabo de entrar en el reino, cuando ya comienzo á oír quejas de los desórdenes. ¡Cuenta con que en el momento que llegue yo á México, mandaré que os reduzcan á prision, y si el caso lo requiere, que os ahorquen si no parecen los ladrones que han robado á este muchacho.

—Señor virey, contestó el alcalde poniéndose pálido; si vucencia me manda ahorcar, obedeceré, pues soy fiel súbdito de su magestad, pero podría jurar que no hay un solo ladrón, desde el real puerto de Veracruz á esta ciudad: oro molido se puede tirar con la mas completa seguridad.

—Pues el justicia dirá lo que quiera, señor virey, pero á mí me han robao, interrumpió Fulgencio.

—¿Y quién te ha robado? habla, explícate, continúa el virey, porque este es un caso muy grave, y yo no permitiré. . . .

—Unos arriero.

—¿Unos arrieros? interrumpió el alcalde. ¡Imposible! Si es la gente mas honrada de todo el reino, conducen dinero, alhajas, y toda clase de efectos muy valiosos, y en cuarenta años que hace que resido en el país, no he oido decir que los arrieros se hayan robado ni una sola hebra de seda.

—Pues todito eso será muy cierto, insistió Fulgencio, pero á mí me han robao, señor virey.

—No lo dudo, no lo dudo, señor alcalde, dijo el virey con mucha seriedad: este muchacho no puede mentir, y ya veremos cómo parecen, no solo los ladrones, sino tambien el robo. En el acto mandará usted, señor alcalde, que sean desterrados y reducidos á prision todos los arrieros que se encuentren en el camino.

—Pero señor virey, dijo el alcalde con la voz muy cortada; es imposible que los arrieros hayan robado, ni á este muchacho, ni á nadie. Las personas que están aquí pueden decir si los arrieros son la gente de mas confianza y seguridad de la Nueva-España. Tenga V. E. la bondad de ordenar que este muchacho nos refiera algunos pormenores, y nos diga en qué consistió su robo, y yo prometo á fé de Pedro Car-

rasco, que antes que V. E. llegue á México, los ladrones estarán castigados.

—Nada mas justo, señor alcalde, respondió el virey. Vamos, muchacho, explícate, y cuenta con franqueza lo que te ha pasado.

—Fulgencio se rascó la cabeza, miró á toda la concurrencia que habia acompañado al virey hasta el estribo del coche, y haciéndose el ánimo de hablar elarito, como él decia, se encaró con el alcalde.

—Por el nombre de Fulgencio García, que me dió mi señor padre, que lo que digo es la purita verdá. Verá uté, señor virey. Yo estaba reeostao, debajo de un árbol, cuando ví llegar una yegua torda, y tras de la yegua torda, unos mulos, y tras de los mulos, otros mulos, que eran los arriero. Yo nadita les pedí, y ellos me montaron en un mulo, aparejao, y dia con dia, he venido trabajándo, hasta aquí cerca.

—¿Y en qué has venido trabajando? le preguntó el alcalde Carrasco.

—¡Toma! en venir encima del mulo, pero acabaré mi queja. Como decia, señor virey, aquí cerca les pedí que me pagaran.

—Que te pagaran, y ¿por qué? preguntó el alcalde.

—¡Toma! señor alcalde, todito lo que he ganao, por venir montao en el mulo! no quisieron darme naa, y me han robao: ahí está el cuento.

—¿Y esa es toda tu queja? le preguntó el virey conteniendo la risa.

—¿Y qué mas? señor virey.

—Señor alcalde, me pone V. en el acto en la cárcel á este muchacho, por embustero y por calumnia, dor: y si lo encuentra V. justo, como lo encontrará, puede V. mandar que le den veinticinco azotes.

—Señor virey, observó el alcalde, he oido que se llamaba García, y como todos los Garcías son nobles, la pena de azotes...vuesencia sabe, que por las paternales y benéficas leyes de nuestros amados y augustos soberanos, el castigo de azotes, es solo para los indios, y para los plebeyos

—Es verdad, contestó el virey, pues entonces es necesario imponerle otro castigo.

—Señor virey, interrumpió Fulgencio, lo mejor será, salvo el parecer de usencia. . . .

—¿Qué será mejor, terco embustero?

—Que usencia me lleve á México, y allá. . . .

—Y allá vayas á querer que te pague yo, por el trabajo que voy á tener de caminar en coche.

—Señor virey, la cosa no es lo mismo, los arrieros y los plebeyos, deben pagar hasta por dar lo buenos dias, á los que nos llamamos García, y los García, debemos servir de rodilla, al virey.

—En el fondo, dice bien este muchacho, repuso el virey, pero la ocurrencia ha sido peregrina. El virey

sonrió al decir esto, y el Alcalde y los demás asistentes, tuvieron que sonreír también. El virey se despidió de todos y montó en el coche. Al partir las mulas, sacó la cabeza por las portañuelas, y dijo:—Que acomoden por ahí á ese muchacho, en la tablita de uno de los coches de mi comitiva.



CAPITULO IV.

DE LAS SABROSAS FRUTAS QUE COMIÓ FULGENCIO EN LA CIUDAD DE MEXICO, Y DE COMO HALLÓ ACOMODO EN LA CASA DE LOS HERMANOS AGUIRREVENGURRIN.

Fulgencio, sin separarse de su pesada maleta de piedras, fué acomodado en la hamaca de uno de los carruages, que componian la comitiva del virey, y cernido, magullado, y confundido entre las cajas de vino y tompeates de víveres, llegó á la villa de Guadalupe, donde toda la servidumbre, devia hacer alto hasta que el marqués llegase, y fuese recibido segun costumbre, y el ceremonial de entonces. Por mas esfuerzos que hizo Fulgencio, le fué imposible que los criados consintieran en que permaneciese allí, sino que lo despacharon á México, temiendo sin duda que el buen carácter del polizon, llamara la atencion del marqués, y lo convirtiera tal vez en su favorito, con

perjuicio de los que desde España, venian haciendo méritos, en solicitud de tal favor. Fulgencio, renegando, echando truenos. y prometiendo pedir justicia al virey, tuvo que obedecer, y se puso en camino, cargando su tesoro, y resuelto á comenzar en las Indias una vida espléndida é independiente.

Luego que llegó á la ciudad, recorrió sus principales calles, y se dedicó á comprar lo que necesitaba.

—Paisano, dijo al entrar en una tienda de ropa, deseo lo mejor que hayà, para un vestido completo, por que éste se ha gastao un poquillo con el viaje.

El tendero se lo quedó mirando, y dudaba si entraria ó no en trato, pero al fin pensó, que pues el muchacho pedia con tanto garbo los efectos, tendria lo bastante para pagarlos.

—Vaya, paisano, aquí tiene V. diversos efectos.

—Nada, nada, dijo Fulgencio, rechazando los géneros, todito eso no vale un ardite, paño, paño de San Fernando, es lo que necesito, y que sea igualito al de la capa de mi padre.

El tendero no sabia qué hacer, ni qué pensar; pero por fin se resolvió á bajar una pieza de un paño verde botella.

—Café, café oscuro, dijo Fulgencio, no he dicho que lo quiero igualito á la capa de mi padre?

—Paisano, como yo no sabia de qué color era la capa de su padre. . . . pero ahí tiene V. una pieza co-

mo la desea Vale 40, cuarenta duros la vara.

—¿Y qué tenemos con eso? . . . corte V. lo que sea necesario para un vestido completo.

—Aunque supongo que tendrá V. con que pagar. . . bueno será. . . todo ello importará, unos ciento cuarenta duros.

—Como usted guste, paisano. . . lo mismo me da á mí. . . Fulgencio se inclinó á su maleta que habia colocado en el suelo, la abrió, y sacando tres ó cuatro piedras, las echó con garbo sobre el mostrador diciendo:

—Páguese usted paisano con esas piedrecilla de oro, y si algo sobrá, déme vuelto algunos cuartos.

Los cajeros se agruparon, y soltaron la carcajada de risa.—¿Cómo! ¿Es posible que haya creído el paisano los cuentos que refieren en la Península?

—Qué cuentos ni que alforjas, dijo Fulgencio mohino, ni sé que esto sea cosa de risa. Yo he recogido en el camino algunas piedras de oro.

—Pues esas piedras no son mas que piedras comunes que nada valen, paisano. En México hay en verdad piedras de oro y de plata; pero esas están en los minerales á mucha profundidad, debajo de la tierra, y es menester sacarlas, beneficiarlas, y despues amonedar la plata y el oro que resulta de ellas.

Fulgencio quedó como petrificado con esta explica-

cion.—¿Conque, es decir, exclamó, que todo este talego nada vale?

Si todas las piedras son como esta, nada vale.

—¿Me jace usted el gusto de ver todo el talego?

—Y cómo que sí, paisano.

Fulgencio alzó la maleta, y la vació en el mostrador. Entre las piedras habia efectivamente algunas que brillaban mucho, y los tenderos las voltearon de todos lados, y las miraron contra la luz.

—Algunas de estas piedras, paisano, tienen cobre, pero las demas son lo mismo que las que están en los empedrados de las calles.

—Con que, es decir, volvió á exclamar Fulgencio, que yo naa tengo, y he venido cargando de valde este maldito talego? . . .

—Paisano, usted acaba de llegar de España, ¿no es verdad?

—Hace un cuarto de hora, paisano.

—¿Y á quién conoce usted en México?

—A naide.

—¿Y á quien viene recomendado?

—A naide.

—¿Y tiene usted algunas monedas?

—Unos cuantos cuartos. Fulgencio sacó del bolsillo las monedas de oro y plata que le quedaban.

—¡Bah! dijo el cajero, con menos de eso viví yo un mes cuando vine, hace diez años. No hay que

afligirse, paisano. Dios es grande, y la América rica. Lo que hay que hacer, es gastar muy poco, mientras se encuentra acomodado.

--¿Y dónde tengo de buscar ese acomodo?

—¡Bah! en el comercio. No hay mas que ir de puerta en puerta, que ya saben que los polizones son gentes de honra y provecho. Entre tanto, es menester buscar un meson para pasar algunos dias.

Fulgencio, abatido, descoyuntado como si hubiese recibido un golpe eléctrico, bajaba la cabeza y los ojos, y no tenía ni aliento para responder. Todas sus ilusiones, respecto á las riquezas fabulosas de las Américas, se habian desvanecido en un momento, y sus sueños de oro se le habian convertido en un monton de tierra y de piedras, que los cajeros tiraban á la calle, sacudiendo el mostrador, y guardando solo cuatro ó cinco trozos que tenian algunas partículas relucientes de cobre.

--Con que á fuer de españoles, dijo Fulgencio mirando que tiraban las piedras á la calle, nadita vale todo esto.

—Nada, paisano, le contestaron los cajeros, y no piense mas en ello. Vale mas que cobre ánimo, y que antes que se le acaben esas monedas, camine á buscar en que ganar la torta. Aquí somos muchos, y el amo no recibirá ya mas gente, pero no será así en otras tiendas.

—Paisano, gracias, gracias, dijo Fulgencio tristemente. . . . Pero ¡qué diablo! exclamó despues recordando todo su brio y buen humor, ¡quién dice miedo! ya veremos paisano como llego con el tiempo á tener montones de piedras de verdadero oro. . . . Que Dios os guarde paisano, y hasta mas ver.

--A todos los que venimos nos sucede este chasco, dijo el cajero á sus compañeros. En España creen que no es mas que llegar á América, y recoger montones de oro, cuando lo cierto es que cuesta mucho trabajo ganar la torta, y guardar unos cnantos maravés.

Fulgencio se salió de la tienda, y muy tranquilo y conforme ya con el cambio repentino de su situacion, pensó en buscar un acomodo. Se dirigió maquinalmente al Parian, y entrando por una de sus callejuelas alzó la cara, y lo primero que vió fué un letrero arriba de dos puertas, que decia: *Aguirrevengurren hermanos*. Como hemos dicho que Fulgencio no sabia leer de corrido, comenzó á deletrear, sin quitar la visto del rótulo, hasta que á fuerza de trabajo y de paciencia, logró saber lo que decia.

--Vaya un nombre facilito, dijo, nadita ha faltao pa que me lleve toito el dia deletreando.

—Quería algo, paisano? dijo desde la puerta alguno que oyó el soliloquio de Fulgencio.

—Paisano, usted es el dueño de la tienda?

—Yo no, paisano, pero no tardará en bajar el amo. Fulgencio esperó.

A poco bajó á la tienda un hombre gordo, muy entrado ya en los cincuenta, de muy baja estatura, con una nariz que terminaba en una media esfera, encarnada, ojos muy pequeños, sombreados por unas espesas y negras cejas, que parecían dos retazos de un cepillo de botas. Un virrete negro, encajado hasta las orejas, le cubría una espaciosa calva; mas á pesar de lo tosco, y aun deforme de sus pasiones, su boca rasgada con un par de hileras de dientes todavía blancos, espresaba la bondad y franqueza, que tambien se habria podido notar en los ojos, á no impedirlo la sombra que proyectaban en ellos las erizadas cejas y sus gruesas pestañas.

—¿Qué quiere este mentecato? dijo el amo luego que vió á Fulgencio.

—Paisano, si uté no lo lleva á mal, quiero un acomodo, contestó Fulgencio.

—Acomodo, ¿y de qué? preguntó el amo con una voz un poco áspera y regañona.

—De lo que usté guste, paisano.

—¿Sabes escribir?

—Vea usté, lo que es eso, no he comenzao todavía.

—¿Sabes leer?

—La verdá, no sé todavía leer muy de corrío; pero con algun trabajillo, leeré todo lo que usté quiera....

TOM. I.—P. 5.

Toma, he leído ese nombre que está arriba de la puerta.... y con eso se dice todo.

—El nombre, el nombre, gruñó el amo, es el mío, y ninguno tiene que ver si es largo ó si es corto. Ese fué el nombre de mi padre, y basta. ¿Y tú, cómo te llamas?

—Fulgencio García, y con decir Garcia, se dice todo. Entre nuestra familia ha habido mas condes y reyes, que pelo tiene su merced en las cejas.

—¡Demonio! exclamó Aguirrevengurren riendo.

—Como usted lo oye, prosiguió Fulgencio.

—¿Y de dónde eres tú?

—De Andalucía, para servir á usted, casi del merito Cádiz.

—¡Demonio! volvió á decir el amo. Todos los andaluces son el diablo de habladores y de vanidosos. Bueno, si quieres quedarte en la casa.... ¿Qué dices, Romero? continuó, dirigiéndose al dependiente, que era la persona que habia hablado primeramente con Fulgencio.

Romero tenia una figura, que formaba un contraste marcado con la de su amo. Era alto, seco, pálido, con muy escasas cejas, con tres ó cuatro dientes en la boca, y mas de sesenta primaveras en todo su enjuto cuerpo.

--Patron, tenemos necesidad de un muchacho que barra la tienda y que traiga la comida, y este pillo

parecè fuerte y bueno; pero si no es bueno, lo podremos enderezar con unos cuantos palos.

—Ya ves, Romero se encarga de tí, y puedes quedarte desde hoy, si gustas: tendrás cuatro duros cada mes, la casa y la comida.

—Paisano, hablemos claro. Yo me quedaré, y tendrá usted un mozo, que no lo encontrará mejor ni mandao jacer; pero he de ganar lo menos diez duros cada mes y un vaso de vino en la comida. Si la perla acomoda, bien, y si no, á noramala, no hay naa perdido, que al fin, luego que venga el virey....

—Insolente, avarientol apenas llegas, y ya quieres ganar diez duros. ¿Qué dices, Romero?

—Que es un avariento, repitió Romero.

—En cuanto al vino.... ¡bah! te daré un poco, dijo el amo, y cinco duros.

—Paisano, hasta mas ver, dijo Fulgencio dando la vuelta y siguiendo su camino por la callejuela.

—¡Pícaro! exclamó Aguirrevengurreh, apenas pisa la tierra, y ya quiere juntar montones de dinero. ¡Diez duros! No los vale ni él ni toda su generacion. ¿Qué dices, Romero?

—El muchacho es fuerte, y si él quisiera acomodarse por seis pesos, el patron haria bien en tomarlo.

—El volverá, él volverá, porque acomodados de á seis duros, no se encuentran fácilmente en México.

Fulgencio, confiado en las monedas que tenia, fue á buscar un meson, decidido á pasear unos cuantos

días á sus anchas, y esperar, entre tanto, la entrada del virey, con cuya amistad y proteccion creia contar.

Creyendo con una fé digna de los primeros apóstoles, en su porvenir de riqueza, el muchacho andaluz, en vez de economizar, como se lo aconsejaron sus paisanos los cajeros de la tienda, comenzó á votar á sus anchas su pequeñísimo capital, perdiendo la mayor parte de él, en jugar á la pelota con otros polizones que por ociosos y altaneros corrian la luna en la ciudad, y no habian podido encontrar colocacion. A los ocho días de holganza, no quedándole ya mas que unos cuantos cuartos, se decidió á aceptar el salario de cinco pesos que le habian ofrecido los hermanos Aguirrevengurren, y se encaminó al Parian, entrando antes, y como de paso, al mercado del recaudo y de la fruta. Comenzó á recorrer los puestos y á hacer preguntas á los indios vendedores, hasta que llamó su atencion un puesto que tenia frutas para él desconocidas: eran piñas, ahucates y ciruelas. Compró una piña, sacó una gran navaja que le habia regalado entre el equipaje el piloto Cristóbal, y se sentó en un poste á comer grandes tajadas: los que pasaban, y observaban al andalucito, comiendo con un verdadero placer una piña con cáscara, sonreian, porque estaban ya acostumbrados á ver á los forasteros cometer estos equívocos gastronómicos; pero no faltó una alma caritativa que advirtiera á Fulgencio que lo mejor era quitar la cáscara á la fruta, y comer lo de adentro.

—Gracias, paisano, contestó Fulgencio. Es verdad que me escuece un poco el lábio, pero ya remediaremos el mal. Compró entonces ahucates, y quitándoles toda la carne, comenzó á cortar tajaditas del hueso, y á marcarlas con su fuerte y blanca herramienta. (1)

—El diablo de la frutilla no es muy agradable, dijo, tirando al suelo hueso y carne, y es mejor cometo todo lo que Dios ha criado, sin quitarle nada. Compró entonces ciruelas, y engulló con todo y huesos algunas de ellas: se encaminó en seguida para la casa de Aguirrevenguren.

—Patron, estamos conformes y arreglados. dijo entrando á la tienda. Me tiene usted todito entero, y serviré á usted de rodillas: conque, cinco duros, el vino, y buena racion de comida.

—¿Qué diablos te ha sucedido, que tienes la boca que ya te revienta? le contestó el patron luego que lo vió.

—No es nada, una maldita frutilla muy dulce; pero algo picantilla, que comi en el mercao.

—Este muchacho tiene la boca inchada, ¿que te parece Romero?

—Romero se acercó á Fulgencio, le examinó la

[1] Al que parezca esto exagerado, puede consultar un diccionario formado por varios literatos españoles, é impreso en Madrid, que al definir el ahuate, entre otras cosas dice: que es una fruta de América, muy sabrosa, que se pela, y quitándole toda la parte carnosa, se come el almendro.

boca, y volviéndose á su amo, con la mayor gravedad, le respondió.

—El muchacho tiene la boca inchada.

—Bien, ya me figuraba yo que debias venir, continuó. Aguirrevengurren, satisfecho con la aprobacion de Romero, y respecto al estado que guardaba la boca de Fulgencio, porque no estan muy abundantes en América los destinos de á cinco duros cada mes. Te quedarás desde ahora. ¿Qué te parece Romero?

Romero hizo seña con los ojos, que le parecia bien y desde ese momento quedó ya recibido en la famosa casa de comercio, en calidad de criado de escoba, el muy noble é ilustre vástago de la casa de García.

En ese dia como habia pasado ya la hora de la comida, Romero dió una peseta á Fulgencio para que fuese á comer á la calle, y le previno, que volviese á las siete de la noche. Fulgencio se fué á la calle, gastó su peseta en nuevas y dañosas golosinas, y á las siete de la noche volvió á la tienda; pero llegó con trabajo.

—Me muero, me muero, no se que siento, dijo, dejándose caer en un tercio de jerga, que estaba junto del mostrador.

—¡Demonio! exclamó Aguirrevengurren, saltando del mostrador, y dirigiéndose á donde estaba el muchacho, que hipando y lleno de fatiga parecia tener ya muy pocos momentos de vida. Suda frio, y no

puede respirar, dijo el amo tentándole la frente y los carrillos. ¿Qué te parece Romero?

Romero á su vez saltó del mostrador, reconoció al paciente, y volviéndose á su amo, con su seriedad de costumbre, le contestó.

—Suda frio, y se muere.

—¡Demonio! corre por el doctor, y ven con él antes de que reviente este muchacho

Romero tomó su sombrero y salió en busca del medico. A poco rato, regresó acompañando al doctor, que venia como era de costumbre; montado en su mula; vestido de negro y con su espadin ceñido-

—¿Quién es el enfermo? preguntó.

—Este diablo de mancebo, que se ha rellenado de fruta en la plaza.

El doctor, pulsó al paciente, y le reconoció el vientre.

—Pronto, papel y tintero, porque está muy grave El doctor recetó, Romero corrió con cuanta velocidad se lo permitian sus flacas piernas y su pacifico carácter, y el doctor se retiraba diciendo:

—Si para cuando venga este vomitivo, no ha reventado, hay esperanza.

—Demonio, ¿pues qué va ya á reventar? preguntó alarmado Aguirrevengurren. No hay que separarse de aqui Doctor, esperaremos que venga Romero,

Romero tardó menos de lo que era de esperarse, y habiendosele administrado en la trastienda el vomitivo al desgraciado Fulgencio, al fin con un trabajo tal que hasta el Doctor mismo lo tuvo por muerto, logró arrojar las cascaras de una piña entera, los fragmentos de un hueso de ahuate y algunas docenas de huesos y ollejos de ciruela. El muchacho quedó con esto sosegado, y á poco concilió un maciso sueño del que no despertó sino á la mañana siguiente.



CAPITULO V.

DONDE SE DICE QUIEN ERA AGUIRREVENGURREN Y SU
DEPENDIENTE: DE COMO HACIAN EL COMERCIO, Y DE
LA VIDA METODICA Y ARREGLADA QUE TENIAN LOS
RICOS DE OTRO TIEMPO.

No será inútil dar al lector alguna idea de los comerciantes que habia en la metrópoli de la Nueva-España, en la época en que llegó en busca de fortuna nuestro noble polizon.

Los hermanos Aguirrevengurren, eran, aunque de apellido vizcaino, nacidos en Galicia, donde habia ido su padre en calidad de mayoral de una dehesa, y su madre en la de nodriza de una familia rica. Los hermanos Aguirrevengurren, eran gemelos ó coates, como decimos nosotros. El uno se llamaba José Pascacio, y el otro, Pascacio José. Ambos tenian la misma nariz encarnada, las mismas cejas y pestañas cerdozas,

el mismo cuerpo, y la misma gordura: dos gotas de agua, no se parecerian mas.

Apenas tuvieron veinte años, cuando el padre, que ya estaba viejo y achacoso, no quiso dejar á su prole sin carrera ni educacion, y los envió á las Indias, que ésta fué por muchos años la educacion y la carrera que infinidad de familias pobres daban á sus hijos. En cuanto á los que tenian valimiento, acomodaban á sus hijos de escribanos, de curas, de canónigos, de lo que podian. Desde el portero de la oficina, hasta el virey, todo habia de venir de España, y esta es una de las quejas que con mas lástima han exhalado los oradores cívicos por muchos años, en el glorioso diez y seis de Setiembre. El leon de las Españas, era en efecto tan voraz, que no dejaba ni un hueco para la flaca águila de los aztecas.

Los dos gemelos, como hemos dicho, recibieron, como único haber para su viage, la bendicion paternal, y todavía, mas mimados que nuestro pobre García que vino á la buena de Dios, trajeron una carta para un canónigo que era su pariente lejano. En cuanto llegaron á México, proporcionó destino á sus dos parientes: al uno lo envió en la nao de Filipinas, y el otro lo puso de cajero en una tienda mestiza. Al separarse los dos hermanos, celebraron una compañía, y quedó estipulado, que si algun dia, como esperaban, llegaban á ser ricos, la mitad de lo que cada uno tuviese, seria del otro; que la firma seria, Aguirrevengurren herma-

nos, y que si tenían tienda, cualquiera que fuesen los efectos que se vendiesen, y capital que se girase, había de tener un letrero que dijese: *Aguirrevengurren hermanos*. Con estas condiciones, y un estrecho abrazo, José Pascacio marchó para Acapulco, y Pascacio José para la tienda de la esquina de Provincia; todo ello con gran placer del viejo canónigo, que se vió des-
embarazado del incómodo cargamento que de impro-
viso le había llegado de la Península.

Al cabo de treinta años de paciencia, de trabajo y de economía, José Pascacio se hallaba establecido en el puerto de Cavite, en Filipinas, donde tenía una famosa tienda, con un rótulo que decía: *Aguirrevengurren hermanos*, y Pascacio José poseía en el lugar mas concurrido del Parian, una tienda de ropa, quizá la mejor surtida de México; y como hemos visto, tenía tambien su correspondiente letrero, que con tanto trabajo leyó el polizon andaluz, que es el primer heroe, ó mejor dicho, el padre y origen de otros héroes que verá el curioso lector figurar en esta verídica historia, si tiene la paciencia de ir leyendo ios capítulos que seguirán.

A los que todavia tienen créditos procedentes de los daños causados por la demolicion del Parian, dejo el cuidado de que escriban algunas investigaciones arqueológicas, á mí me basta indicar que en cierto tiempo, ocurrió no se á quienes, la idea de desfigurar la magnífica y espaciosa plaza mayor construyendo un

edificio cuadrado ó cuadrilongo, de un piso y medio, que daba uno de sus frentes al portal de Mercaderes, otro al palacio: de sus dos costados, el uno daba á las casas municipales, y el otro á la ancha avenida que forman el Empedradillo, y la Catedral, y que se conocia con el nombre de plazuela del Marqués del Valle.

Este edificio que contenía dentro de él, otro edificio cuadrado con dos órdenes de tiendas, una calle en el centro, y otras mas angostas en los laterales, era donde á semejanza de lo que se acostumbraba en Manila, y algunos puertos de China, se habia concentrado todo el comercio español. Nada de aparadores, ni de grandes cristales, ni de elegantes mostradores de Caoba, ni de bufetes para escribir de pié, y con incomodidad, ni enrejados, ni reglas de rodillo, ni navajas para raspar, ni enormes letras con las esquinas de laton, todo esto que forma hoy la parte cómica del comercio, no se conocia en los tiempos de bienandanza de que vamos hablando: las tiendas por lo comun de dos puertas, tenian un tosco mostrador de cedro, y unos armazones de madera de pino ó de oyamel, sin pinturas, dorados, ni vidrieras, donde estaban colocados con órden y simetría los diversos géneros que se vendian; en el centro del armazon, y en la parte mas elevada, regularmente habia un cuadro de madera con embutidos de concha ó de plata, que contenia una imágen de la Virgen de Guadalupe, de Señor San José, de San

Cayetano, ó de otro santo de la devocion del propietario. Cada día del mes señalado para conmemorar al santo patron de la tienda, se le encendian dos velas de cera, que se colocaban en dos arbotantes, y se adornaba el marco con algunas flores de papel, que constituyen todavía en el mercado del portal, por lo raro de ellas, otras tantas especies nuevas, que ni Lino, ni De Candolle habian podido clasificar.

En lugar de los dependientes almidarados de retorcido vigotillo; de reloj de Losada, y de sacos de *Charvicué* y de *Godard*, que se recrean con las lindas marchantas, y que les trasladan el almacén entero á los coches, á pesar de cuantos peligros ha encontrado en esto el sábio viajero Chevallier, no se encontraban, entonces sino mocetones rollizos, con unos carrillos encarnados, con una dición cerrada y á veces ininteligible, con sus grandes chaquetones de paño burdo, sus zapatos de becerro á raíz del pié, y sus camisas de cotonada, que tiesos, con uno vara de medir en la mano, parecida á una viga de escantillon, esperaban á los marchantes mas bien con un aire de conquistadores, que no con el de obsequiosos comerciantes. Eso sí (dicen todavía nuestros viejos conservadores) qué honradotes, y qué campechanos; pan pan, vino vino, y no daban el paño ni la sarga podridas, y el paño de S. Fernando, de que queria vestirse nuestro polizón valia por todos los *Bonjeans* y *malatrofs*, que hoy nos encajan los franceses á peso de oro, y ademas las

TOM. I.—P. 6.

señoras y las niñas, podían ir al comercio con toda seguridad. Ya se habría guardado entonces un cajero polizor, de decir á una niña, ¡qué lindos ojos tienes! porque á China, habría ido á contar el cuento, en fin, esos tiempos eran como todos los pasados, mejores, y son el recuerdo, á la vez que la pesadilla de los pocos viejos que todavía los alcanzaron.

El cajon, pues, de los hermanos Aguirrevenguren era el de mas fama en el Parian; todo lo que se necesitaba para el lujo de entonces se encontraba allí de la mejor calidad: era tan popular el establecimiento mercantil, que cuando se cansaban las gentes de buscar un efecto y no lo encontraban en otras tiendas, decían: "No hay que cansarse y vamos en casa de los Venguren y encontraremos todo lo que se necesite." En el frente del amazon estaban colocadas las telas de seda, los tejidos de lana de oro y plata y los damascos de china: en la derecha los *anascotes*, las *estameñas*, los *rompecoches* y las *sempiternas*; y en la izquierda los listados de Flandes, las estopillas, los *cascriillos*, los *cañamazos*, los *bramantes floretes*, y otros, y otros muchos pienzaos blancos ó pintados que son hoy totalmente desconocidos en el comercio. En los rincones de la tienda por apéndice ó adición habia algunos frascos de azogue, algunos barretones de fierro de Vizcaya, y unos cuantos tercios de jerga y jerguetilla del pais. Un Señor San José de la primera época de Murillo engas-

tado en un ancho marco de plata era el patrono de la tienda, y el hermano José Pascacio tenia otro absolutamente igual en la tienda de Cavite. Aunque el edificio del Parian era de un solo piso, Aguirrevengurren, hermanos, como acaudalados y pudientes que eran, habian logrado levantar un poco el techo y hacer una trastienda y un tapanco, con cuyas mejoras tenian cuanto habian menester. El otro hermano habia hecho igual cosa en la tienda de Cavite.

Pascacio José Aguirrevengurren, ó Vengurren, como por abreviatura le decian sus marchantes, y le diremos nosotros en lo de adelante, tenia en el local que hemos descrito, su hogar, su tienda, su caja, su palacio, su recreo, su mundo todo entero y verdadero, con cuanto de bueno y de maravilloso encierra de uno á otro polo.

Policarpo Romero, que era su dependiente, hacia veinte años que le servia en el cajon de ropa con el sueldo, primero de diez, luego de quince, treinta, y finalmente, de ochenta pesos cada mes, que era extraordinario, casi fabuloso en aquellos tiempos: dependiente y patron se habian congeniado de tal manera, que en todo ese tiempo *ni un sí ni un no*, como se dice vulgarmente, habia habido entre ellos.

El equipaje de Romero se componia de un colchon de lana, dos pares de sábanas, dos pares de camisas y cuatro pañuelos paliacates. Mientras se ensuciaba una

muda en el espacio de quince días iba la otra á la lavandera. A este equipaje que de día permanecía guardado debajo del mostrador, le añadía un par de toscos zapatos de becerro que le renovaba un remendon, poniéndoles ya la puntera, ya un parche en el juanete, ya una media zuela, ó ya los tacones nuevos, hasta que á cabo de seis ú ocho meses era ya necesario comprar otros absolutamente nuevos; un chaqueton y unos calzones de pañete ordinario azul claro que se remendaba y recocia también durante doce meses, y al fin de zapatos, chaqueta y pantalon viejos, Romero antes de estrenar otras nuevas prendas precisamente el día de su santo, sacaba sus doce ó catorce reales.

Habiendo descrito el equipaje del dependiente es inútil mencionar el de Vengurren: era absolutamente igual, sin mas diferencia sino que el paño de su vestido era un poco mas fino y de azul oscuro, y que tenía un par de camisas y un par de sábanas mas y una docena de paliacates, porque tomando polvos le era necesario cambiar con mas frecuencia.

Los muebles de Vengurren eran un par de inmensas cajas de madera de cedro con relieves y labores primorosamente talladas, y en la tapa y costados la águila austriaca de dos cabezas. Cada una de estas cajas tenía tres enormes llaves y en cada caja había siempre ochenta ó noventa talegas de pesos, y cuatro ó cinco mil onzas de oro. Junto á las cajas había siempre un par de pipas de vino de la Rioja para el consumo dia-

rio del amo y del dependiente. En el tapanco, á donde no se podia penetrar sino en tres dobleces, habia unos tres ó cuatro sillones y una mesa de cedro, un cántaro con agua y un lebrillo de barro con un zacate, un pañ de jabon ordinario y un trozo de cotence de abrigo que servia de tohalla.

La vida de Vengurren era uniforme, igual el primer dia que el último del año. Se levantaba en verano á las cinco y en invierno á las seis. En cuanto despertaba tosia quince ó veinte veces, y despues de espec-torar gritaba con una voz fuerte y sonora:

—Romero, las cinco: alabado sea Dios.

—Las cinco, señor amo, contestaba Romero, y ambos, al son armonioso de las campanas que daban del toque de alba, se ponian á rezar.

Amo y criado se vestian en menos de cinco minutos. Romero abria la puerta de la tienda cogia la escoba y comenzaba á barrer y á sacudir: Vengurren se ponía un birrete negro de seda que le cubria la frente y las orejas, tomaba su sombrero y su capa, y se marchaba paso á paso á la Profesa: allí oía dos ó tres misas de las mas largas, pues las cortas no le satisfacian; rezaba dos ó tres novenas, muchos padre-nuestros, credos y salves á diversos santos hasta que oía la campanada de las ocho, á cuya hora precisa se retiraba, y dando dos vueltas por los cuatro costados de la Catedral, terminaba su paseo y sus oraciones, recalando en la puerta de la tienda donde le gritaba por segunda vez á

Romero, sin que un solo día faltase á esta costumbre.

Romero tenia ya preparados un par de pozuelos de china copados de espumoso chocolate: el amo sobre una de las cajas del dinero, y el dependiente sobre el mostrador y con el ojo pendiente á la calle, saboreaban el carácas, concluyendo con sorberse dos grandes jarros de Tonalá de agua fresca y cristalina, pues la dejaban al sereno á poca distancia de la puerta.

Concluido el desayuno, se arreglaban los efectos para la venta del día, se abrian algunos tercios, y se doblaban en el mejor orden algunos retazos, y comenzaba el despacho. Hemos dicho que la tienda de Vengurren, era una de las mas acreditadas del Parian, así no tenian tiempo ni de mirarse, ni lo perdian en vanas palabras: los precios eran fijos, los efectos de primera calidad, y la buena fé, no le permitia hacer al propietario mas ganancia, que la que habia calculado, sin prevalerse, ni de la ignorancia, ni de la riqueza de sus compradores: los géneros podridos, averiados ó de muy mala calidad, los poman de un lado, y no los vendian, sino á los mercaderes del Interior, á precios convencionales: la moneda falsa, la clavaban en el mostrador; la lisa, la separaban para mandarla fundir en la real casa de moneda, y el oro y la plata nuevos, iban á aumentar el caudal de los cofres, ya bien repletos. El mismo sistema, sin variar una línea, seguia el hermano Aguirrevengurren, de Cavite,

Al primer toque de las doce, todo trabajo se suspendía, para rezar "el ángel del Señor, &c.," al que hacían coro los piadosos marchantes de ese tiempo, Romero cerraba una de las puertas, mientras por la otra entraba un moceton con una gran cesta. Era la hora solemne de la comida, y en esos momentos Vengurren no atendía á nadie, ni vendía, ni hacía otra cosa mas que comer. Un gran plato de arroz con jamon, chorizos, garbanzos, trozos de huevo, un par de pollos cocidos, una lonja de tocino y otra de ternera, un poco de melado de Tierracaliente, algunas piezas de fruta y una botella de vino de la Rioja: tal era día por día la comida de nuestros dos gallegos. Cuando Vengurren estaba desganado, apenas se acababa el pollo, pero cuando los dos tenían el apetito en corriente, que era lo que solía suceder en veintinueve días de los treinta que tiene el mes, entonces los pollos, las tajadas de tocino y de ternera, desaparecían devorados por las quijadas y las dentaduras todavía fuertes de los dos gallegos: acabada la comida se limpiaban los labios con una miga del pan sobrante, y los dientes con unos popotes. Romero, colocaba los trastos en el cesto, despachaba al mancebo, barria las migajas, y se salía á dar una vuelta, mientras Vengurren, sentado en una banquilla, y recargado en el mostrador, dormitaba una media hora. A las cuatro, Romero sacaba una silla afuera de la tienda, donde se sentaba el amo á tomar el fresco, á sorber otro gran pozuelo de cho

colate, con el mismo apetito que si no hubiese tomado nada en veinticuatro horas, y á platicar con los vecinos de enfrente, sobre la llegada de la Nao de China, sobre el precio del cacao, del fierro y del azogue, sobre la funcion de iglesia de tal ó cual archicofradía, y sobre la enfermedad ó la muerte de algun oidor, ó de algun canónigo. ¡Qué tiempos! la política, era obedecer al rey y á la Inquisicion, comer y dormir con descanso, y refundir talegas de pesos. En este intervalo Romero, que quedaba solo en la tienda, echaba de vez en cuando sus cabezadas, cuando no le interrumpia algun marchante esta inocente ocupacion.

Todo se hacia antes con método y al toque del reloj. En cuanto daban en la Catedral las oraciones, se cerraba la tienda. Romero se dedicaba á arreglar de nuevo los retazos y piezas que se habian sacado para el despacho, y el amo á contar el dinero, separando el menudo del duro, y el oro de la plata: hecha esta operacion, sacaba de un cajon un gran tintero de plomo y un libro forrado de badana encarnada, y con una mala letra apuntaba en una hoja:

Vendido el 30 de Octubre..... 857 ps.

Pasaba algunas hojas del libro y continuaba sus apuntes.

Prestado al vecino Litigurrea..... 2.000

Gastos de la casa..... 6

Ganado entre ayer y hoy..... 269

Sin necesidad de toda esa gerigonza de *Letras á co-*

brar, y *Varios á varios*, y *Caja á Bretaña*, y *Acree-
dores á caja*, que se usa hoy quizá con el laudable ob-
jeto de que pocos lo entiendan, Vengurren en dos plu-
madas hacia las cuentas, y sabia poco mas ó menos
que gastando seis pesos ganando sobre doscientos, y
no debiendo ni un centavo á alma nacida, los asuntos
mercantiles no habian de caminar mal. Sobre todo, las
cajas se abrian todas las noches, se introducía en ellas
el importe de la venta, y nunca dejaba el amo de hacer
estas preguntas á su dependiente.

—¿Cuánto tenemos, Romero?

—Ciento veinte mil pesos, señor amo.

—¿Cuánto debemos?

—Veinte mil pesos al hermano de Cavite, y veinte
mil en Cádiz.

—Cuánto nos queda?

—Ochenta mil pesos

—Bueno. ¡Bendito sea Dios! Vengurren al decir
esto, echaba una mirada á sus cofres, acomodaba bien
algunos talegos, cerraba y guardaba litro, llaves y tin-
tero en el cajon; y tomando la capa y su sombrero, se
salía á dar vueltas por el empedradillo y los cuatro
costados de la catedral, hasta las ocho y media. Ro-
mero, entre tanto, se paseaba á lo largo de la callejuela
del Parian, en compañía de uno ó dos dependientes de
las tiendas vecinas.

A cosa de las ocho y media, el mancebo, con la ces-

tilla de la cena, y Vengurren embozado en su capa, llegaban casi al mismo tiempo: la cena era menuda abundante que la comida, pero el amo nunca dejaba de engullir medio capon asado, un plato de frijoles y su botella de vino. Acabada la cena, amo y criado cerraban su puerta, rezaban hincados de rodillas el rosario, y hacían sus camas; Romero en el mostrador, y Vengurren sobre una de las cajas de dinero, ambos, se puede decir, que dormían á pierna suelta sobre la fortuna.

El sábado en la tarde la tienda se cerraba mas temprano: era el día consagrado al aseo. Entraba el barbero, y primero rasuraba al amo y en seguida al criado, llenándolos de polvo blanco hasta los ojos despues del barbero seguía la lavandera con la ropa limpia. En la trastienda se mudaban alternativamente la camisa, entregando la muda sucia; pintaban con un palito con tinta las desolladuras y lacras que había tenido el calzado durante la semana, y se lavaban las manos con zacate y jabon, restregándose todo lo posible para que durasen limpias los siete días siguientes. Romero se bañaba cada año el día de San Juan, y Vengurren decía que no había, en el curso de su vida, recibido en la cabeza mas agua que la del bautismo.

El domingo, día de diversion y de gorja, Vengurren era no solo hermano, sino bienhechor de tres ó cuatro cofradías, así, desde las siete de la mañana hasta cerca de las doce, estaba ocupado. En una iglesia

tomaba un enorme pendon, y presidia una procesion; en otra tenia necesidad de asistir con un enorme escapulario al cuello á la misa cantada y al sermon, en la de mas allá tenia de por fuerza que ayudar la misa. Fatigado de tanto rezar y de tanto estar arrodillado, venia á su tienda, eso sí, con mas apetito y á gustar ademas de lo ordinario, un buen plato de bacalao, ó un buen trozo de pámpano de Veracruz. Desde las tres de la tarde Romero y Vengurren, sin chaqueta y como si tuviesen veinte años de edad, hacian prodigios en el juego de pelota. Al oscurecer Vengurren se dirigia á la Profesa á visitar al Padre Clavijero, y el dependiente á una doña Quiñones, dueña de cincuenta primaveras y de toda la confianza de la antigua casa de los marqueses del Valle. Este era el único deslíz amoroso que se le conocia á Romero; y en cuanto á Vengurren, á pesar del par de capones diarios que engullia, y de los tres cuartillos de Rioja con que los humedecia, no se sabia que tuviese amores ni estravíos algunos, aunque malas lenguas decian que era el padrino de tres chicos, cuyas madres eran unas nobles indígenas del pueblo de Cuyoacan.

Tal era, pues, la casa donde se colocó en calidad de dependiente nuestro orgulloso Polizon.

CAPITULO VI.

DE COMO FULGENCIO FUE PUESTO EN LA ESCUELA, Y DEL SISTEMA HUMANITARIO QUE USABAN PARA LA ENSEÑANZA DE LA JUVENTUD, LOS CARITATIVOS PADRES BELEMITAS.

Luego que el nobilísimo Fulgencio García, recobró completamente la salud, comenzó el desempeño de sus funciones, algunas de ellas muy delicadas y comprometidas, como la de barrer la tienda y la calle, pesaban sobre Romero, pero éste con mas patriotismo y desprendimiento, que muchos de nuestros hombres políticos, las delegó en el nuevo dependiente, como muestra humilde que rendia á sus talentos, y á sus anchos pulmones, y gordas muñecas. Fulgencio, además de esto, tenia que comprar la leche y el chocolate, y traer el almuerzo y la cena. Andaluz, voluntom. I.—P. 7.

tarioso, y no muy esperto en el difícil arte de llevar en peso, una de las mas respetables casas de la época, solia quebrar las vasijas, derramar la leche, y inezclar el arroz con el pollo, lo cual le costaba duras reprimendas, particularmente de parte de Romero, que se adelantaba, hasta darle algunos pescozones.

Una noche, que quebró todos los trastos, y los dos viejos gallegos, estuvieron á pique de quedarse sin cenar, Romero se quedó mirando al amo, y despues de una larga meditacion, le dijo:

—Señor amo, me ocurre que es menester darle todos los días, de cuatro á cinco palos á Fulgencio.

El amo se quedó meditando á su vez, y pasado un momento, respondió.

—Vaya cuatro, pero que sea á la hora de levantarse; á las cinco en punto de la mañana.

Desde aquel momento, Romero buscó una lata á propósito, para que sin romper á Fulgencio las costillas, se le sentaran bien los palos en los lomos, y la suerte del noble andaluz quedó decidida.

Amaneció el día siguiente, y apenas se habia Romero atado los calzones, y acabado su *Magnificat*, cuando descargó los cuatro palos en los lomos de Fulgencio, que esperezándose y soñoliento, salia de debajo del mostrador, donde tenia señalado su aposento.

—Así tendrás para todo el día, y te harás hombre, le dijo Romero, respondiendo á los lloros del mucha-

cho, y si dices una palabra, el amo irá á ver al virey y te enviará al presidio de Manila. Durante tres dias, se repitió la operacion, hasta que al fin Vengurren compadecido del muchacho, y haciéndole prometer que en lo de adelante tendria mas cuidado con los trastos, derogó la terrible orden. Fulgencio, sin embargo de esta vida, estaba en el fondo satisfecho, y los domingos, cuando con su chaqueta nueva, y sus toscos zapotos pintados de tinta, se juntaba con otros polizones, nunca dejaba de contarles, que era el favorito de la casa de Aguirrevenguren hermanos, y que en cuanto se muriera el viejo, lo que no tardaria en suceder, él seria el heredero de todas las talegas. En fin, el muchacho sufrió palos y regaños, porque habia reflexionado ya, que la plata no estaba tirada en los caminos, como le habia dicho su padre en Cádiz, sino encerrada en los cajones de cedro del viejo gallego, y que habia de llegar un dia, en que todo ese tesoro fuera suyo. La paciencia, es una gran virtud.

Como Romero se iba haciendo viejo, pesado, flojo y regañon, y ademas tenia ya ahorrados sus veinticinco ó treinta mil pesos, Vengurren, que tenia simpatía por Fulgencio, pensó educarlo, para que con el tiempo llegase á ocupar el lugar de Romero, y al efecto se decidió á ponerlo en la escuela, para que aprendiera á leer bien, escribir y las cuatro reglas.

Los padres belemitas, eran, por no decir los tigres, los leones de esa época. No se hablaba de otra cosa

en las casas principales de México. Todo el mundo estaba maravillado del simple, á la vez que portentoso descubrimiento que habian hecho los sabios religiosos. Su teoría era la mas sencilla, la mas admirable, la mas humanitaria del mundo. "*La letra con sangre entra.*" Todas las tiernas madres, se habian apresurado á aprovecharse de la maravillosa invencion, y acudian en tropel, á hacer que las posaderas de sus adorados hijos, recibieran ese bautismo y les entrara el saber, por una parte absolutamente distinta del cerebro. Lo raja V. vivo, padre, y me lo entrega V. muerto, le decian, pero que sepa escribir, porque lo primero que debe tener el hombre, es una buena letra. Ya se vé, costaba tanto trabajo leer la firma de algunos vireyes, que no era extraño que se hiciesen grandes sacrificios por obtener una mejora social tan notable. ¡Oh! y qué discípulos, y qué tetras! redondas, perfectas, propias para que las leyera un ciego, y no estas garrapatitas borroneadas con plumas de acero, que se occidan al cuarto de hora, y rasgan el papel, al echar el rasgo final con que concluyen las firmas de huacalito! Dejemos á nuestros viejos consolarse con el recuerdo de su edad de oro, y volvamos á nuestro noble y esclarecido heroe.

Un dia se presentó Vengurren en el edificio de los Belemitas que todavía existe en nuestro tiempo. En la puerta habia un grande escudo campo azul, con una estrella de plata iluminando tres coronas de oro; todo

este emblema recordaba la venida de los Reyes Magos al portal de Belen.

Fulgencio que no sabia la suerte que le aguardaba, ni con qué varones caritativos tenia que habérselas, se dejó conducir sin hablar una palabra: llegaron á la puerta de la escuela. Era un salon amplio pintado de blanco con cal. En el fondo habia una gran mesa y sentado en un sillón un religioso grueso, de ojos negros, de una barba espesa y cerrada que le bajaba hasta el pecho: vestia un saco de sayal pardo oscuro, y en el lado derecho tenia un escudo con el nacimiento de Jesus pintado en miniatura: su pesado sayal estaba ceñido en la cintura con una cuerda. En el frontis de la pared estaban colgadas muchas disciplinas de cuerda y de cuero de diversas formas y tamaños, algunas con los ramales erizados y manchados de sangre: como variante de estos adornos habia algunas palmetas gruesas y delgadas, chicas y grandes que alternaban en una espantosa cimetría con las disciplinas. Raro era el muchacho á quien no se le erizaban los pelos en la cabeza al mirar aquellos instrumentos de suplicio, cuyo horror se aumentaba con la negra barba del fraile, y sus ojos severos ó inflexibles. En los laterales y centro del salon habia unas bancas con unas mesitas donde estaban mas bien doblados que no inclinados los muchachos, procurando con todas sus potencias copiar los primores caligráficos de las muestras y trasladar

íntegras, sin la menor falta ni equivocación, las sentencias terribles que contenían:

“El rigor es el manjar con que se debe alimentar á la juventud

“Los maestros son tan respetables en la tierra, como el mismo Dios.

“La sabiduría no se adquiere sino á fuerza de castigos.

“El niño que desobedece á su maestro se hace reo de las penas del infierno.

“La pereza es un vicio que no se destierra sino con los azotes.

“Los azotes, aunque lastiman un poco el cuerpo, dan salud al alma.”

Seguían otras sentencias tan claras y consolatorias como las que acabamos de citar, y los pobres muchachos al mismo tiempo que copiaban estas frases horribles alzaban la vista y veían las disciplinas moverse, temblar y venir aun sin la mano del fraile á herir su cuerpo con sus duros y encarrujados ramales.

Luego que Vengarren entró por la puerta de la escuela tomó á Fulgencio de una oreja y lo condujo hasta la mesa del padre belemita.

Los muchachos sin levantar la cabeza miraron á hurtadillas á la nueva víctima.

—Buenos días, mi padre Fr. Rodrigo, dijo Vengarren.

—Buenos y santos días, mi amigo Vengurren, contestó el padre levantándose de su asiento.

El padre era Fr. Rodrigo de la Cruz, encargado en esa época de la dirección de los niños, y hombre de una virtud sólida y de una mansedumbre y bondad á toda prueba. Como Vengurren era uno de esos españoles que tenían la mano franca para hacer caridades y donativos de consideración á las comunidades religiosas, no había fraile que lo dejase de tratar con todas las muestras de la mayor benevolencia.

Aquí traigo á la santa dirección de su paternidad un muchacho que quiero mucho, y que quiero que se le dé educación. Al decir esto Vengurren apretaba la oreja de Fulgencio y éste bailaba en un pié sin atreverse á decir una palabra, aterrado con el aspecto del fraile.

—Aquí, amigo Vengurren, prosiguió Fr. Rodrigo, arrimando un taburete para que se sentase, se les enseña á los niños la doctrina cristiana, la lectura, las cuatro reglas y una buena forma de letra; y además se les trata con toda suavidad, pues yo mas bien quiero ser su padre que su maestro.

—Bien, bien, ya lo sé padre Rodrigo, y por eso he traído á este tunante aquí.

—Verá vd. los adelantos de los discípulos. Ortuño 1.º, gritó el fraile con una voz hueca y que parecía el eco de una tempestad lejana.

Ortuño 1.^o que era un muchacho flaco, de ojos hundidos, al oír su nombre que salía de entre el espeso bigote y barba de su maestro, se levantó de la banquilla como si lo hubiesen tocado con una máquina galvánica.

—La plana, continuó el maestro.

—No la acabo, señor, respondió Ortuño con una voz temblorosa.

—La plana he dicho, repuso Fr. Rodrigo,

Ortuño al tomar la plana echó tres borrones en ella; los brazos se le cayeron descoyuntados y se puso pálido como si acabase de cometer un asesinato.

—La plana, repitió el frayle con voz mas fuertè.

Ortuño 1.^o como si pisara abrojos se dirigió á la mesa del maestro y le presentó la plana.

—Amigo, Vengurren, este muchacho no lleva mas que dos años de escritura y vea vd. ya qué carácter de letra tan magnífico.

Vengurren, en efecto, sentado ya en el taburete y habiendo dejado la oreja de Fulgencio que la tenía roja como un tomate, caló sus antiparras y examinó la plana que estaba á medio acabar. Era una gallarda letra de palomares con sus cortes dados con maestría, con sus letras mayúsculas de un mismo tamaño, sin una equivocacion ni falta de ortografía. Satisfecho el gallego devolvió al padre la plana.

—Bien, bien, padre Rodrigo: de esta letra quiero que se le enseñe á Fulgencio.

Ya se retiraba Ortuño l.º tranquilo á su banquilla cuando le ocurrió examinar de nuevo la plana, y observó los tres borrones que eran pequeños como las suculdades de una araña.

—¿Qué es esto? preguntó al muchacho mirándolo fijamente y señalándole los tres borroncitos.

—Ortuño I apenas podia respirar, y temblaba de piés á cabeza. En el salon habia un silencio tan profundo, que podia escucharse el aleteo de una mosca.

—Qué es esto? volvió á repetir el Padre, dando á Ortuño un tircn de los cabellos.

—La, la. . . . la pluma. . . . el tintin, tintero la ma, mano señor, yo. . . .

—Yo te daré tintero y mano, dijo el Padre descolgando una palmeta.

—Cuántos borrones son?

—Tres, contestó el muchacho, pe, pero. . . .

—Tiende la mano, dijo el fraile.

—Ortuño presentó la palma de una mano larga y descarnada, y el Padre, levantando el instrumento escolar, tanto como se lo permitia su brazo, descargó un palmetazo. Ortuño dió un salto de dolor, y volvió á presentar la mano. No se hizo esperar el segundo golpe, y al tercero Ortuño lanzó un grito de dolor, que pareció tranquilizar la alma caritativa de Fr. Rodrigo.

Ortuño se retiró á su asiento, limpiándose los ojos con la manga de la chaqueta.

—Calisto II, gritó el Padre.

—Calisto se levantó inmediatamente.

—Vamos á ver cómo estamos de doctrina, quién es Dios?

—La Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, contestó Calisto II con las quijadas caidas de miedo,

—No hay que tener miedo, que yo no trato mal á nadie, y mas bien los quiero y los enseño como si fueran mis hijos. . . . vamos, cuántos Dioses hay?

—Siete, el primero. . . .

—Blasfemo, gritó el Padre! Seis azotes por blasfemo.

—Una nube oscureció la vista de Calisto II, y se dejó caer en el banquillo.

—Dos muchachos de mas edad se apoderaron de Calisto, en un momento le bajaron los calzones, y uno de ellos lo cargó en las espaldas, entre tanto Fr. Rodrigo escogia de entre su coleccion de disciplinas, la mas dura y la de mayor número de ramales.

Calisto II, mas muerto que vivo, no oponia resistencia alguna; pero al primer azote que le descargó el reverendo, comenzó á dar, sin interrupcion, dolorosos gritos. Al sexto azote escurrian ya por sus muslos algunas gotas de sangre. Acabada la ejecucion y sofocado el llanto de la criatura con las miradas cortan-

tes y significativas del maestro, tocó su vez á otro desgraciado muchacho.

Abraham III, ven acá, y dime algo de aritmética.

Abraham III se acercó con la convicción de que su suerte no sería mejor que la de sus compañeros.

—Cuatro y ocho? dijo el Padre.

—Doce, respondió en voz baja.

—Recio, recio, dijo el Padre tirándole de los cabellos, quiero que te oiga el señor.—Quince y quince?

—Treinta.

—Tres por ocho?

—Veinticuatro.

—Nueve veces nueve?

—Ochenta y cuatro.

—Caballo! ochenta y uno, dijo el padre dándole un fuerte coscorron. Dos horas hincado de rodillas y lección doble por desaplicado.

Abraham III, aturdido del coscorron, fué á ponerse de rodillas en medio de la sala.

—Va vd. á ver á mi predilecto Sr. Vengurren, dijo el Padre haciendo seña á un muchachito como de ocho años.

—Epifanio, dí la doctrina sin miedo, ya sabes que te quiero y que sé que no eres flojo ni desaplicado, dijo el Padre.

—Epifanio bajó los ojos, cruzó los brazos y comen-

zó á recitar de un hilo y como un perico todo el catecismo, sin turbarse ni un punto.

—Bien, bien, Padre Rodrigo, dijo Vengurren, y así quiero que aprenda la doctrina Fulgencio. Toma, niño, toma, continuó el gallego sacando una peseta, y dándosela á Epifanio; el cual, no sabia si rehusarla ó tomarla.

—Dále las gracias al señor, dijo el Padre tirando de una oreja á su favorito.

—Ay! gritó el muchacho.

—Silencio y á su asiento, dijo el Padre; y como no es bueno que los muchachos tengan dinero, te guardo la peseta para de aquí á dos años que sepas escribir.

El predilecto del Padre Rodrigo se retiró con la oreja encarnada y con las manos vacías.

—Ya ve vd., Sr Vengurren, cómo me manejo con estas criaturas, creo que ni ellos ni sus padres tendrán que quejarse.

—Ni por pienso, ni por pienso, Padre Rodrigo.

—Todos están muy contentos en la escuela, y si no va vd. á ver, ellos mismos lo van á decir.

—Quién no está contento en la escuela?

—Ninguno, ninguno, contestaron en coro.

—A quién quieren mas despues de supadre y madre?

—A nuestro maestro, volvieron á repetir en coro.

—Ya ve vd., me aman y me respetan, y si los castigo una que otra vez, es porque ya sabe vd., *que la letra con sangre entra.*

—Bien, bien, mi padre Rodrigo, dijo Vengurren, en cuánto tiempo puede vd. enseñar á escribir á este mancebo?

—Como tiene buenas espaldas y buenas posaderas en que resistir los azotes, creo que podré enseñarlo en tres años.

—Oh! sí, muy bueno, muy bueno, Padre Rodrigo; puede vd. fajarle duro, sin temor de que la cuarta tro-piece con un hueso; pero supuesto que el mancebo tiene buenas posaderas, no podría mi Padre Rodrigo, enseñarlo en año y medio?

—Cómo? preguntó el Padre Rodrigo.

—Toma! azotándole dos veces al dia en lugar de una.

—Sabe vd , amigo Vengurren, que es buena idea: no habia ensayado ese método; pero experimentaremos con Fulgencio y con todos los muchachos que sus padres quieran que aprendan en menos tiempo.

—Entonces, estamos arreglados, dos pelas diarias, y en año y medio el muchacho sabrá leer, escribir y contar, y se volverá á la tienda; en fin, será hombre, y á eso lo mandaron sus padres á la América.

—Ni mas ni menos, en año y medio tendrá vd. un hombre cristiano, contestó el Padre, que sabrá ganar el pan

—Pues entonces se lo dejo de una vez, mi Padre Rodrigo, respondió el gallego levantándose del escabel en que estaba sentado, y tomando de nuevo á Fulgencio de una oreja.

—Será mejor que me lo traiga vd. pasado mañana que hay ahorcado, replicó el Padre Rodrigo.

—Y qué tiene que ver el ahorcado con Fulgencio?

—Tiene que ver con Fulgencio y con todos los discípulos; porque siempre que la justicia de nuestro rey y señor cae sobre algun malvado, aprovecho la ocasion para hacer á todos mis discípulos una correccion paternal, que no debe desperdiciar Fulgencio el dia memorable de su entrada en la escuela.

—Eso es otra cosa, Padre Rodrigo; yo sé mucho de vender los trevejos de la tienda, pero no me puedo comparar con la sabiduría de sus paternidades, Fulgencio vendrá pasado mañana muy temprano, antes de que el ahorcado se marche al otro mundo. Con que hasta mas ver, mi Padre Rodrigo, y lo que se ofrezca en la tienda de Vengurren, que hay confianza y lo dice de corazon un gallego, que nunca miente.

Vengurren estrechó la mano del belemita, la llevó á sus labios, y le tronó un beso; y tomando de la oreja á Fulgencio, salió de la escuela.

El dia fijado, muy de mañana se presentó de nuevo Vengurren con su víctima, la que esforzó cuanto pudo su ingenio para evitar la suerte que le aguardaba; pero no hubo medio, Vengurren le puso á escoger entre los belemitas ó Manila, y Fulgencio se decidió á recibir los azotes y aprender á escribir lo mas pronto

posible, con la halagüeña esperanza de heredar á su rico protector.

Despues de los saludos y cumplimientos de costumbre, Vengurren se retiró, y el tímible y virtuoso Fr. Rodrigo de la Cruz, quedó dueño y señor absoluto de las posaderas de aquellos desgraciados muchachos.

Reinaba en la escuela un silencio profundo: los muchachos no podian leer ni escribir, ni pensar en otra cosa mas que en el lance amargo que se les preparaba, con motivo del ahorcado.

El Padre Rodrigo se paseó como un cuarto de hora con la vista baja y la mano en la barba, despues se fué al frontis de la pared, tosió, echó una mirada siniestra á los discípulos, que apenas se atrevian á respirar, y comenzó á reconocer con una especie de placer las disciplinas que estaban colgadas en la pared. Acabado esto, se volvió á los muchachos.

—Alabado sea el Dulce nombre de nuestro Salvador!

Los muchachos repitieron en coro:

Que nació en Belen debajo de un portal, pobre, desnudo y sin mas calor que el aliento de un buey y de una mula que se acercaron á su sagrada Cuna.

Como el trozo era largo, los muchachos no pudieron repetirlo íntegramente, é hicieron una vocería confusa en la que sobresalia la voz de Fulgencio con su acento andaluz. Así que se serenó esta especie de tempestad, el Padre continuó:

—Van dentro de pocas horas á ajusticiar á Pedro Caralampio. Este hijo desnaturalizado jamas quiso obedecer á sus padres, ni recibir la enseñanza de sus maestros. Este impío, dejado de la mano de Dios, robó primero un par de pollos, lo entendeis? Despues las planchas de una lavandera; y así, de crimen en crimen, su empedernido corazón lo condujo hasta el grado de atacar en la calle de D. Juan Manuel á un ilustre hidalgo español, quitándole no solo el reloj, sino tambien la espada que llevaba. Por tan atroz delito fué buscado por la justicia, lo cual, para escarmiento de los plebeyos, y para evitar que en lo sucesivo los hidalgos sean privados de la espada que llevan en el cinto para su defensa, ha mandado que sea montado en un burro, recita veinticinco azotes en cada una de las cuatro esquinas del palacio, y despues sea ahorcado por mano del verdugo: lo entendeis?

El padre, despues de esta narracion, continuó ya en un tono mas elevado:

—Vosotros todos sois unas fieras, vosotros no escuchais los consejos paternales de mi boca, vosotros venís á perder el tiempo, en conversaciones ociosas, y en bagatelas, en vez de aprovecharlo en rezar la doctrina, y en escribir; vosotros en fin, empedernidos, endurecidos en el pecado, vais corriendo á vuestra ruina y á vuestra perdicion: no fué otra la conducta de ese diabólico Pedro Caralampio, y vosotros, repito, que parece que seguís sus pasos, y que bebeis sus alientos,

parareis también en las manos del verdugo, y seréis ahorcados.

Los muchachos, abrian tamaños ojos, y escuchaban con la boca abierta, el terrible sermón del fraile. Este, dulcificando la voz, y blandiendo una disciplina que habia tomado en su mano, continuó:

—No, hijos míos, Dios no permitirá que tengais ese paradero, porque os ha dado un maestro, que vela por la pureza de vuestra vida. El árbol desde tierno se endereza, y todos vosotros sois árboles torcidos, que yo me encargo de enderezar, sois lámparas apagadas que yo tengo obligación de encender, para la vida eterna; sois la zizaña revuelta con el trigo, como dice el Evangelio, que yo me encargo de separar. Es preciso que este día, quede grabado eternamente en vuestra memoria; es preciso que recordéis durante el curso de vuestra vida, que cuando hay en la ciudad ahorcado, dentro de la escuela hay también castigo, que la justicia del maestro, mas clemente que la del rey, solo os dá un aviso paternal para corregir la depravacion de vuestras costumbres, vuestras malas inclinaciones.

Las pobres criaturas aterradas, y que no podian comprender en su edad, que fuesen dignos de castigo, solo por que el rey mandaba ahorcar á uno de tantos ladronzuelos, cayeron de rodillas llorando, pidiéndole al reverendo perdon de los crímenes que no habian cometido, y prometiendo enmienda de faltas y delitos que en su edad, y en su inocencia ignoraban todavía.

El maestro fué inflexible, llamó con un acento decisivo, á cuatro de los muchachos mas grandes y mas fuertes, y comenzó la operacion de azotar á todos los discípulos. A los mas chicos, aplicaba seis, á los de mayor edad, doce, y si la víctima pataleaba, se resistia, ó mordia á los que lo cargaban la dosis subia á veinticinco: las disciplinas estaban ardientes y sangrientas, los lloros y lamentos, llenaban la sala, y aun se oian en las calles: ninguno de los muchachos tenia el pulso firme ni para hacer la plana, ni muchos podian sentarse, porque las banquillas les parecian de abrojos.

Todo el dia se empleó en la vapulacion, y el padre Rodrigo no recobró la calma y la tranquilidad, sino cuando ya no habia muchacho á quien azotar, y vinieron á avisarle que el mentecato de Juan Caralampio, estaba ya colgado de una cuerda, y dando devueltas en el aire. Era la costumbre que por mucho tiempo se observó en las escuelas de los belemitas, y todo el mundo lo sabia: *dia de ahorcado, pela general*.

En cuanto á Fulgencio, como era fuerte, y todo el dia estuvo, ya cargando á sus condiscípulos, ya azotándolos en los intervalos en que el padre Rodrigo tomaba su polvo, salió bien librado con unos cuantos cuerazos, que por no faltar á la fórmula, le aplicó el padre Rodrigo sobre su burda chaqueta de paño.

CAPITULO VII.

DE LOS ADELANTOS RAPIDOS DE FULGENCIO, DE SU VIAJE AL INTERIOR, DE LA MUERTE DEL HERMANO VENGURREM DE MANILA, Y SU SERMON DE HONRAS, Y DE OTRAS COSAS CURIOSAS QUE SABRA EL LECTOR SI TIENE LA PACIENCIA DE LEER ESTE CAPITULO.

No hubo, pues, remedio: Fulgencio quedó instalado en la escuela del reverendo Fr. Rodrigo de la Cruz, y allí tuvo que comenzar por los palotes. ¡Qué palotes! Era un positivo escándalo, una profanacion: salian siempre de la pauta y aparecian tirados en todos sentidos como si estuviesen padeciendo convulsiones: literalmente eran unos palotes epilépticos. Lleno el padre de uncion y de caridad, y deseoso por otra parte de cumplir la palabra que habia empeñado al amigo Vengurren, menudeaba los castigos á Fulgencio; pero para variar en algo la monotonia, unas veces eran pal-

metazos; otras cuerasos sobre la chaqueta y pantalon; otras golpes repetidos con la regla sobre las uñas; otras tirones de cabellos, así lo hacia el padre con sus discípulos mas predilectos: los sábados como era día de doctrina nadie se escapaba de la pela á calzon quitado. Fulgencio todo lo sufría con paciencia y se consolaba en la noche de los castigos del día con ver el oro y la plata que refundia Vengurren; oro y plata que él consideraba ya como de su propiedad. ¡Qué paciencia y qué constancia tan ejemplar la de los españoles del otro tiempo!

Antes de dos años Fulgencio sabia sumar, restar, multiplicar y partir; el catecismo de cuerito á cuerito, y tenia una clara y arrogante letra: Vengurren que día por día concebía por el muchacho mayor afección, le señaló veinte pesos de sueldo al mes sin mas obligación que barrer la tienda, estar todo el día de pié detras del mostrador, llevar los apuntes del libro y escribir, bajo el dictado del amo, las cartas que se ofrecían para Manila, Cadiz, San Luis Potosí y las Colonias, donde tenia el viejo sus relaciones mercantiles.

A los tres años de tener veinte pesos y dormir siempre debajo del mostrador, Fulgencio habia adquirido un conocimiento completo de los asuntos de la casa, y cortádole el ombligo, como suele decirse, al amo.

—Oye, tunante, le dijo un día Vengurren.

—Como siempre, Sr Vengurren, su esclavo y su siervo; en qué puede servirle Fulgencio García.

—No se te acaba de quitar lo vanidoso, ni lo hablador, ni lo andaluz; pero sin embargo, eres buen muchacho en el fondo.

—Mil gracias, señor amo, gracias.

—Romero, prosiguió Vengurren, ha trabajado ya mucho este viejo, y es ya tiempo de que gire por sí solo y sea el amo de su casa. Se va á San Luis á poner su tienda y tú te quedarás en su lugar: casa, comida y ochenta pesos al mes ¿Te acomoda?

—De valde, con tal de no salir jamás del lao de vd.; s empre recuerdo que me puso bajo la direccion de ese buen fraile, y á él y á vd., despues de Dios, debo el ser hombre. Todito se lo escribí ya á mi señor padre mandándole, como vd. sabe, algunos cuartos.

—Bien, bien Fulgencio. Esta noche dormirás ya como un patriarca sobre el mostrador en lugar de dormir debajo; en cuanto á los ochenta pesos los dejarás en la casa y de aquí á veinte años, si te portas bien, tendrás como Romero un capitalito con que manejarte por tí solo; ¿lo entiendes?

—Naita hay que decir, Sr. Vengurren: estamos arreglaos.

Romero efectivamente desde ese mismo dia sacó debajo del brazo su equipaje, compró una capa, la primera que se ponía en su vida, y provisto de treinta sacos llenos de plata y de las mejores cartas de recomendacion, se marchó á San Luis donde estableció una

tienda con el rótulo de *Romero y Aguirrevengurren*: su antiguo amo ponía en la sociedad otros treinta sacos con la condición de que ninguno de los socios se había de casar, ¡y á fé que eran ya viejos para el lance! y que se habían de dejar mutuamente de herederos.

En cuanto á Fulgencio quedó ya con el título de cajero mayor, y otro polizon vino á su vez á sustituirlo en el barrido de la calle y en los mandados. El traje del nuevo cajero no varió; parecía que aunque mas rejuvenecida, Romero había dejado su efigie en la tienda.

Tenemos que pasar un lapso de algunos años, durante los cuales la vida del amo y del criado corria con la misma monótona lentitud. La misma comida, los mismos pozuelos de chocolate, la misma distribución sin faltar una sola vez á las devociones y á los paseos al derredor de la Catedral; solo los toneles de vino de la Rioja se variaban á medida que las cajas de cedro rebozaban de dinero. Fulgencio un poco descorronado al observar la salud robusta de Vengurren, que no llevaba trazas de quererse morir, y mirando muy lejána la perspectiva de su independencia mercantil, se aventuró una noche á proponer á su amo lo habilitase para hacer una compra en el puerto de Veracruz y caminar en seguida á Guanajuato, Zacatecas y Chihuahua con la pacotilla hasta realizarla. Este era el modo como se hacia años atras el comercio en el interior

y como tambien hacian grandes fortunas los que se dedicaban á este tráfico.

—¡Demonio! dijo Vengurren en cuanto oyó la pretension del andaluz; tan pronto te quieres emancipar.

—Ni Dios que lo permita: solo quiero trabajar unos cuantos meses y que mi amo me dé la mano con generosidad.

—Bien, bien, ¿cuánto necesitas?

—Lo que mi amo quiera prestarme.

—Bien: escribe una carta para Olavarrieta, de Veracruz, que te dé cincuenta ó sesenta mil pesos: tienes seis meses de licencia; pero si vuelves á los seis meses y un dia, no te recibiré mas en la casa.

Con estas pocas palabras quedó concluido el avío, y Fulgencio, en el mes de Diciembre, marchó á Veracruz, hizo su compra, se dirigió al Interior, recorrió las provincias de la Nueva Galicia y la Nueva Vizcaya, y antes de los seis meses ya estaba de regreso en el cajon de ropa de *Aguirrevengurren hermanos*, habiendo realizado el capital y un beneficio de mas de quince mil pesos; lo cual, añadido á lo que tenia ahorrado, formaba una suma muy bonita para girar con entera independendencia; pero Fulgencio no quitaba la vista de las cajas de cédro, y se proponia á toda costa heredar al amo: era una apuesta con la muerte que el andaluz tenia probabilidad de ganar, fiado en su constitucion robusta y en su juventud.

Ademas, Fulgencio estaba enamorado. En una de sus escursiones habia permanecido cosa de dos semanas en una hacienda del interior, que era propiedad de un judío portugués. Este judío, esperando todavía, como muchos otros, la venida del Mesías, no se habia descuidado en hacer su negocio lejos de la Inquisicion y de la corte vireinal, donde tal vez podia ser conocido. Viudo de una gaditana, le habia quedado una hija preciosa que él en secreto llamaba Esther; pero en la vecindad de la hacienda era conocida por doña Ana de Gibraltar. Retirada la pobre Esther en la soledad de una hacienda, su corazon se inflamó con ese fuego que la naturaleza enciende en el corazon de las mujeres cuando llegan á los 16 años de edad: luego que vió un mancebo, de no mala figura, con la salud de un roble, con una elevada alcurnia y una fortunilla independiente. Fulgencio; por su parte, se informó con cuanta minuciosidad le fué posible, no de las cualidades buenas ó malas de Esther, sino de la cantidad de pesos que podria tener el padre, y satisfecho de sus indagaciones, continuó como cosa muy secundaria, examinando los ojillos negros y brillantes de la novia, su boca purpurina y la frescura de la virginidad, esparcida en toda su graciosa fisonomía. Fulgencio pensó que la novia le convenia, y decidió casarse. Mientras que el judío leia allá en el secreto de su recámara los salmos en hebreo, el par enamorado, en buen castellano rezó los coloquios amorosos, de los que resultó de-

cidido el casamiento; pero un casamiento no era cosa fácil en los tiempos de que vamos hablando. Vengur-
ren se hubiera escandalizado de que á un dependiente
que apenas llevaba unos cuantos años de estar de pié
detrás del mostrador, se le ocurriese, ni por mal pen-
samiento, tomar estado, y el judío, por su parte, habria
desheredado á su hija; así, quedó convenido, que el
uno aguardaria la muerte de su amo, y la otra, que
falleciese su padre. ¡Así se fundan la mayor parte de
las esperanzas humanas! Se necesita á veces la mi-
seria, el sufrimiento y la destruccion de unos séres, pa-
ra el placer, la alegría y el bienestar de otros.

Fulgencio, pues, rico de amor, de esperanzas, y
mas que todo de dinero como hemos dicho, volvió á
la acreditada tienda del Parian, resuelto á ejercitar de
nuevo la paciencia, y observar si pasaba por entre al-
guna de las arrugas de la fisonomía del buen gallego,
el dedo de la muerte. ¡Haga V. beneficios, y espere
la gratitud!

Un dia, el menos pensado quizá, se recibió en Mé-
xico la correspondencia de la Nao de China, que lle-
gaba periódicamente al puerto de Acapulco, y con ella
una agradable noticia para Fulgencio, y era la de la
muerte de José Pascacio Aguirrevengurren de Manila,
el cual dejaba de heredero á su hermano Pascacio Jo-
sé de México, de una fortunilla de seiscientos mil pe-
sos. Poco faltó para que Fulgencio saltara de gusto,

TOM. I.—P. 9.

pero lo contuvo la fisonomía compungida del gallego, que al acabar de leer la carta, se quitó los anteojos, se limpió los ojos de las lágrimas que habían asomado á sus párpados, y exclamó:

—¡Demonio, qué noticia! Parece que José Pascacio estaba rico. Dios lo haya perdonado: era buen hombre

Las puertas de la tienda, estuvieron entre cerradas, durante nueve dias, y Pascacio José, cabizbajo y triston con la muerte de José Pascacio; pero concluidos los nueve dias, salió del Parian y se fué á casa de sus paisanos para arreglar la manera de liquidar las cuentas del difunto de Manila, y recoger sus tecolines.

Además, dispuso que se dotáran cinco niñas huérfanas, con 300 pesos cada una, reservó fondos para dotes de una docena de monjas, destinó 40.000 pesos para capellanías, con la obligacion, de que diariamente dijera los capellanes una misa, por la alma de José Pascacio.

En el curso del tiempo, lo mas probable es, que las huérfanas no se casaron, que las monjas se olvidaron en sus oraciones del bienhechor difunto, que las capellanías fueron á dar al bolsillo de nobles estudiantes, que en todo pensaron menos en las penas que sufría en el purgatorio el comerciante de Cavite, y que todo en fin, vino con el tiempo á undirse en la vorágine de la desamortizacion; mas sea de esto lo que se fuere, el caso es, que el hermano cumplió como se cumplía

en aquel tiempo, en que á fuerza de dinero, se trataba de ensalzar las virtudes, ó de disminuir las culpas de los que se veían forzados por la muerte, á hacer el largo y peligroso viaje del mundo de la eternidad, y de los misterios.

Vengurren no quedó satisfecho, sino que quizo, que se hiciesen unas honras solemnes, y como el padre Fr. Rodrigo, el mismo que tan maravillosamente habia enseñado á leer y escribir al noble andaluz, pasaba por un hombre elocuente, se dirigió á el para encargarle el sermon.

—Mi padre Fr. Rodrigo, le dijo besándole la mano como de costumbre, el hermano de Cavite ha muerto, y como era rico es necesario hacerle unas buenas honras, predicar un sermon donde se digan todas las virtudes de ese buen hombre.

El Padre Fr. Rodrigo, que como siempre, tenia una disciplina en la mano, y ejercia sin interrupcion su paternal justicia con los nuevos discípulos que á cientos entraban en la escuela, se levantó é hizo mayores cumplidos que de costumbre al rico mercader, y quedó convenido que las honras serian muy solemnes en la iglesia de los Belemitas.

El dia señalado, fueron entrando las comunidades religiosas: cuarenta dominicos, sesenta franciscanos, veinte juaninos, diez camilos, treinta carmelitas, otros tantos agustinos, despues todo el comercio del Parian

de gran etiqueta, es decir, de chaqueta unos, de capa otros, y los que eran ya millonarios, de grandes casacones negros y camisas muy almidonadas de estopilla. No faltaron algunos doctores de la Universidad, y uno que otro letrado de Castilla, cuya magestad se dignó honrar los funerales de un rico mercader. Vengurren estaba querido y bien relacionado en la ciudad, y ninguno rehusó su convite.

Después de la vigilia, y como de costumbre, antes del Evangelio, subió el Padre Fr. Rodrigo á la cátedra del Espíritu Santo. Comenzó el sermón,

Amados oyentes míos. . . .

Omnis enim homo, qui comedit et bibit bonum de labore suo hoc donum Dei est.

Porque todo hombre que come y bebe y ve el bien de su trabajo: este es don de Dios. Palabras tomadas del Eclesiastes, cap. 3, vers. 13.

Sí, católicos: de uno de los Libros Sagrados he tomado el resúmen de la vida del hombre mas justificado que hoy lloramos. Comió y bebió de su trabajo. *Omnis enim homo &c.*

Aunque de una ilustre alcurnia, pues era descendiente en línea recta de los condes de Barcelona: desde su temprana edad, sus padres lo dedicaron en Galicia, su

patria, á la honrosa profesion del comercio: su caridad y su estricta conciencia, se manifestaron desde los primeros pasos de su vida: un dia vendió á una beata unas cuantas varas de sayal; y habiendo recibido una moneda de oro en vez de la de plata, buscó á la compradora para advertirla la equivocacion; y no habiéndola encontrado, resolvió dar la mitad del valor de la moneda á los pobres, y reservarse únicamente para sí la otra mitad. Este solo rasgo pinta la vida cristiana, y la conciencia estricta de nuestro malogrado Pascacio.'

El hermano Vengurren alzaba de cuando en cuando la cara para ver al predicador, pues no habia llegado á su noticia que sus parientes habian sido los ya difuntos condes de Barcelona, ni mucho menos, que su hermano hubiese vendido en Galicia, ni pocas ni muchas varas de sayal á las beatas; sin embargo, como el Padre Rodrigo lo decia, y no como quiera, sino en el púlpito, el hermano escuchaba con mucha uncion, y creia á pié juntillas, todo lo que el religioso iba diciendo.

Sí, católicos, continuó Fr. Rodrigo: sin que ofenda á la verdad, puedo asegurar que ese cadáver, que veis encerrado en este catafalco mortuorio, ó mejor dicho, que reposa en la apartada tierra de las Filipinas, era un dechado de virtudes, humano, caritativo, obediente á su rey y amante de su familia, era como dice el Nacianceno: *el modelo perfecto del hombre feliz.*

Sus amantes padres, que lo que deseaban era. la felicidad de sus hijos, los enviaron á América á que el virtuoso y elocuente canónigo que tenían por tío, les diera una educacion cristiana, propia de su noble cuna; pero como el comercio les llamaba la atencion, siguieron en América y en Filipinas esta profesion, formando caudales cuantiosos, que mas bien que de ellos, son de las huérfanas, de las monjas, de los religiosos á quienes socorren.

Decretado estaba por el Altísimo, que habian de comer y beber de su trabajo, y habian de recibir en sus riquezas el don de Dios. *Omnis enim homo &c.*

Al poco tiempo de haber llegado á esta noble é imperial ciudad de México, los dos hermanos tuvieron que seguir su destino y separarse, marchándose el virtuoso Pascacio José á Filipinas, y quedándose solo y aislado en este valle de lágrimas, el hermano José Pascacio. ¡Oh momentos crueles de la separacion! *Por qué no os abristeis, oh mares!* como dice Tertuliano. *Por qué no os oscurecisteis, sol!* como añade el sábio Orígenes; ¡por qué, como exclamaba el profeta, no fueron sepultados juntos en los abismos del horrendo barrato, los dos tiernos pimpollos, antes de consentir en una separacion, que fué eterna!

Vengurren, que no estaba muy conforme, á pesar de su fé, con la opinion que ningun profeta pudo dar, respecto de los pimpollos gallegos, se movió un poco de su asiento, tosió, sacó su pañuelo paliacate, lo des-

dobló con cuidado y se limpió las rojas narices y las gotas de sudor que, con el calor de los cirios y la mucha concurrencia, brotaba de su frente.

El Padre Rodrigo tomó un trago de vino, tosió á su vez, se limpió el sudor, y continuó. Todas las comunidades hicieron lo mismo; y restablecido el silencio que solo interrumpia el chisporroteo de los cirios de la tumba, el panegirico del difunto gallego siguió su curso.

Nuestro difunto se encaminó á Acapulco (era un verdadero milagro que un difunto se encaminase para Acapulco; pero como Fr. Rodrigo lo decia, todos los oyentes lo creyeron), nuestro difunto, repito, se encaminó al puerto de Acapulco, y despues de mil trabajos y padecimientos, hubo de embarcarse en la nao. ¡Qué tormentas en la mar! ¡Qué rayos! ¡Qué centellas! *El firmamento estaba conmovido, como decia Isaías,* y nuestro difunto, sereno y firme, sin pensar siquiera salir de la combatida nave, hasta que llegase al puerto de Cavite. Llegó por fin, por intercesion del Santo apóstol, patrono de Galicia y enemigo encarnizado de los pueblos idólatras de América, y llegó conduciendo á nuestro difunto Pascacio José, el cual, apenas se repuso de las fatigas de su viaje, cuando cumpliendo con la mision que el Señor, le habia impuesto en la tierra, entró á servir en una tienda de comercio de las mas acreditadas de aquellas tierras: su admira-

ble constancia, su incansable paciencia, su mansedumbre en sufrir las muchas impertinencias de sus amos, le grangearon el afecto de éstos, porque, era como dice el *Gregoriano*, el varon justo.

Para qué he de cansaros con una narración minuciosa de sus virtudes, basta deciros que al vender el terciopelo morado recordaba á Jesucristo en la cárcel; al doblar el damasco carmesí hacia conmemoracion de los azotes; y al medir la sempiterna negra, no podia menos sino de enternecerse con los dolores que sufrió al pié de la cruz nuestra Madre Santísima. ¡Qué piedad, qué uncion, qué ejemplo tan saludable para todo el comercio, que en cada uno de los lienzos despreciables que vende para satisfacer los caprichos del lujo de los grandes de la tierra. tiene un motivo de recordar los misterios de nuestra Santa Religion. Os digo con el gran Padre San Agustin: imitad las virtudes *del varon justo, y no caigais en la tentacion.*

Los últimos años de la vida del difunto presentan el ejemplo de la tranquilidad mas perfecta: dedicado á aumentar su caudal por medio del trabajo, jamás se le vió ese lujo y ese fausto, que con mucha razon han condenado en América, en algunas épocas, las severas reales órdenes de S. M. Una modesta chaqueta, un pantalon que no se mudaba sino cada seis meses, un calzado el mas comun y el mas barato. una camisa de tela gruesa, éste era todo el equipaje de uno de los mas opulentos mercaderes de Manila, que tenia en su tien-

da las mas ricas telas del Oriente, del Occidente, del Septentrion y hasta del Polo ártico. Imitad, católicos, su ejemplo, como manda el precepto de nuestro gran Padre San Agustin.

Pocos dias antes de su muerte tuvo un sueño misterioso. Soñó que mecido en una cuna de rosas era llevado por los ángeles á un jardin muy ameno, donde se encontró con una orquesta completa de serafines que acompañaban unos melodiosos y dulcísimos cantos á otro coro de arcángeles. Cuando despertó al dia siguiente habia esparcidas por su cuarto multitud de flores que exhalaban un aroma delicioso. Desde ese momento se preparó á la muerte aprovechándose de este aviso del cielo. En efecto, á los pocos dias falleció de una enfermedad desconocida que lo privó del uso del habla, y fué tan resignado y tan cristiano en su último fin, que no quiso ya hablar ni una palabra. Puedo aseguraros, hermanos y oyentes míos, que murió en olor de santidad.

—¡Pascacio ha muerto! contestó el padre levantando la voz; pero nosotros vivimos para llorarlo. Me habia equivocado; Pascacio no ha muerto porque vive en el corazon de todos nosotros y en el caudal que ha dejado para la religion y para los pobres; pero sí, ¡ah! ¡ó dolor! ¡ó agonía! ¡ó tormento cruel! Pascacio ha muerto y no podemos dudarle puesto que tenemos delante de los ojos esta fúnebre tumba. Lloremos, sí, lloremos al comerciante honrado, al hermano tierno, al hombre

casto y económico, al varon justo, como decia nuestro gran Padre San Bernardo. Derramemos, católicos, abundantes y copiosas lágrimas sobre este catafalco mortuorio; vistamos de luto nuestra alma, como decia el profeta Ezequiel, por la pérdida que ha hecho la corona, de un súbdito tan fiel, y nosotros de un amigo tan sincero.

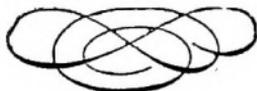
Las comunidades religiosas tuvieron que sacar sus pañuelos y limpiarse las lágrimas: la elocuente deprecacion del predicador habia producido su efecto, y ademas era preciso llorar por un difunto que, aunque nadie lo conocia, en México habia dejado un grueso capital. Vengurren, que al fin era su hermano, se enterneció, sus narices se encendieron un poco mas, y dos lágrimas silenciosas fueron escalonándose y deteniéndose en las arrugas de su cara. Así que terminó la fúnebre ceremonia, Vengurren y Fulgencio despidieron á las comunidades y asistentes y se dirigieron á la sacristía con un ramo de flores de papel muy mal hechas; pero que tenia una docena de onzas de oro muy bien acuñadas y se le presentaron al reverendo.

—Bien, bien, mi padre Rodrigo, le dijo Vengurren. Nada sabia yo de lo que su paternidad predicó del hermano, nunca me habia escrito eso. Era buen hombre. Gracias, gracias, padre Rodrigo.

El padre tomó el obsequio, y no quiso entrar en materia porque temió aflijir mas á Vengurren. Lo exhor-

tó á la conformidad, y á la resignacion, y le dió su bendicion.

Amo. y dependienta, se fueron de nuevo á la tienda del Parian, y todo, y todas las cosas volvieron á su curso ordinario. Solo en el libro encarnado del mercader, habia una alteracion pequeña. Habian entrado 600 000 pesos mas, y habia sido necesario llenar dos cajas mas, de cédro, y apilar en un rincon las talegas sobrantes.



CAPÍTULO VIII.

DE LOS PESARES QUE ESPERIMENTÓ VENGURREN, DE SU MUERTE, Y DE COMO DEJÓ A FULGENCIO DE HEREDERO DE SUS CALZONES DE PAÑO, Y DE TODO SU DINERO:

A pesar del elogio que hizo en el púlpito el padre Rodrigo, y apesar de las talegas de la herencia, Aguirrevengurren de México, clavó el pico, como suele decirse, desde que murió el Aguirrevengurren de Manila: no hablaba una palabra, dormía mas que lo ordinario, y lo que era peor síntoma, habia suprimido el chocolate de por la tarde, y en la comida, con trabajo podia acabarse medio pollo. Fulgencio veia la destruccion de este viejo edificio, con una especie de complacencia mezclada de temor. ¿Lo dejaría ó nó de heredero? En último resultado, si no lo dejaba de heredero, nunca se olvidaria de él, y doscientas talegas que le tocaran era algo para comenzar.

TOM. I.—P. 10.

Otra noticia funesta, acabó de entristecer al viejo mercader. Romero, el fiel Romero, á los setenta y cinco años, es decir, en la flor, en la fuerza de la edad, y cuando comenzaba á hacer su fortuna independiente, habia fallecido de resultas de un constipado, de una caida de un caballo cojo que montaba, y de una fiebre que le sobrevino, por cobrar una cuenta de tres reales tres cuartillas, que le habia quedado debiendo un peon en una hacienda distante de la ciudad.

Segun y como habia pactado con su amo y socio, tenia hecho su testamento, y lo dejaba de heredero de todas sus economías, con las cuales apenas habia tenido valor de comprarse una capa, como hemos dicho: y con esto le parecia que habia echado la casa por la ventana. El resultado de la muerte de Romero, fué otra partida de 110.000 pesos, en el libro de badana de Vengurren, y nuevos sacos de dinero arrumbados contra la pared de la trastienda. ¡Qué tiempos!

La tristeza de nuestro amigo el buen gallego, no conocia límites. Se pasaba las mañanas en la iglesia, y cuando volvia á la tienda, no hablaba ni una palabra. Toda su sociedad, la habia reducido al Padre Clavijero, que era su director espiritual, y el hombre á quien tenia mas respeto y mas amor en el mundo.

Una noche volvió mas temprano que lo de costumbre. Luego que Fulgencio lo vió, corrió alarmado á quitarle la capa de los hombros y á sostenerlo, por-

que vacilante, y como si se hubiese bebido una pipa de catalán, apenas podía pasar de los umbrales de la tienda.

—¿Qué es esto Sr. Venguren, qué ha sucedido, traeré agua, vino, un médico. . . . por el amor de Dios, qué ha sucedido señor amo? exclamó Fulgencio.

Venguren se sentó en el sillón en que acostumbraba tomar su chocolate, bajó la cabeza, y no halló una palabra en mas de un cuarto de hora, hasta que repentinamente se levantó, y encendido de cólera, dió una puñada tremenda en el mostrador, que hizo temblar el armazón, y retroceder á Fulgencio.

—El rey es un pícaro, Fulgencio, gritó lleno de cólera.

—¡Señor amo! Ha desterrado á los jesuitas, y á ese Padre Clavijero, que era el mejor mexicano de toda Nueva-España.

—¡Señor!

—El rey es un pícaro, volvió á gritar el viejo, y luego, como aterrorizado de la blasfemia que acababa de pronunciar, se quedó un rato con los ojos fijos y la boca entreabierto, se quitó el sombrero, y volvió á caer en la silla, diciendo entre dientes: Es menester conformarse con la voluntad del rey. ¡Pobre Clavijero!

La conmoción de Venguren fué tan grande, que al día siguiente no pudo levantarse de la cama, y continuó así malo, triste y callando y levantando, como

suele decirse, hasta que al fin de quince dias, un golpe de sangre al cerebro lo privó del habla, y del uso de sus miembros, y murió al dia siguiente con la gran felicidad de que los doctores de espadin y gualdrapa, que habia entonces, no lo quemaron con fierros ardiendo, ni le administraron buenas docis de croton tiglium, como lo abrian hecho hoy los de carretela y caballos ingleses.

Aqui las dudas, la apuración y la sosobra de Fulgencio, y mucho mas, cuando ocurrió inmediatamente el oidor D. Celestino Conejo de la Conejera, y á título de amigo del difunto, y de letrado profundo, se apoderó de todos los papeles y constituyó á Fulgencio depositario del dinero y efectos que habia en la casa.

Un entierro, y unos funerales magníficos en San Francisco, alunciaron á la afligida México, la pérdida de uno de sus comerciantes mas ricos, y otro panegírico del padre Rodrigo, que no copiamos por no fastidiar al lector, probó la nobleza, y las virtudes del difunto, el cual fué sepultado en el costado izquierdo de la nave de la iglesia de los Belemitas, colocándose en cima del sepulcro una estatua de piedra *Chiluca* inca, da de rodillas en un cojin de ladrillo, que representaba la *vera efigie* del difunto.

Los nueve dias parecieron eternos á Fulgencio, y casi no dormia sino dos horas escasas, devorando en su mollera los proyectos mas descabellados. ¿Abría he-

cho, ó nó, testamento el difunto: y en caso de averlo hecho, quien sería el heredero? Si el duelo se hubiese prolongado una semana mas, Fulgencio pierde el juicio. Espirado que hubo el plazo, fuese á la morada del oidor, con sus inventarios debajo del brazo y ambos se dirigieron ante el alcalde de corte, y en presencia de escribano y testigos de asistencia, se quitaron las cintas y los plomos con que estaba atado y asegurado un bultillo de papeles.

Fulgencio no respiraba, pero creyó caer desvanecido, cuando habiendo roto la cubierta el escribano, apareció á sus ojos un letrado escrito con letras gordas, aunque mal hechas, que decia:

MI TESTAMENTO.

Pascacio Aguirrevenguren era un santo, pensó Fulgencio, puesto que no habia cometido la horrible maldad, de morir intestado. Quedaba por resolver la segunda cuestion.

¿Quién era el heredero? El oidor Conejo de la Conejera daba por seguro que él sería el dueño de todos los patacones del difunto: Fulgencio dudaba, y una palidez mortal cubria su rostro. Se abrió el testamento, y se encontró que todo era de puño y letra de Venguren. ¿Cuándo lo habia hecho y dónde? Fulgencio lo ignoraba; pero suponía, que en las escapadas que el amo se daba á visitar al padre Clavijero, habia traba-

jado esta interesantísima obra. La lectura comenzó:

En el nombre de Dios, &c.

Soy cristiano viejo, y creo en todo lo que enseña nuestra santa fé católica, &c.

Primero. Tengo un millon, doscientos mil cincuenta pesos en oro y plata acuñada, y ochenta mil doscientos treinta y seis pesos y seis maravedís en géneros en la tienda. No debo á nadie nada.

Fulgencio saltó de la silla alborozado: el testamento era muy moderno, puesto que contenia exactamente las cifras del último balance que se habia hecho, y que habia variado bien poco en los tres dias trascurridos.

El escribano, calándose bien los anteojos, continuó la lectura.

Dejo para veinte mil misas á mi alma, veinte mil pesos.

Dejo para limosnas á los pobres diez mil pesos.

Dejo para el colegio de Mondoñedo veinte mil pesos.

Dejo para un hospital en Filipinas, treintra mil pesos.

Dejo para que las monjas capuchinas de México, acaben su convento, quince mil pesos.

Dejo para una función á Santiago, con misa cantada, seis mil pesos.

Dejo para fundar cuatro capellanías, con obligacion de que los capellanes digan los viérnes de cada semana una misa por mi alma, doce mil pesos.

Dejo para dotes de niñas que entren al convento que quieran, cuarenta mil pesos.

Dejo al convento de Jesus María sesenta mil pesos, para que compre unas casas.

Dejo para una funcion el dia 19 de cada mes al Sr. San José, en el convento de Regina, ocho mil pesos.

Dejo al mancebo que sirve en la tienda, cien pesos.

—Ese es vuesa merced, dijo el oidor á Fulgencio.

—No hay tal cosa, señor oidor, el mancebo es Iturquieta, así se llama; y yo soy Fulgencio García: adelante.

El escribano prosiguió:

Dejo cien pesos á María Jacinta, y cien á Antonieta, y otros cien á su marido.

—Esos son los de Coyoacan, dijo Fulgencio.

—Adelante, exclamó el oidor, que ya rabiaba de impaciencia por oir lo que le dejaba su difunto amigo.

Dejo al señor oidor y mi amigo D. Celestino Conejo de la Conejera, un libro viejo de las Cédulas del Dr. Puga.

Item, le dejo una espada de taza y cruz, de la fábrica de Toledo.

Iteta, una docena de pañuelos paliacates.

Fulgencio no pudo menos de taparse la boca, para no soltar la carcajada de risa, y el oidor, que lo notó; se lo quedó mirando con una espresion feroz.

El notario continuó:

Dejo á Fulgencio mis calzones de paño viejos.

El oidor Conejera se echó á reir en los bigotes del andaluz, y con un aire burlon dijo:

—Prosiga vd., prosiga vd., señor escribano, que esto promete mucho para el amigo Fulgencio

—Fulgencio bajó los ojos, y dejó caer los brazos, y el escribano continuó:

Item, en prueba de mi afecto, le dejo dos camisas usadas.

Item, mis zapatos y mi capa.

Item, dejo tambien á Fulgencio todo el resto de mi dinero, y todos los géneros de la tienda.

Como si un golpe eléctrico hubiese herido á los competidores, ambos cayeron de la silla, el uno á causa del inmenso placer de considerarse millonario, y el otro de cólera de verse desheredado de lo que creia ya suyo: El escribano se quitó los anteojos, pidió agua, les ayudó á reponerse en su asiento, y continuó la lectura poco interesante. Como Napoleon, y como Hernan Cortés, el gallego seguía disponiendo en favor de diversas personas, de sus gregüescos, de sus chalecos, de sus sombreroz viejos, y dejando legaditos á multitud de ancianos, de veinte y treinta pesos.

—Ese testamento es nulo, gritó el oidor, cuando se repuso de la sorpresa.

—Perfectamente legal, hecho en sana y cabal salud, en el pleno uso de todas las facultades mentales del di-

funto y autorizado no por uno, sino por dos escribanos á mayor abundamiento, dijo el escribano, dando vuelta á las hojas, examinándolas y quitándose las gafas y limpiando alternativamente con las puntas de un pañuelo encarnado, ya los vidrios naturales que la edad habia empañado en sus ojos, ya los artificiales que habia oscurecido un poco el calor.

—Con que no hay remedio? volvió á preguntar Conejera.

—Ninguno, mas que recibir, dijo el escribano, las reliquias que os ha dejado el difunto.

—Bien lo habia yo pensado: ese hombre era un ingrato, un estúpido, un falso amigo sobre todo; porque mil veces me aseguró, que si él moria antes que yo, me dejaria un recuerdo.

—Y por Cristo que lo cumplió! interrumpió Fulgencio. Qué mas quiere vuesa merced, que un famoso cedulaario, donde están las reales órdenes de S. M., y una buena espada para defenderse de los pillastros que atacan á la gente honrraa. No hay que poner esa cara triste, señor oidor, venga esa mano, y aquí tiene vuesa mercé un amigo que, si se muere antes, no lo olvidará, como no lo olvidoo mi difunto amo.

El oidor rehusó estrechar la mano que el andaluz le tendia, y salió rojo de cólera de la sala.

CAPITULO IX.

DE LA NUEVA VIDA DE FULGENCIO, DEL LUJO CON QUE ESTABLECE SU CASA, Y DE CÓMO ADQUIERE UNA CAPITANÍA POR EL MÓDICO PRECIO DE QUINIENTOS MIL PESOS.

Una nueva éra se habria en la vida de Fulgencio. Heredero á los 27 años de edad, de los calzoncs viejos de paño de su amo, y por apéndice de todo su dineró, no sabia ni qué hacerse, ni por dónde comenzar. Si él hubie-
ra sido gallego, las cosas habrian pasado sin ruido y sin dificultad, porque se hubiese conformado con seguir la misma vida y ejemplo que el difunto; pero andaluz, vanidoso, y sobre todo, dueño y señor absoluto de una fortuna inmensa, el mundo le parecia estrecho, y al virey lo veia ya como un grano de mostaza. En los primeros dias continuó en la tienda recibiendo los agasajos y cumplidos de todos los paisanos y vecinos; pero luego que tuvo un buen dependiente, le entregó

la negociacion, ascendiendo al mancebo Iturguieta al rango de dependiente, con veinte pesos al mes, con el privilegio de dormir no debajo, sino sobre el mostrador de la misma manera que el difunto Vengurren lo habia elevado á él á tan alto puesto.

Buscó una gran casa en la entonces aristocrática calle de Cordovanes, y la amuebló con todo el esplendor de la época. En los balcones y ventanas habia vidrieras, lujo que solo se permitian los millonarios y los títulos de Castilla: la sala estaba adornada con un friso ó *rodastro* de damasco de China encarnado y muebles flamencos con las águilas austriacas, grabadas en la madera, é incrustados de concha nácar y de marfil: en las paredes estaban colocadas unas pantallas de espejos venecianos, y del centro del techo pendia una gran araña de plata con veinticuatro albertantes.

El comedor de la casa de Fulgencio, era lo que habia que ver. Una mesa cuadrilonga de dos varas de largo, y vara y media de ancho, formada de una sola plancha de caoba, dos esquineros con sus alambrados llenos de la mas primorosa porcelana de China, y en medio un tosco aparador con cabezas de leones y esfinges de oloroso cedro, en los remates, todo lleno de arriba á bajo, de platos y de vasijas. No habia una sola cosa en la casa de Fulgencio, que no fuese de plata: candeleros, platos, vasos, hasta ciertas caserolas para el servicio de la cocina eran de este esquisito me-

tal. Surtió su bodega de los vinos mas añejos, y su despensa, de los mas esquisitos comestibles de la madre patria, é instalado así sin que pudiese faltarle nada de lo que en aquel tiempo servia para el lujo y el regalo, sentóse en cima de sus talegas, con mas aplomo que el mismo Carlos III, en su elevado tronó. Si el difunto Vengurren resucitara y viera esto, decian algunos, se volveria á morir de pesar, pero otros tenian á mucha prez y honor, el recibir siquiera el saludo del andaluz, y por Dios, que jamás hombre mas hinchado ni mas vanidoso habia sentado sus reales en la ciudad de Moctezuma.

Luego que concluyó sus arreglos de casa, que no fueron largos, supuesto que el dinero todo lo allana y facilita, escribió á su padre á Cádiz.

Amo padre: Con mi última le remití unos cuantos maravedí, ahora le mando cien talega de peso para vos y los hermano, y para que se vaya á la corte á conseguí para mí, mucha nobleza, el título de conde de *Soto Alegre*, aunque bastante feo era y será todavía el de nuestra noble casa. No hay que perdé tiempo, soy muy rico, y lo que necesito hora es ser conde, y si se puee virey. Con que....treinta cosa á lo currito.

Va esta misiva con el reverendo que me ponía en la escuela como un crucifijo. Le he dao alguno maravedí, para que pase alegre los último dia de su vida

TOM. I.—P. 11.

en su convento de España, ya que tanto á pelao las nalga de los muchacho de esta tierra.

Pasarla bien, y un dia de estos daré un brinco al condado de *Soto Alegre*. No hay que desmayá. Todito el dinero que sea necesario en la corte, se pagará á letra vista. Quedar con Dios, y el vos guarde como lo desea vuestro noble y amante hijo

DON FULGENCIO.

Hecho esto, Fulgencio, que lo que deseaba era figurar entre los hidalgos y los títulos de México, abrió su casa á los canónigos, á los oidores, á los alcaldes de mesta y á los oficiales reales, y no faltaba ni el contador de tributos, ni el Juez Balanzario de la casa de Moneda, ni el inquisidor mayor. Se tomaba en casa de D. Fulgencio García un buen chocolate, se rezaba el Rosario y la Estacion á las ocho de la noche, y hasta las diez se jugaba á las cartas, ó se platicaba de las profeciones de las monjas, de los capítulos que los frailes celebraban, para elejir provincial, ó de las guerras tremendas que sostenia el augusto Carlos III, con todas las pérfidas y bárbaras naciones de la Europa. D. Fulgencio era un gran personage, y no habia cofradía de que no fuese hermano, ni iglesia que lo dejase de contar en el número de sus bienhech res. Afortunadamente y á pesar de sus exorbitantes gastos, sus negocios iban perfectamente, pues la antigua tienda del Parian, de Aguirrevenguren hermanos, con-

servaba su nombre, su crédito, y las utilidades eran tan pingües como antes.

Las cartas de España, no eran de lo mas satisfactorias. Su padre le escribia, que por mas pasos que habia dado en la corte no le habia sido posible otra cosa, mas que gastar una buena parte de los duros, pero que le juraba que todo saldria bien. Cuando la muerte venga, le escribia el viejo andaluz, le diré: ¡atras, aguarda un poco bellaca, deja que el chico D. Fulgencio sea conde de *Soto Alegre*, y despue nos haremos triza y veremos quien puee má!

En estas alternativas y fluctuaciones, estaba el asunto del condado, cuando estalló de nuevo la guerra entre Inglaterra y España.

Era entonces virrey, el buen D. Antonio Bucareli, y amante de su patria, como el que mas, deseaba ayudar de una manera positiva á su soberano, y humillar por su parte, al pérfido inglés. Habia pensado reunir una junta, de los ricos y nobles de la ciudad, para pedirles un donativo, y remitir á España la mayor cantidad posible de dinero, mas no habia encontrado una oportunidad, hasta que para sacarlo de este empeño llegó, cuando menos se aguardaba á Veracruz, la fragata Covadonga con pliegos muy importantes, que caminando con la velocidad del rayo apenas pudo traer, al cabo de cuatro dias á la capital, un extraordinario violento.

El virey convocó entonces una junta en el palacio. Por supuesto que ninguno mandó decir que estaba enfermo, ni mucho menos envió como rasgo de esmerada educación á su dependiente, *sin instruccion ninguna*, sino que por el contrario, todos los citados se vistieron con sus grandes casacones y sus chalecos de lama de oro, y sus diamantes de gran precio en los vuelos de la camisa; y tuvieron á mucho honor, el que el virey tuviese la señalada bondad de pedirles algo para ayudar la real tesorería de su muy amado soberano.

El Bailio era hombre de muy buenos modales; digno sin orgullo, y amable sin estudio ni afectacion: su gran nariz, un poco encorvada, sus ojillos pequeños; pero mansos y serenos, y su boca grande; pero franca; daban á su fisonomía un aire de bondad y de honradez tal, que cautivaba á todos los que le trataban. Además, su alto carácter, y el respeto con que entonces era mirada la autoridad, contribuyeron á que la junta tuviese mejor resultado.

Señores, dijo el virey, despues que con el ceremonial y caravanas de la época hubo saludado á los concurrentes, acabo de recibir pliegos de la corte. La guerra con esa traidora potencia con quien, para desgracia de la España, ha tenido alianza y amistad en otras ocasiones, ha estallado de nuevo.

—Con la Inglaterra por supuesto, preguntó brusca-
mente un comerciante gordo y encarnado.

—Con la Inglaterra, continuó el virey, reprendiendo dulcemente con una mirada al que lo había inturrumpido; pero los despachos de S. M. me anuncian, que ya el inglés traidor ha llevado su merecido castigo.

Un murmullo de entusiasmo interrumpió al virey, éste dejó desahogar un momento esa esplosion de patriotismo, y prosiguió:

—Decia, que el inglés traidor ha sido castigado, y que la real marina española, como siempre, no solo ha dejado bien puesto el honor, sino que ha hecho prodigios inauditos; en una palabra, os haré saber, que habiéndose trabado un combate, ha sido tomado al abordage el navío inglés llamándose el *Ardiente*, de 64 cañones: aquí están los despachos de S. M., que no dejan duda de lo que digo.

El virey pasó los pliegos que tenia en la mano á la persona que estaba mas inmediata, y así fueron pasando de mano en mano: unos los besaron, otros quedaban tan complacidos y admirados, que parecia que no era un papel sino el mismo navío *Ardiente* con sus 64 cañones, el que pasaba por las manos de aquella patriótica y respetable asamblea.

El virey creyó que la conserva estaba ya de punto, como suele decirse, y continuó:

“Fácilmente pensaréis que lo que S. M. necesita son pronto auxilios de dinero, y que todo lo espera de sus fieles vasallos de Nueva España y....”

El virey no pudo concluir, porque el personaje que estaba á su derecha lo interrumpió, diciendo en voz alta: "El consulado de México se suscribe con cien mil pesos."

El virey hizo con la cabeza una cortesía al generoso cónsul, é indicó que siguiera la suscripcion, no teniendo, como en efecto no tenia necesidad de ponderar mas las victorias de la marina española. La suscripcion continuó.

El conde de Peñon Blanco, cincuenta mil pesos.

El marqués de Sierra Azul la misma suma.

El duque del Rosario, cien mil pesos.

El tribunal de minería, doscientos mil, dijo otro con cierto orgullo.

Por la archicofradía de San Homobono, dijo un clérigo apergaminado, y que tosía frecuentemente, ofrezco ciento cincuenta mil.

Por la señora marquesa de la Agua fria ofrezco treinta mil pesos, dijo un abogado con voz muy suave y temblorosa, de manera, que creo nadie lo oyó.

—Qué suma? preguntó el virey.

—Treinta mil pesos, volvió á repetir el representante de la marquesa, avergonzado de su pequeñez y miseria.

—Fulgencio no pudo aguantar ya.

—Señor virey, dijo, creo que en esta junta no se viene á insultar á V. E., ni mucho menos al rey.

Cuando Fulgencio mencionó al rey, toda la concurrencia hizo una cortesía é inclinó la cabeza.

—Yo soy clarito, señor virey, continuó Fulgencio, y veo que aquí se están ofreciendo cantidades que no alcanzan ni pa un falucho. Se trata de aniquilaa pa siempre la marina de esos perro hereje, pues al lance, y eso se face con dinero.

—Yo ofrezco una fragata entera y verdadera de 64 cañone. Veremo si es andaluzaa ó realidad. Con permiso señor, virey.

—Fulgencio se acercó á una mesa, tomó una pluma y un pedazo de papel, y con uno de los porteros envió una carta. A poco se presentó el dependiente Iturguieta, seguido de una multitud de cargadores con talegas llena de pesos.

—Creo que habrá con medio millon de pesos para una fragata, ¿no es verdá, señor virey?

—El virey y los demas asistentes se quedaron maravillados de la escentricidad del sucesor de Venguren; pero como fuerza es admirar y aun imitar esas grandes cosas, la suscripcion subió á tal grado, que solo de ella envió el virey tres millones á la península. En cuanto á Fulgencio, el dia siguiente recibió un par de divisas de capitan. Estaba loco, no sentia ni el hueco que en su caudal habia dejado el donativo. Le bastaba con ser el capitan *Don Fulgencio Garcia Julio*.

CAPÍTULO X.

DASE CUENTA DE COMO FULGENCIO SE ENCONTRÓ REPEN-
TINAMENTE POBRE, DE SU VIAJE A LA NUEVA VIZCAYA,
Y DE SU CASAMIENTO CON DOÑA ANA DE GIBRALTAR.

Tan luego como Fulgencio pudo ponerse un chupin azul con su solapa encarnada, peinarse de polvo dejándose una largá coleta, portar al cinto un espadin y llamarse ya sin riesgo ni contradiccion alguna el Sr. capitán D. Fulgencio García, se volvió materialmente loco. Cerró la tienda, se retiró del comercio y comenzó realmente la vida espléndida de un gran señor. Todos los dias eran donativos para la corona. para los hospitales, para los conventos. Vengurren habia cumplido con este deber de usanza en esos tiempos con la esperanza de que su ánima estuviese menos años en el Purgatorio, Fulgencio, su sucesor en el caudal, se contentaba con recibir su recompensa en esta vida, y esta

recompensa se reducía á que el día de su santo las madres le mandasen de cuelga panecitos y velas benditas y platonos de crema, adornados con flores de camelote y de liston de granada; pero sobre todo, lo que sacaba de quicio á Fulgencio era verse retratado de cuerpo entero en las porterías y en los cláustros con un letrero que decia: *Verdadero retrato del muy noble é ilustre D. Fulgencio García Julio, capitán de los reales ejércitos de S. M., caballero del hábito de Santiago, tesorero de la muy ilustre archicofradía de San Emigdio, mayordomo perpetuo de la vela encarnada, socio fundador de la congregacion de los niños andaluces, y patrono de la real capilla de Santa Efigenia vírgen y mártir.*

Cada retrato de estos le costaba á poco mas ó menos tan barato como la capitania; pero satisfecho con esto y con el hábito de Santiago, que era todo lo que se habia podido conseguir en la córte de España despues de haberse agotado la mayor parte de los escudos que mandó á su padre, vivia tan satisfecho y descuidado del porvenir como si fuesen suyas las ricas minas de Pachuca. Iturguieta que habia continuado en su servicio se le presentó un dia.

—Señor capitán, tengo que dar á vd. un mal rato: el dinero se está acabando y todo lo que queda ya en la bodega son unos diez ó doce mil pesos.

—¡Bribon, á mí venirme con ese cuento! exclamó

Fulgencio: eso no es cierto, no puede ser cierto. Yo soy rico, muy rico, millonario; lo entiendes, millonario.

—Si el señor capitan tiene en otra parte el dinero, eso es otra cosa; pero lo que es en la casa repito no hay mas que esa suma.

—Fulgencio inclinó la cabeza, y por primera vez despues de su arribo á la América, pasó por su frente una nube de profunda tristeza. Era ya pobre: doce mil pesos, los muebles de la casa, la plata labrada y algunas alhajas, esto era todo lo que quedaba en pocos años de la inmensa fortuna, fruto de tantos años de privaciones y de fatigas de los difuntos hermanos Aguirrevenguren.

—Quiere el señor capitan ver las cuentas.

—Qué cuentas ni qué alforja, dijo Fulgencio dando una palmada en la mesa y dejando caer su cabeza con desconsuelo. . . . Bah! trae el libro, veremos siquiera cómo se consumió la fortuna.

Iturguieta trajo un libro forrado en terciopelo con broches de oro. El libro mugroso y forrado de badana encarnada que llevaba Venguren, representaba el orden y la economía; era el libro de *Crédito*: el lujoso volumen de Fulgencio, representaba el desorden, el despilfarro y el *Débito* de esta partida doble que habia principiado hacia mas de cincuenta años con el económico gallego, y terminaba con el vanidoso y pródigo andaluz.

—Vamos, Iturguieta, lee algo de ese maldecio libro.

Iturguieta destrabó los broches de oro del lujoso volumen y comenzó á leer:

Fecha tantas, &c.

Donativo á S. M. para una fragata de sesenta y cuatro cañones..... 500.000

—Los sesenta y cuatro quisiera que dispararan sobre mi cabeza por borrico, exclamó Fulgencio; pero continúa, continúa, y veremos qué se púee cobrar de todito ese desbarajuste.

Gastos de la construcción de la capilla de Santa Efigenia, vírgen y mártir..... 60.000

Donativo para construir el coro y capilla de los Sepulcros..... 35.000

Perdido en los púees de la pelota desde tantos de Marzo..... 10,000

Mandado á España para el pleito del condado de Soto Alegre..... 150 000

Gastos anuales de la casa 35.000 ps., en seis años..... 190.000

Por valor de las perlas, esmeraldas y topacios comprados para bordar el manto de San Emigdio..... 85.000

Fulgencio no pudo ya aguantar y se puso de pié decidido á cometer cualquier violencia.

Mira, Itarguieta, le dijo: si tú, y tu maldecio libro no se me quitan de delante les hago polvo, y vive Dio que si no fuera yo capitan de los reale ejército de S. M., iba yo á quitarle la capa bordada de perla que le dí á San Emigdio, mas que lo diablo se lo llevasen de frio.

Itarguieta salió mas que de prisa y Fulgencio cayó malo en cama del pesar que le habia causado el tornar á ser pobre de la noche á la mañana. No le quedaba mas remedio que solicitar un empleo y abandonar la capital, pues no podia vivir económicamente en el teatro mismo de sus prodigalidades y de su elevada fortuna. Esta deidad inconstante parece que no lo abandonaba del todo. Al tercero dia de su encierro, pues no habia consentido que lo viese nadie mas que las criadas que le servian el alimento, se presentó Itarguieta.

—Traigo una carta, señor capitan, que ha conducido un propio, y viene de la Nueva Vizcaya.

—Dámela, y vete, contestó el andaluz. El propio quiere mañana volverse á poner en camino con la contestacion.

—Véte, y sonaré la campana si te necesito. Itarguieta salió de la alcoba y Fulgencio abrió la carta. Ella venia fechada de un lugar que no era desconocido á Fulgencio, y que le despertaba los recuerdos de los primeros trabajos y goces de la juventud.

Mi padre ha muerto, y soy dueño de mi mano y de mi fortuna. Si vuesa merced es un caballero español

que sabe cumplir su palabra, venga inmediatamente á recibir el corazon de *Doña Ana de Gibraltar*.

Fulgencio sonó la campanilla, é Iturgueta entró en el acto.

—Dispon todas las cosas porque mañana á la madrugada marchamo á la Nueva Vizcaya.

—Supongo que el viaje será en coche, y si es así os faltan mulas.

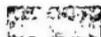
—Te he dicho que disponga todo lo necesario para el viaje. Toma el dinero necesario y que nada falte para mañana á las cinco en punto.

Iturgueta salió á cumplir las órdenes del amo y Fulgencio vió el cielo abierto. Un casamiento con una muger hermosa y rica, le proporcionaba la ocasion de salir airosamente de México, de reparar su fortuna y de figurar con mas esplendor entre los hidalgos de la provincia donde iba á radicarse. Dirigióse á la casa de su paisano y amigo el contador de tributos, le encargo que traspasase su casa, que vendiese los muebles y la plata labrada, y le enviase el dinero en primera oportunidad á la hacienda donde iba á residir. Esa noche dió no un *té*, que esa es moda inglesa y entonces no se conocia, sino un *chocolate* á sus viejos amigos y les participó que tenia que marcharse á cumplir ciertos compromisos de honor que habia contraido con una dama de la Nueva Vizcaya, de mucha nobleza y de gran mérito; pero que una vez casado volveria con ella á re-

sidir á la córte mexicana. La noche terminó con caravanas, apretones de mano, ofrecimientos que son tan del uso y agrado de la raza española, y al dia siguiente rodaba ya sobre las calzadas y los campos alegres del valle el pesado carruaje que conducia al capitán D. Fulgencio á nuevas y lejanas tierras.

Bien despacio se camina hoy en la República, pero mucho mas se caminaba hace ochenta años; así es que Fulgencio tardó cosa de dos meses en llegar á su destino; pero al fin llegó alborozado, alegre, contento como un niño. El propio que se habia adelantado algunas jornadas previno á la ama, y ésta salió á recibirlo. Fulgencio se apeó del coche y con los brazos abiertos buscaba á su adorada presunta; pero en vez de la fresca hermosura que en otro tiempo habia conocido, se le presentaba una figura toda arrugada, maltratada, cocida y recocida, como si el cútis de la cara se hubiese formado de un pedazo remendado del hábito de una capuchina. Fulgencio retrocedió, volvió de nuevo á preguntar, dudó, vaciló, hasta que al fin tuvo que arrojarse en brazos de aquella figura informe. Doña Ana de Gibraltar, víctima de las viruelas, habia escapado milagrosamente de la muerte mientras Fulgencio venia en camino; pero su frescura, su belleza, su fisonomía toda, si así puede decirse, habia sido arrancada por la mano terrible de la epidemia. Lágrimas, lloros, protestas de parte de la víctima; duda, desaliento, vacila-

cion por parte del novio. Por fin, D. Fulgencio habiendo reflexionado que en definitiva se casaba con una rica y salía de una situación difícil, aceptó la mano de la nueva y fea Doña Ana, y las bodas se celebraron con la pompa y solemnidad que se acostumbraba entre las familias nobles y ricas.



CAPITULO XI.

DE LOS APROVECHAMIENTOS QUE HIZO EN EL COLEGIO FULGENCIO EL CHICO, DE SU ENTUSIASMO POR LA LIBERTAD, DE SU ENTRADA TRIUNFANTE EN LA CAPITAL, Y DE LA MUERTE DE SU MADRE Y DE SU PADRE.

Estado muda costumbres, dice, según creo, un refrán. Sucedióle esto á D. Fulgencio. Retirado, económico, trabajador, parecia un hombre enteramente diverso del que habia por ostentacion tirado en México una pingüe fortuna. Doña Ana por su parte, aunque fea, por demas era una muger que procuraba no solo complacer sino adivinar los pensamientos de su marido. De esta union resultó á los dos años un vigoroso heredero que recibió en el bautismo el nombre de Fulgencio; circunstancia precisa para que de generacion en generacion fuese trasmitiéndose no solo la nobleza, sino tambien el nombre del primogénito y heredero de la ilustre ca-

sa de los Garcías Julios. Encantados el padre y la madre con el pimpollo que resultó de la mezcla de la sangre andaluza y judía, no pensaban en otra cosa mas que en celebrar las gracias y aumentar la fortuna que debería un dia formar la renta del nuevo conde de *Soto Alegre*, pues Fulgencio no perdía la esperanza de ganar el pleito comenzado en España; y tanto para esto como para auxiliar á su padre que ya juraba en falso, como suele decirse, no dejaba de hacer sus remesas á la madre patria, consumiendo no solo el resto de su bajilla, sino tambien una parte de los productos de la finca. La manía de la ostentacion y de la nobleza era incurable en Fulgencio.

Transcurrieron así en esta vida monótona del campo años y años, hasta que el nuevo vástago tuvo edad bastante para entrar en el colegio. En ese tiempo todavía para la gente de noble alcurnia no habia mas que dos carreras: la Iglesia ó el foro; de manera que Fulgencio el chico, que así designaremos al hijo de nuestro andaluz, debería ser ó canónigo de la Catedral, ó alcalde del crimen cuando menos, si no era que llegaba á oidor de la audiencia de México ó de Guadaluajara. Don Fulgencio que hacia años no pisaba la córte, volvió á poner en movimiento la complicada y pesada máquina que entonces se llamaba coche, y empleando otros dos meses en el camino llegó á la Metrópoli acompañado de su hijo, al que puso en el mas

antiguo colegio de San Juan de Letran y comendadores juristas de San Ramon, dejándolo muy bien recomendado y encargándole á su amigo el contador de tributos que pagase la pension y ministrase ropa y todo lo demas de que tuviese necesidad el noble mancebo.

Don Fulgencio el grande consiguió en su viaje el nombramiento de subdelegado de Villerías, pueblecito cercano á la hacienda, y con este título regresó satisfecho entre tanto le venia el de conde de Soto Alegre.

No puede negarse que la civilizacion recorre velozmente su camino en este pícaro mundo. El padre habia venido solo y descalzo á la América, y habia comenzado su carrera con la escoba en la mano: el hijo vestido de paño fino y de telas de lino, entraba con su Nebrija debajo del brazo á la república de las letras. Ya iremos observando en este libro los progresos de la raza, de la familia y de la civilizacion misma.

Fulgencio el chico hizo en el colegio, lo que todos los colegiales. Masticaba en las horas de estudio envuelto en su turca negra, y con sus zapatos rotos, el *musa musae* y el *bonus bona*, y lo demas del tiempo lo empleaba en compañía de los muchachos de su edad en inventar maldades y *diabluras*, como dicen todavía los estudiantes. Unas veces se trataba de robarle la cena al rector, y no habia poder humano que pudiese evitarlo: alambres para retitar las cazuelas, clavos para abrir las cerraduras, hilos y cuerdas para lazar el canastillo; en fin, el rector se quedaba sin cenar mu-

chas noches, y esto costaba un encierro ó una *pela* á los que se presumían eran autores del atentado. Como en política, sucedía que las mas veces los culpables se quedaban riendo, y los inocentes eran los que sufrían el castigo.

Como Fulgencio el chico era noble, se pasó por alto sobre su ignorancia en la lengua de Ciceron, y sus exámenes fueron brillantes: pasó á filosofía, y sucedió otro tanto; en fin, era ya un bachiller de tomo y lomo en la época en que el cura Hidalgo, con su famoso grito, habia trastornado los cimientos del antiguo sistema colonial. La idea de la libertad y de la independencia, habia cundido no solo en los campos, sino tambien en los colegios y en el asilo venerable de los comendadores juristas de San Ramon: se respiraba ya esa atmósfera infectada con las doctrinas de lo que entonces se llamaba herejía, traicion á la patria y al rey, crimen nefando y blasfemo. La política tenia horcas y la Inquisicion bartolinas, para castigar á todos los rebeldes. ¡Cuánto y en qué poco tiempo mudan los tiempos y las costumbres!

Para un muchacho encerrado en un colegio, sujeto á la monotonía de la vida del estudiante, y al capricho y mal humor de los catedráticos, la idea de la libertad era seductora é irresistible. Correr por los campos, seguido de una turba de patriotas, entrar á las poblaciones y disponer de las buenas mosas, de los briosos caballos, y de las frescas mantequillas y aro-

máticas frutas, sin tener que pedir licencia á nadie ni pagar un maravedí, era una vida bien distinta de la que se llevaba en las mansiones del oscurantismo, donde era preciso levantarse á ciertas horas, estudiar, comer lo que al déspota cocinero le daba la gana, y obedecer al tirano catedrático cuando hacia repetir la leccion.

Fulgencio, seducido enteramente con una perspectiva de goces, de holganza y de libertad; comunicó su proyecto á un condiscípulo de la misma edad que se llamaba Espiridion Lanzagorta, y ambos resolvieron marcharse, en primera oportunidad, con los insurgentes.

No tardó en presentárseles ocasion. D. Fulgencio el grande, satisfecho por los informes del contador de tributos, de la sabiduría que su hijo habia adquirido, y resuelto á inclinarlo á la carrera de la Iglesia, obteniendo para él una prevenda, resolvió que las vacaciones las pasase en la hacienda, y al efecto, envió el avío á la capital, es decir, ocho ó diez mozos con otros tantos caballos de mano, y un chinchorra de mulas de carga. Los hacendados así caminaban en esos tiempos.

Fulgencio el chico y su íntimo amigo Espiridion, sé despidieron tiernamente de sus maestros, de sus condiscípulos y del real contador de tributos, montaron á caballo, y en vez de dirigirse á la hacienda *pintaron el venado* como quien dice, y se fueron á reunir con la partida de insurgentes con que primero toparon. De

los mozos que vinieron de la hacienda, unos siguieron á Fulgencio el chico, y otros regresaron al lado de Fulgencio el grande con una carta, en que el hijo le decia al padre, que siendo primero la patria que la familia y el colegio, habia resuelto ponerse en campaña y defender la independendencia hasta triunfar ó morir. Un rayo en la coronilla de la cabeza, no hubiera hecho mas efecto en D. Fulgencio, que la lectura de la carta. ¡El, realista hasta las uñas de los piés, noble no como quiera, sino desde los tiempos de Roma, subdelegado de un pueblo, capitan y futuro conde de Soto Alegre, tener un hijo desnaturalizado, pervertido é impío, corriendo por esos campos y buscando con el sable á los de su propia sangre y raza! Esto era imposible, el andaluz no lo creia, no lo queria creer, y leia y volvía á leer la carta; y tan pronto se le venian las lágrimas á los ojos, como echaba chispas por ellos y espuma por la boca, de la rabia, el despecho y la desesperacion.

Fulgencio desde ese mismo momento sacó la espada, que habia estado enmohecida en la vaina desde que el virey lo hizo capitan, y juró defender al rey hasta morir. Reunió, en efecto, cuantos criados y gente pudo, y antes de un mes estaba ya en campaña en el Interior, reunido á otras partidas numerosas de realistas, como su hijo se habia reunido con otras de insurgentes. Quizá estaban á poca distancia el padre y el hijo, quizá los tiros de sus arcabuces se habian ya cam-

biado! ¿Quién sabe? El caso es, que la pobre doña Ana, en menos de dos meses, se vió privada del apoyo del marido y del amor del hijo, y sola y traspasado de dolor el corazon, los veia en los peligros y aventuras de la guerra, armados el uno contra el otro. Este pesar profundo alteró su salud de tal manera, que á los pocos meses murió, privada del consuelo de que asistieran á sus últimos momentos, las únicas personas que formaban en la tierra toda su familia.

Ni Fulgencio el grande, ni Fulgencio el chico, eran de la talla de los Federicos, y de los Napoleones, así es que no hicieron el menor ruido, que no se habló una palabra de ellos, que no tomaron ningua ciudad ni fortificacion, y que de consiguiente el realista de nada sirvió á su amado Fernando, y el insurgente mucho menos al gran Morelos y al intrépido Galeana. Resultó, que muerta doña Ana, los rancheros del pueblo donde tan dignamente desempeñaba D. Fulgencio las funciones de subdelegado, se volvieron insurgentes de la noche á la mañana, y calculando realistas á las vacas y á las ovejas, dieron tras de ellas y en poco tiempo no dejaron ni uno solo de estos temibes enemigos. Cuando en una de sus escurciones, D. Fulgencio visitó su hacienda, se encontro sin muger, sin ganados, con una tierra inculta y abandonada, y una casa medio quemada, y medio destruida. Volvióse á México tan pobre, como el dia que entró con el virey; pero destrozado el corazon de rábia y de encono. El

contador de tributos, que era su sincero amigo y un tanto riquillo, lo recibió en su casa y le proporcionó un rincón en que dormir, y un pedazo de pan en su mesa.

Triste, abatido, cabizbajo pasó D. Fulgencio toda la época terrible de la independencia. Fulgencio el chico, ni se indultó ni siguió con las armas. Se quitó el bigote y las barbas, cambió de traje, y como se dice vulgarmente, se sumió, y ni el gobierno, ni su padre, ni los insurgentes volvieron á saber de él. La tierra se lo había tragado. Apareció Iturbide, y apareció también Fulgencio. Eran dos astros que tenían que brillar juntos. ¿De dónde salió D. Fulgencio tan rollizo, tan gordo, tan guapo, montado en un escelente caballo, y con las bolsas bien provistas de dinero? Eso es lo que por ahora no sabemos, pero que tal vez tendremos necesidad de indagar en el curso de esta historia, el caso es que se incorporó al ejército trigarante, y que hizo su entrada triunfal en México como tantos que se salieron entonces, se han salido después, y se saldrán siempre de la capital, á reunirse con los vencedores, para merecer con ellos los honores del triunfo, y la munificencia de las recompensas.

Don Fulgencio el grande disfrazado, casi fuera de sí, salió de la casa del contador de tributos el día de la solemne entrada del ejército. Para él, todo eso era ilegal, pasajero como una sombra. El legítimo sobe-

ño era Fernando, y todas las batallas ganadas y el hecho mismo de la Independencia no significaba nada en aquel momento de triunfo, á la colonia sumisa y pacífica como en los tiempos del buen Bailío D. Antonio Bucareli. Estaba loco, y locos en verdad son todos los políticos, para quienes los sucesos y las historias de la vida son nada. Preocupado con estas ideas D. Fulgencio, embebido en el quicio de una puerta veía pasar soldados y mas soldados, y oficiales y mas oficiales: entre un grupo distinguió una figura.... luego dicen que el corazon no es noble. El de D. Fulgencio lo era al menos, pues le latió fuertemente al recanocer á pesar del polvo, del gran sombrero, y de los arreos militares, á su hijo, al fruto de sus entrañas, al malogrado Fulgencio el chico.

Quiso dirigirse hácia donde estaba, colgarse de las crines del caballo, y arrancar los empolvados vigotes al campeon de la independencia, quiso por lo menos hablar, maldecirlo....en fin, quiso hacer tanto que al fin no hizo nada, y arimándose á la acera y con el paso vacilante y la vista turbada, se dirigió á la casa del contador de tributos. En la noche no quiso cenar, y se recogió temprano: al dia siguiente, cuando la recamarera le metio el chocolate estaba muerto. La espulsion de los jesuitas costó la vida á Vengurren, la entrada del ejército trigarante, con el ausilio de sesenta y siete primaveras, se llevó al otro mundo á Fulgencio el grande.

TOM. I.—P, 13,

CAPITULO XII.

DASE CUENTA DEL LUGAR APARTADO EN QUE VIVIA DON FULGENCIO, DE LA FAMILIA Y DE LA INTERESANTE CONVERSACION, QUE AL HACERSE LA BARBA, TUVO CON MAESTRO PIMPINELA.

Tenemos que echar el telon. La época pasó, los actores desaparecieron, amigos y enemigos, tiranos y oprimidos duermen ya debajo de la misma tierra. Hemos querido echar una rápida ojeada á las costumbres antiguas, y realmente los capítulos que han precedido, no son mas que el Prólogo.

Los pesados muebles de caoba, con las cabezas de leon y las águilas austriacas esculpidas en los respaldos, las grandes arañas de plata que decoraban aquellos salones tétricos, oscuros, de la nobleza mexicana, las pelucas y las coletas, los casacones de tisú y las hebillas de oro y diamantes, todo ha desaparecido; pero mas que todo esto, de que aun se encuentran reli-

quias y vestigios, han desaparecido las costumbres y los hombres. ¿Dónde están los hidalgos que dejaban empeñado su bigote en una tienda por diez ó doce mil pesos, y que á veces no volvian por él? ¿Dónde aquellos varones que, como Fulgencio, hacian grandes obras de caridad y fundaban monasterios, contentándose por única recompensa, con verse retratados con su peluca y su espadin? ¿Dónde, en fin, aquellos comerciantes, que no sabian qué hacer con las talegas apiladas y que, como Vengurren, morian sin deber un peso á nadie? Vaya vd. ahora á prestar á interes sobre bigotes, vaya vd. á liquidar una casa de comercio, vaya vd. á buscar un peso. Ni en Californias se encuentra ya; pero, repetimos, el telon tiene que caer sobre estas escenas, de las que acaso nos ocuparemos en otro libro y en otra vez: vamos no á lo nuevo, no á lo de ahora, que ya es tambien ese tiempo medio, en que no habia ni el silencio vireinal, ni el ruido de la reforma, á ese tiempo que nos arranca á veces suspiros á los que nos vamos haciendo viejos, y nos parece mejor, como á nuestros padres parecerá, lo pasado que lo presente.

En una hacienda situada en un Estado de la federacion mexicana, y cuyo nombre poco importa saber, vivia una familia compuesta del esposo, la cara mitad, dos niñas ya casaderas, un pimpollo que habia sido

enviado á recibir su educacion á Inglaterra, y otro varoncito que estaba ya madurándose para hacer su viaje.

La hacienda era un vergel: frente á la casa, de antigua construccion española, pasaba un ancho y cristalino rio; á la derecha se descubrian unas montañas altas y cubiertas de ocotes y de pinos, y á la izquierda un estenso valle, por demas fresco y florido, con la fecunda vecindad de las trasparentes y caudalosas aguas. En este lugar, que no se hubiese desdeñado de ser la primera cuna de nuestros padres, habitaba la respetable familia.

El padre era un hombre de cerca de cincuenta años de edad, grueso, de grande boca, ojos chiquitos, ceja muy poblada, nariz un tanto inclinada al Sur, y cabello negro y lásio: era una fisonomía vulgar, como la de tantas otras gentes, en la que el pintor, el novelista ó el escultor, no pueden descubrir, por mas esfuerzos que hagan, nada de notable. Este patriarca, dueño de grandes rebaños de carneros, y autor de la prole á que nos hemos referido, se llama D. Fulgencio, hijo legítimo de nuestro antiguo y noble capitán D. Fulgencio y de la bella doña Ana de Gibraltar.

La madre era una persona morenita, de baja estatura, de inflados carrillos, de formas mas bien cuadas, que no esbeltas ni torneadas: buena dentadura, buenos ojos, cabello ralo y escaso, y la cara llena de paño,

pues en cada parto habian aumentado las manchas, hasta el grado que casi tenia una tercera ó cuarta epidermis, y con mas exactitud podria decirse, que su fisonomía, como los árboles, era una sucesion de capas corticales. Tampoco, salvo este defecto que le hacia aparecer mas morena de lo que en sí era, tenia la buena señora nada particular que pudiese servir para el estudio de un artista: se llamaba Anastasia, y los criados y los campesinos la llamaban *Nastasita*.

Seguia el primogénito que, como su padre, su abuelo y su bisabuelo, se llamaba tambien Fulgencio. Cuando regrese de la altiva Albion, donde estaba bebiendo los alientos á los ingleses, tendremos la ocasion de conocerlo.

Ocupémonos de Pancha y de Marica, que eran las dos hermanas; y en cuanto al *zocoyote*, como llamamos en azteca al menor de las familias, era una criatura que no cumplia los siete años, sin mas particularidad que ser travieso y voluntarioso, como todos los muchachos de su edad.

Pancha era una guapa muchacha: de un envidiable color rosado, de unos ojos negros como dos azabaches, de unas madejas de cabello fino que le cubrian la espalda: torneada, redonda, de cútis suave y de blancos dientes, ostentaba toda la lozanía de sus diez y ocho años.

María era mas fina, mas delicada, mas humilde; y

aunque mas simpática, menos hermosa que su hermana.

Pancha, garbosa para andar, viva y hasta inteligente en sus miradas y en los movimientos de su fisonomía, llamaba la atención desde el primer momento.

María era tan recogida y tan modesta, que era necesario observarla cuidadosamente para encontrar en ella la dulce espresion de sus ojos y la modesta sonrisa de una boquita de carmin.

¿Cómo de la santa union conyugal de D. Fulgencio y de Nastasita, habia resultado tan hermoso par de muchachas, es lo que no se puede explicar; pero pues el hecho habia venido á echar por tierra todos los cálculos de los vecinos y de las comadres, contentémonos con respetar los secretos de la naturaleza y admirar sus maravillas.

Formaban tambien parte integrante de la familia Diana, Corina, una cotorra, dos canarios, una jaca vieja y dos perros cascarrientos y ordinarios.

Corina era una perrita chihuahueña, pertenecía á Pancha. Diana, mas pulida y mas fria, era de la propiedad de Marica, así como la cotorra y los canarios, La jaca vieja era la antigua servidora y compañera de doña Nastasita y los dos perros, formaban la idolatría y el encanto de D. Fulgencio. Cuando hablaba de su familia, siempre decia mis hijas, mis perros y mi mu-
ger. De la misma manera cuando Pancha platicaba, decia, fuimos todos juntos, Corina, mi papá y mi ma-

má. Solo María sabia hacer la distribucion debida entre los animales y su familia, y esto le habia valido la nota de cruel y desnaturalizada. Tales eran, pues, los habitantes de este retirado castillo, enclavado en la augusta soledad de las montañas y rodeado de cuantos encantos tiene la naturaleza salvaje de la América.

Cualquiera creerá que esta familia rica, independiente y retirada del bullicio, se pasaba una vida llena de aquellas delicias pastoriles que tan perfectamente nos ha pintado el dulce Garcilazo: nada de eso, y por el contrario, no habia existencia mas monótona ni mas fastidiosa

En vez de levantarse temprano á gozar del ambiente perfumado de los campos, los rayos dorados del sol, que entraban por las hendiduras de las puertas, iban haciendo despertar á las ocho de la mañana á D Fulgencio, y todavía se esperezaba, bostezaba y solia voltearse del otro lado, como si fuesen las tres de la mañana. Luego que se incorporaba, sus hijas, que poco antes se habian levantado, se presentaban en la recámara con el cabello suelto, los trages desabrochados, á veces sin medias y chapaleando el fino calzado de seda: seguian á las niñas que venian á saludar la aurora con su papá, dos criados con los chocolates, eso sí, en mancerinas de plata, resto de la riqueza del malogrado andaluz. Rodeábanse á la cama del papá, y

éste, poniéndose una almohada en las piernas, que le servía de mesa, comenzaba á dar el ejemplo, y se formaba una agradable reunion que completaba la mamá, que siempre entraba al último, moviendo con una mano (á derecha é izquierda) una gran taza de atole blanco, mientras con la otra llevaba á la boca un taco de tortilla untado con chile colorado.

¿De qué se platicaba en esta tertulia de familia? De nada, porque las gentes que viven juntas muchos años, concluyen por no tenerse que decir ni una sílaba; sin embargo, los animales domésticos que ya hemos mencionado, y que eran parte integrante de la casa, daban materia para una conversacion cortada y siempre monótona.

A las dos horas, es decir, á cosa de las diez que terminaba la tertulia, D. Fulgencio se vestía, salía á la asistencia, arrimaba una silla y ponía los piés al sol como si no se los hubiese calentado bastanté con las ropas de la cama, y las muchachas y la madre se entretenían en levantar las recámaras y en peinarse. En esto, y en regañar, en sacar el maiz para la molendera y las especias para la cocinera, daba la una del día. A esas horas se ponía la mesa, y cerca de las dos la familia volvía á reunirse. Mucha y abundante comida como es de estilo en las haciendas, pero pésimamente sazónada. Un caldo con una nata amarilla de gordura por encima, una sopa de fideos na-

dando en manteca, un puchero abundante, propio para saciar la hambre de un regimiento mexicano en campaña, y un guisado de especia en cuya salsa se podian contar las vigas del comedor, tortillas, queso mantequilla y leche á discrecion.

A cosa de las tres y media los manteles se levantaban, las puertas se cerraban y todos dormian su siesta hasta las cuatro ó cinco. A esas horas las muchachas se salian al patio de la hacienda con su costura, y la madre se ponía á leer al P. Parra. Don Fulgencio montaba á caballo, daba una vuelta por los potreros y echaba una ojeada á las muchas ovejas que se multiplicaban como por encanto, y á sus sementeras de maiz que crecian solas de una manera admirable. Así que se oscurecia se iba al cuarto de raya, y allí fumaba, oía las relaciones de los vaqueros, volvía á fumar y volvía á oír otra docena de necedades, hasta que le avisaban las muchachas que el chocolate estaba en la mesa. Vasos y mancerinas de plata, profusion de bizcochos deleitables y de conservas, conserva de melon, de membrillo, de higo, de durazno, de tejocote, de panconolote, de todas las frutas, en fin, que se producian en la huerta. La mesa se quitaba, los criados traian unos cartonés, unas barajas y unas talegas de nueces y comenzaba la lotería hasta las once de la noche. Eso sí, para que no hubiese fastidio se alternaban las diversiones. Una noche era lotería, otra

entripado, y otra treinta y una, y luego se variaba también comenzando con treinta y una, siguiendo con entripado y concluyendo con la lotería. A las once y media la cena. Un cazuelon de ensalada que parecía un llano sembrado de trigo, tres ó cuatro pollos asados, mole de pecho y frijoles en abundancia. Las muchachas con los ojos encarnados y soñolientos apenas probaban bocado y una á una desfilaban, y dejando caer las ropas en el tránsito llegaban mas dormidas que despiertas á echarse en su cama á descansar de las fatigas del día. Don Fulgencio daba las buenas noches á la señora que casi nunca se las podia responder, y se retiraba á su alcoba á leer los periódicos que recibía de México, por el correo, y á escribir una que otra carta que se le ofrecia. Los domingos variaba algun tanto la monotonía de la vida. Desde temprano se ponía el coche, y toda la familia iba al pueblecillo cercano. Pancha y Marica se ponian sus túnicos de seda, sus tápalos de China y sus aretes y anillos de diamantes; D. Fulgencio con chaqueta de paño y buena calzonera, se llenaba las bolsas de pesos y de onzas.

Pancha y Marica llamaban la atención en la misa de la parroquia, y al salir recibian siempre los cumplimientos y recogian las toscas flores de los rancheros, administradores y dependientes de las haciendas y ranchos comarcanos, y como las princesas de las Mil

y una noches, iban dejando encantados y hechos una estatua á los enamorados galanes que encontraban en su tránsito de la iglesia á la casa de algunas de las familias principales del pueblo, donde iban de visita. Don Fulgencio se dirigia á la casa del alcalde, donde se formaba un *encierrito*, y los ricachos del campo se pelaban mutuamente buenas pesetas. A la noche montaba la familia en el coche y regresaban á la hacienda, donde el resto de la semana se pasaba la vida de la manera que hemos descrito, y que como se vé está muy lejos de ser parecida á la que se rapaban Galatea y Nemoroso.

Se nos habia pasado decir que los domingos á las siete en punto de la mañana, llegaba con la mayor regularidad á la hacienda un personaje muy importante, montado en un flaco caballo ruso. Este personaje era el maestro Pimpinela, barbero acreditado del pueblo de Villerías.

Maestro Pimpinela era chaparro, triguero, con un ojo totalmente apagado y el otro bizco; boca que podríamos llamar satírica, chato, y con un bigotillo y una perilla bien recortados como sargento novel de un batallon de guardia nacional. Pimpinela habia nacido y vivido casi toda su vida en el pueblo, y su mas estenso viaje fué cuando tuvo que irle á poner á la capital del Estado unas sanguijuelas al gobernador, sanguijuelas especiales, como lo son las de los pueblos,

y que es preciso hacérlas venir hasta las capitales. Pimpinela sabia leer aunque con un poco de sonsone-
te, y escribia con mucha correccion, como por ejemplo: *Quenta de las Sanjihuelas que leché al Governador de á rial. caduna*, pero por lo de mas era vivaracho, inteligente, decidido por el chisme y por la política; suscriptor perpetuo del Siglo XIX y del Monitor; amigo de indagar cuanta historia casera habia en el pueblo, y cuanta ocurrencia pasaba no importe en que lugar del mundo; influente con los rancheros á quienes por medio real quitaba cada ocho dias no solo las barbas sino tambien muchos trozos del pellejo de la cara; fandanguista y buen tocador de guitarra, en fin, el hombre de mas importancia no solo en su pueblo, sino muchas leguas en contorno.

Maestro Pimpinela, como de costumbre, entró á la recámara del amo de la hacienda con su vacía ya lista debajo del brazo, y su estuche de navajas.

—Por el amor de Dios, maestro, le dijo D. Fulgencio luego que lo vió entrar: si traes la misma navaja con que me deshollaste la cara el domingo pasado, prefiero no rasurarme.

—Ni Dios que lo permita, amo D. Fulgencio, contestó el barbero: tengo una navaja separada para los carrillos de su merced. El domingo pasado me equivoqué, es verdad, y coji la navaja destinada á D. Julian el mayordomo que tiene *la cútis* dura como el pe-

llejo de un novillo de tres años; pero ya verá su merced ahora. . . .

—¡Mastuerso! *Resurarme* á mí con la misma navaja que á Julian, dijo D. Fulgencio echando fuera de la cama dos piernas mal hechas y forradas en un ajustado calzon de lana: ¡á qué me has peinado tambien con el mismo peine con que desenredas las greñas de los rancheros?

—Eso no, amo D. Fulgencio, ni por pienso; y aunque, como dice el Zurriago, "*El peine que mas raspa es el mejor para quitar la caspa*", yo no uso con su merced mas que el de carey, y para los demas, hasta para el señor cura, cuerno, y nada mas que cuerno

—No dejas de tener tus puntos de malicioso y de literato, le dijo D. Fulgencio; pero, manos á la obra, y veremos qué tal lo hace hoy el maestro Pimpinela.

Don Fulgencio se sentó en una silla y el barbero con una sonrisa de satisfaccion amarró al pescuezo del hacendado un enorme paño, y en un abrir y cerrar de ojos le llenó de espuma de jabon hasta los ojos.

—Tengo un proyecto que comunicar al amo D. Fulgencio, dijo Pimpinela asentando su navaja en un pedazo de cuero negro y viejo.

—Tus proyectos de siempre. Te desvives por ser alcalde; no contento con ser ya regidor del ayuntamiento y manejar, no sé como, las tierritas de la Archicofradía de San Homobono.

—Vaya, Sr. D. Fulgencio, apuesto á que son *falsos* que me ha levantado el cura.

—Verdaderos que te levanta todo el mundo.... pero qué diablos.... me has llenado de jabon hasta los ojos; límpiame, dale otra pasada en la correa á tu navaja y dime tu proyecto.

—Cuánto tiempo hace que su merced no va á México....

—Huh!.... á México.... yo te diré, el año de... de.... cuando Don Guadalupe.... que era muy mi amigo.

—¿Quién, el presidente?

—El mismo, D. Guadalupe Victoria.

—Entonces desde el año de 28 no ha vuelto su merced!

—Espera, espera un poco.... que volví.... Sí, cabal, estaba D. Anastasio.

—¿El presidente D. Anastasio Bustamante?

—El mismo: no era amigo mio, pero en fin.... qué tiene que ver eso con tu proyecto.

—Allá voy.... ¿Querria su merced hacer un viaje dentro de poco tiempo á México?

—Hombre.... no tengo á qué; y por otra parte de-
testo á esa México tan corrompida, tan llena de corte-
sanos, de aduladores, de aspirantes. La vida del cam-
po, la vida del campo, maestro Pimpinela, es la vida
inocente: aquí se come bien, se duerme con tranquili-
dad, se divierte la familia á su modo. ¡México! ¿Qué

voy á hacer á México yo, que he olvidado hasta cómo se pone un frac.... pero, ¡tonto de mí! que estoy dando razon al maestro Pimpinela de cosas que no le importan.... Vamos, ¿y por qué me has preguntado si queria yo hacer un viaje á México?

—Porque es muy fácil que lo haga su merced y que lleve á las niñas á que den un paseo sin que le cueste nada, y antes ganando quizá alguna cosa; pero, dígame su merced, cómo es México, cómo son los presidentes, cómo son los ministros, porque yo nada de esto he visto: leo los periódicos de cuérito á cuérito y sé me figura todo muy grande. Un presidente debe ser un hombre muy formal y muy viejo, y muy gordo; porque para llegar á presidente se necesita mucho, mucho: el presidente sabrá hablar en griego como habla D. Gustavo el de la fábrica, y tendrá el uniforme mas bordado que el del señor gobernador... vaya, si no sé que se me figura á mí cuando leo: “El Exmo. Sr. presidente honró la funcion de teatro con su asistencia, y el pueblo entusiasmado lo saludó con vivas de entusiasmo. Desde luego el pueblo se entusiasma en cuanto ve al presidente.... y entre paréntesis, dígame vd., señor amo, ¿por qué no se entusiasman los de por acá cuando ven al gobernador, sino que es fuerza pagar á los muchachos para que salgan á gritar vivas y mueras, y se mande por el alcalde que se repiquen las campanas?

—Hablarás todo el dia y nunca me acabarás de decir tu proyecto, le interrumpió D. Fulgencio.

—Pues es claro, las *eliciones* van ya á ser orita y su merced puede ser diputado y entonces le dan para su viaje, y allá le pagan cada mes porque eche discursos, y todo lo demas, y esta es una ganga que no debe dejar escapar su merced, ó no me llamo Pimpinela; pero desde ahora no mas le ruego á su merced que me lleve.

—La idea no es mala, contestó D. Fulgencio despues de un rato de meditacion, y mientras el barbero le recortaba los pelillos de las narices, pero no hallo como. . . . porque. . . .

—Lo mas fácil, contando conmigo está todo; porque yo cuento con todos los rancheros y no habrá mas que decir esta boca es mia, y el amo D. Fulgencio saldrá de diputado aunque rabie el señor gobernador. De una cólera se puso malo el otro dia, y quizá con esto le echaré las cuatro.

—Yo sé, maestro Pimpinela, que eres un hombre fiel y adicto á mi persona; pero te aconsejo que no te mezcles en nada: no estoy muy bien con ese bárbaro que tenemos por gobernador, y es probable que tus trabajos no produzcan fruto alguno. Por otra parte yo no deseo mezclarme en la política; vivo contento y retirado en mi rancho y no deseo salir de este rincon, donde estoy al cuidado de mis intereses.

—Vamos al decir, contestó Pimpinela, y de todo esto será lo que Dios quiera; pero si por casualidad. . .

en fin, si por los méritos y talento de su merced, sucediese que ganásemos las eliciones, ¿me llevaria á México?

—Bah! ni lo vuelvas á decir: ¿dudas, acaso, de mi proteccion? ¿Qué ocasion has ocurrido á mí en que no te haya servido, como lo haria tu padre mismo?

—¿Conque es cosa arreglada que iré á México?

—Ni duda; pero te encargo, te recomiendo mucho que no hagas nada, absolutamente nada, porque no será con mi aprobacion.

—Convenido, Sr. D. Fulgencio, nada haré sin la voluntad de su merced; pero, ó no me llamaré en lo de adelante Toribio Pimpinela, ó tengo de estar en México antes de tres meses, y ya verá su merced lo que es un gran teatro para un hombre de mi importancia.

El maestro limpió sus navajas y su vacía, y salió á continuar raspando carrillos en todos los ranchos de las cercanías.



CAPITULO XIII.

DEL PROYECTO DE VIAJE A MEXICO, DE LAS FESTIVIDADES QUE POR AMOR DEL PUEBLO DISPONE DON FULGENCIO EN SU HACIENDA, Y DE COMO FIA A PIMPINELA EL EXITO DE SUS ASPIRACIONES POLITICAS.

El paseo de costumbre, el encierrito, la conversacion y la fatiga del dia, hicieron que D. Fulgencio olvidase un poco las indicaciones de su barbero; pero cuando se recogió en la noche en su cuarto desdobló las enormes hojas del Siglo IX, y recorrió tanto suceso, vió en letras de molde el nombre de los ministros, de los magistrados, de los generales, de los poetas, de los secretarios y presidentes de la Compañía Lancasteriana, y Sociedad de geografia y estadística; en fin, de tantos hombres de importancia y de cuenta como figuran en las fugaces líneas de un periódico de la capital,

le vino por primera vez, despues de muchos años, el deseo de ser todo esto y mas todavía, y de verse impreso, reimpresso y reproducido sin cesar en todas las publicaciones periodísticas de la República. El monstruo de la ambicion que habia permanecido tanto tiempo pequeño como una simiente en su corazon, creció de improviso y pocos le parecian todos los empleos, cargos y comisiones de la nacion.

—Despues de todo, este maestro Pimpinela tiene su poca de chispa, dijo paseándose y fumando un cigarro, pues él ha descubierto en mí una capacidad política que yo mismo no sospechaba. Si soy general graduado y tengo la cruz de primera época, ¿por qué razon no he de ser diputado, despues senador, despues ministro. . . . y despues presidente. . . . sí, presidente, y por qué no? No han sido presidentes y ministros tantos insurgentes viejos que apenas eran sargentos cuando yo era coronel? Lo malo de todo esto es, que de seguro el gobernador ganará las elecciones, y como yo estoy de cuerno con él, es claro que van á salir de diputados hasta los escribientes de su secretaría y yo me quedo plantado. . . . pero, pecho al agua y no hay que desmayar: Pimpinela es vivaracho; y sobre todo, esta es la vez de invocar el nombre del pueblo: es un nombre mágico que nos sirve para muchas cosas en esta vida, y una vez sentado en la curul ya veremos cual es el viento que sopla en la corrompida Babilonia. . . . Ma-

nos á la obra, continuó, arrojando el cabo de su cigarro y restregándose las manos: no hay peor diligencia que la que no se hace. Sí.... una visita al gobernador con un canasto de las mejores mantequillas y el mejor caballo: el domingo siguiente herradero y toros, y comedia casera en la hacienda.... y qué mas, qué mas, ¡Dios mio! ¡Ah! los veinte pesos que hace un mes me pidió maestro Pimpinela para reponer su vacía y su estuche de navajas, sí cabal, y ponerles el monte á los amigos y dejarse ganar unos cuantos pesos.... todo esto haré, y lo demas que sea necesario....

Volvióse D. Fulgencio á restregar las manos y entrecerró los ojos con una especie de placer, figurándosele que ya tronaba su voz en las cámaras, y que sus manos toscas y callosas tocaban las barandillas de caoba del augusto recinto de los legisladores. Metióse en la cama y por mas esfuerzos que hizo removiéndose de uno y otro lado, no pudo conciliar el sueño. La ópera, el palacio, el paseo, la política, los honores, las consideraciones de que iba á verse rodeado, toda esta perspectiva de encanto, de vida, de movimiento, bullía en su cerebro y se presentaba delante de sus ojos con atractivos mas dorados que los que en realidad tiene, y únicamente se preguntaba á sí mismo cómo habia podido vivir tantos años en aquella soledad retirado de las fuentes y de los manantiales de la vida.

Cuando sus hijas entraron como de costumbre con

el chocolate, D. Fulgencio no habia probado el sueño; sin embargo, las recibió con un semblante donde estaba retratado el gozo.

—¿Qué les parecería, les dijo, si yo dentro de pronto las llevara á dar un paseo á México?

Las muchachas estuvieron á punto de tirar al suelo las tasas de chocolate. ¡A México, á México! repetían en coro; y ¿cómo y cuándo, y por qué? . . . Deveras, papá? No nos engaña vd?

—Ni por pienso, hijas, ¿por qué razon las habia de engañar? De hoy en quince dias saldremos probablemente de aquí; conque si están contentas no hay mas que ir disponiendo todas las cosas.

—Pero ¿cómo papá? ¿Cuéntenos vd. qué santo ha hecho este milagro?

—Lo que es santo no; pero el pueblo que es en la tierra tan poderoso como un santo, me obliga á ir á representar sus derechos hollados y ultrajados, y yo no puedo negarme á una demanda tan justa.

—De verdad que no entiendo lo que vd. me dice, papá, interrumpió Pancha, que parecia la más entusiasmada por el viaje.

—Pues es muy fácil, hija, el pueblo me va á nombrar diputado.

—¡Diputado! exclamaron las dos muchachas. ¡Diputado! exclamó tambien Doña Anastasia que entraba á ese tiempo.

—Ni mas ni menos, muchachas.

--¿Y qué hacen los diputados, papá? interrogó Pancha.

--¡Oh! los diputados son los padres del pueblo, los que defienden sus intereses, los que hacen leyes todos los dias, los que todo lo alcanzan; pero las mugeres no pueden entender todas estas cosas, y vds. lo único que deben saber es, que irán á la ópera y al paseo, y tendrán muchas visitas, en fin, que mientras su pobre padre trabaja por el bien de la patria, vds., mocozielas, se divertirán y gastarán el dinero.

La conversacion de esa mañana fué viva y animada como no lo habia sido en muchos años. Cada muchacha preguntaba y el padre y la madre procuraban satisfacer de la mejor manera su curiosidad. Lo que mas les llamaba su atencion era el coliseo, el caballito de Troya y el bosque de Chapultepec, á ellas que se puede decir vivian en el centro de un bosque primitivo y magnífico

Tan luego como el desayuno concluyó, las muchachas, y la madre mas alborotada todavia que ellas, comenzaron á vaciar roperos y á disponer las cosas, como si al dia siguiente hubiesen de ponerse en camino. D. Fulgencio escribió á su hijo á Lóndres, para que en el acto tomase el paquete y viniese á esperarlo á México; y mandando poner un carruage ligero, que parecia una araña zancona, lo cargó de mantequillas y de quesos, mandó á un criado que tomase al Zanganito, que era un hermoso corcel alazan dorado de la

raza de Guanamé y se encaminó para la ciudad, diciendo á sus hijas que á los tres días estaria de vuelta, pues tenia que arreglar en el pueblo multitud de asuntos de la mayor importancia.

El fruto de este viaje improvisado, fué la reconciliacion mas sincera con el gobernador: se habló de la patria, del pueblo, de la beneficencia pública, del desprecio con que México veia á los Estados, de la necesidad de imponer con energía la ley á la capital; en fin, de todo, menos de la diputacion; pero D. Fulgencio tuvo maña para hacer entender al gobernador al ponderarle el brio y las nobles cualidades de *Zanganito*, que el pueblo estaba muy empeñado en colmarlo de favores; y que como él no aspiraba á nada, ni queria mezclarse en la política, habia rehusado decididamente, pero que siempre tenia intencion de marchar á la capital, donde lo llamaban asuntos de intereses: un pleito ante la corte suprema de justicia, el cobro de algunas sumas, el arreglo de la testamentaria de su difunto padre; en fin, multitud de cosas, las cuales, aunque con sentimiento, no le dejarian tiempo para ocuparse de la defensa del pueblo y de los intereses de su Estado. El gobernador le contestó llenándolo de cumplimientos, llamándolo patriota desinteresado y liberal sincero, y ambos, estrechándose muchas veces la mano, se despidieron.

—Este rancharo quiere ser diputado, dijo el gobernador luego que se alejó D. Fulgencio; pero buen chas-

co llevará, porque yo tengo las elecciones de mi mano, y ninguno de estos orgullosos hacendados ha de ir á México á darse importancia y á contar chismes al gobierno.

—Te prometo buena alhaja, dijo D. Fulgencio al salir de las puertas del palacio gubernamental, que si yo salgo de diputado y voy á México, poco has de durar en este puesto.

La entrevista, á pesar de que como hemos dicho, fué de lo mas cordial, no satisfizo á D. Fulgencio; y en vez de detenerse en la ciudad, regresó inmediatamente á la hacienda, desconfiando ya mucho del favor del pueblo, pero fiando el éxito de la empresa á la corrida de toros y á la actividad de maestro Pimpinela.

Llegó ya muy noche, con gran sorpresa de la familia, y á pesar de esto, mandó inmediatamente llamar al barberó.

—Maestro Pimpinela, le dijo, acabo de venir de la ciudad. El gobernador estaba empeñado tenazmente en que yo saliera de diputado, yo que no quiero deber nada al poder y sí todo al pueblo y á mis amigos, rehusé, él insistió, y tuvimos una alta de dos mil demonios, y poco faltó para que me metiese en la cárcel. Para evitar que se supiera todo esto en la ciudad, y tal vez se sublevara la poblacion en contra del gobernador, sin querer detenerme ni aun para tomar un bocado, monté en la carretela, y ya estoy aquí. Por Dios que nadie sepa una palabra de esto. Yo, repito,

TOM. I.—P. 15.

no quiero ser nada, absolutamente nada; pero ya esta es una cuestion de amor propio, maestro Pimpinela. Aunque sea ocho dias quiero estar en México, despues renuncio la diputacion, y echo al diablo al gobernador y al pueblo.

—¿Está su merced decidido á todo, preguntó maestro Pimpinela?

—A todo, aunque me cueste la vida.

—Entonces no hay que desconfiar, y apostaria mis dos orejas á que sale su merced de diputado.

D. Fulgencio estuvo á punto de arrojar-se á los brazos del barbero y darle quizá tiernos besos, al estilo de los franceses; pero su futura dignidad lo contuvo. Desde el dia que maestro Pimpinela habia hecho el importante descubrimiento de que D. Fulgencio era un talento político, D. Fulgencio se respetaba, se consideraba á sí mismo, y naturalmente procuraba que lo respetasen y lo considerasen los demas: contentóse, pues, con sacar los consabidos veinte pesos y manifestar al barbero que una distraccion sola habia podido ocasionar que quedasen en la gabeta de la mesa algunos dias.

Pimpinela se manifestó sorprendido.

—¿Cómo, señor, no recuerda su merced que fueron doscientos y no veinte los que le pedí. Su merced habia disminuido un cero nada mas.

—Hombre! contestó tartamudeando D. Fulgencio..

no recuerdo.... pero.... ya, ya caigo, es verdad.... te habia prometido.... en fin, no disputaremos por eso, con tal de que trabajes sin descanso.

D. Fulgencio reflexionó que, en resúmen, una *'curru'* no era cara por doscientos pesos, y valia la pena de entrar en una lotería semejante; así, no disputó ya con el modesto barbero, sino que le dió el dinero, y ambos se separaron pensando lo mas pésimamente posible el uno del otro.

—Pícaro, estafador, decia en voz baja D. Fulgencio, se ha valido de la ocasion para ponerme una ban-derilla.

—Tonto, ambicioso y mezquino, decia Pimpinela; se figuraba que ser diputado le habia de costar la friolera de veinte pesos. Se verá quién es maestro Pimpinela, así que lleguemos á México.

—D. Fulgencio, preocupado con el herradero y con los toros, comida y demas funciones que debia dar en la hacienda para que el pueblo lo adorase y lo hiciese subdelegado y representante en la gran Babilonia, no cuidó ya ni de volver á ver al gobernador, ni de escribirle, ni de mover otros resortes. Todo lo fiaba á su mérito personal y á la actividad del barbero.

Las funciones en la hacienda fueron magnificas, espléndidas y no habia memoria de que en muchos años hubiese habido otras mejores en veinte leguas á la redonda. Un rancho se quebró el brazo coleando, dos

payos que se contrapuntearon al capotear á los novillos, se dieron de machetazos, y el uno quedó con la nariz de menos, y el otro con una tajada de mas en el pulmon: el tablado se vino abajo con todo y la familia del mayordomo y del caporal, y se hizo una confusion de pedazos de tabla, de reatas, de piernas desnudas, de cabelleras sueltas y de rebozos y zapatos: el novillo se encargó de descifrar este logogrifo animado, y envió con las astas por un lado á la hija del caporal y por el otro á la muger del mayordomo, quedándose como trofeo de la victoria con las enaguas de castor en las llaves: Pancha, la divina Pancha como le llamaban sus amartelados del pueblo, corrió un grave peligro: acababa de quitarse del tablado cuando éste crugió y arrastró en su caída á tanta rolliza hermosura. Todos rieron á carcajadas á costa de las pobres víctimas, y exclamaron que era un milagro patente de la Providencia, el que se hubiesen caido y raspado las espinillas las pobres campesinas, salvándose la hija mas linda del amo de la hacienda.

Siguió la mas humana, la mas inocente de todas las diversiones, la de los gallos: El pinto alimboyole de D. Pifánio el vaquero mató mas de cuatro adversarios, hasta que al fin, á su vez, fué victima de un colorado de raza de Tequisquiapan: los dueños de los gallos que ya tenian algo espirituoso en la cabeza, se hicieron de razones y en breve llegaron á las manos,

y fué necesario que D. Fulgencio hiciera el sacrificio de perder su dignidad, y repartiera entre los contendientes unos cuantos palos para hacerlos entrar al órden por este medio suave y persuasivo. En la noche fué lo mejor. Como no habia comedia impresa ni manuscrita, se echó mano de una pastorela, tanto mas, cuanto que si no era precisamente noche buena, poco le faltaba. Los pastores y pastoras eran de lo mejor de la ranchería, y el teatro se puso en una troje, formando los telones con sobrecamas y sábanas de la casa de la hacienda. El diablo, que parecia mas inteligente y sagaz que el diablo mismo, hizo la paz con los hombres, pero no pudiéndose reconciliar con las mugeres, se llevó en cuanto pudo á las mas boritas de ellas. ¡Cuidado, lectoras, que siempre el diablo tiene esa mala costumbre! Señor San José, á pesar de su ejemplar modestia y paciencia, no pudo ya tolerar al diablo, y volviendo su vara de azucenas por lo mas gordo dió tras de Satanas, el que tuvo que quitarse sus cuernos y enviárselos á la cara al casto patriarca.

Todos aplaudian: Marica y la madre reian á carcajadas, pero Pancha nerviosa y delicada se asustó mucho, quizo desmayarse aunque no pudo pero siempre pidió vinagre para oler y se tapó la cara con su rebozo. En esto, una de las mechas que formaban el alumbrado interior comunicó su fuego á un telon, y en momentos ardieron dos sobrecamas de cuadritos, obra de

la paciencia y de la habilidad de Pancha y de Marica. Todos los concurrentes se alarmaron y ya no hubo mas que confusion y gritos, y el diablo que es el enemigo malo, debe suponerse que aprovechó la ocasion, mientras el patriarca y los pastores se ocupaban de apagar el fuego. Poco faltó para que se quemase la troje, pero D. Fulgencio tenia grandes y elevadas miras, no queria perder su dignidad ni disgustar al pueblo que lo iba á nombrar su representante, así bor. racheras, pleitos, incendio, todo lo sufrió sin que se quitase de sus lábios una sonrisa de amabilidad. Quizá los lectores se habárn ya maliciado que el alma de todas estas festividades, el que desató las cuerdas con que estaba ligado el tablado, el que puso de uñas á los gallos, y el mismo que con la autoridad de diablo emprendió camorra con San José, no era otro que *Virola* como le llamaban los muchachos del pueblo, y maestro Pimpinela, como le llamamos nosotros.



CAPITULO XIV.

DE COMO DON FULGENCIO RESULTÓ ELECTO DIPUTADO
POR LA VOLUNTAD DEL PUEBLO, Y DE SU VIAJE A
LA CORTE DE MEXICO.

Despues que pasó el bullicio, que los amigos y vi-
sitas se retiraron, y que D. Fulgencio observó los des-
órdenes y destrozos materiales que habian causado las
pasadas fiestas, no dejó de disgustarse, pero mas que
por todo esto por el ningun resultado que habian pro-
ducido con respecto á su eleccion; así en el fondo
aunque se hacia ruido, no contaba con mas apoyo que
el del barbero, y si este fracasaba, no habia mas reme-
dio que quedarse como años antes, hundido en la ma-
yor oscuridad, cosa que en verdad no podia soportar
desde que habia reconocido su gran capacidad política.

El domingo terrible de las elecciones, llegó por fin.
El gobernador que era un hombre de principios, in-

flexible, indomable y que no transigía cuando se trataba del pueblo; así es, que lo dejó en toda libertad para que escogiese sus mandatarios, y para que no hubiese ni el mas leve motivo de murmuracion, se estuvo encerrado en su palacio jugando con sus chicuelos, y haciendo de caballo para que lo montaran, y el pueblo y los electores lo encontrasen como ciertos embajadores encontraron á cierto rey de Francia. Solamente como era preciso conservar el órden y vigilar escrupulosamente el cumplimiento de la ley electoral, el gobernador que para esto de zeloso y exacto se pintaba, mandó que su secretario que era uno de los hombres mas valientes, aunque estaba procesado por cobarde, saliese, y reuniendo algunos hombres armados de puñales solo por mera precaucion, desbaratase las casillas de los que en virtud del derecho que les daba su boleta, habian tenido el atrevimiento de fornar la mesa: como tambien acontecia que algunos patriotas esclarecidos no sabian leer ni escribir, el gobernador que se desvelaba por la salud de los ciudadanos, habia distribuido comisiones para que recogiendo boletas en blanco, y aumentando todas las que fueran necesarias por aquello de que, *lo que abunda no daña*, la eleccion recayera en patricios dignos de desempeñar tan alta mision. Todo pasó, en efecto: salvas estas pequeñas diferencias, con la mayor tranquilidad, conforme á la ley y con arreglo á la voluntad del pueblo, salieron

de diputados el secretario del gobernador, el cuñado del gobernador, el primo del gobernador y el gobernador mismo en favor de quien se habia dispensado la ley, atendido su mucho patriotismo y la libertad en que dejó al pueblo para elegir á sus representantes.

En la poblacion donde se hallaban nuestros héroes, no pasaron las cosas de la misma manera. En vano el gobernador quiso que reinara la libertad mas completa, amenazando al prefecto con destituirlo si no salia de diputado el personaje que se le indicaba en una tirita de papel; en vano hubo amenazas y puñales ocultos, la energía y el valor de maestro Pimpinela fué superior á todo. Prometió á los rancheros rasurarlos de valde y darles el domingo siguiente un real encima; convocó á todos los muchachos á que hicieran ruido y silbaran á los partidarios del gobernador; metió en la villa tres ó cuatro matones para que asustaran al prefecto; echó una peroracion al pueblo; duplicó y triplicó boletas, los criados, las criadas, las niñas, hasta D. Fulgencio se votó á sí mismo, y el resultado fué el mas brillante. Don Fulgencio salió por una mayoría inmensa electo diputado, una comision con tambor, chirimía y cohetes presidida de Pimpinela fué á participarle la noticia y á darle la enhorabuena, y D. Fulgencio abatió su dignidad hasta el grado de tomar una copa y brindar con sus comitentes. A poco, seguida de todos los indios de las aldeas vecinas llegó la música del pueblo tocando el himno de Riego:

despues, los ricachos dueños de los tendajones, en seguida mugeres y muchachos, y todos comenzaron á gritar: "*¡ Viva la República, viva el pueblo, viva D. Fulgencio!*" Naranjas, cohetes, cacahuates, y algo de lo que se mete debajo de las narices, fué el banquete de obsequio que el distinguido patriota dió á aquella multitud sencilla y entusiasmada, que habia asegurado su porvenir y su felicidad, nombrando por su representante al mas desinteresado, al mas patriota de todo el Estado. No debemos olvidar, que Virola era el autor de todo este entusiasmo, pero D. Fulgencio, mas cuerdo que nosotros, lo olvidó como siempre lo hacen los grandes hombres, el dia mismo de su triunfo. Hijas mias, les dijo, ya ven que apenas me atreví á indicar que no era mi voluntad salir del oscuro rincon de la hacienda, cuando el pueblo todo en masa se ha empeñado en premiar mi escaso talento, y me ha nombrado diputado conforme se los anuncié, así no hay mas que resignarse y admitir; con que pasado mañana nos ponemos en camino, y á México.

—Parece, dijo Pancha, que el maestro Pimpinela ha tomado mucha parte.

—Es un alborotador, un escandaloso, contestó D. Fulgencio: sin necesidad me ha hecho aparecer como enemigo del gobernador, pero el buen sentido del pueblo, y mis escasos méritos han triunfado á pesar de las torpezas de ese tinterillo entrometido.

—¡Qué malvado! exclamó doña Anastasia, ¿pretender que á él debes tu eleccion?

—¡Qué embuste, qué calumnia! interrumpió Pancha.

—Miserias de estas gentes, prosigió D. Fulgencio, pero es menester tomar las cosas con calma y tolerar las mientras no se pueda hacer otra cosa. En cuanto llegue á México, haré una iniciativa de ley para que bajo penas muy severas se prohíba á los barberos mezclarse en las cosas políticas.

—Pues qué te sirva de gobierno, papá, interrumpió Pancha, que Pimpinela dice que á él se lo debes todo.

—Si no fuera por no perder mi dignidad, exclamó colérico D. Fulgencio, yo haria entender á ese tuno... pero no hay que perder los estribos: el cargo público que ejerzo, hija, y la mision que el pueblo me ha confiado, exigen mucha prudencia y circunspeccion; así, doblemos la hoja, y hagan vdes. sus últimos preparativos mientras yo escribo á México.

Cualquiera creeria que en camhio de la vida solitaria y monótona que devoraba lentamente la existencia de la familia de D. Fulgencio, reinaba una paz profunda: nada de eso, una guerra civil encarnizada, habia tronado en el recinto de aquel hogar doméstico de algun tiempo á esta parte. El ingreso de Diana y de Corna, fué origen de graves y prolongados disturbios. Cada vez que la perrita de Pancha mordía á la de Ma-

ría, había un fuerte altercado entre las hermanas, y de feas y chocantes no se bajaban un punto: las dos se quejaban á la mamá, y la mamá al papá, y de palabra en palabra las cosas paraban en que el padre reñía con las hijas, las hijas con las perras, y la madre con todos. María, humilde y buena, era siempre la víctima, y se retiraba con los ojos llorosos á curar los verdugones á Corina: ese día no se comía ni se cenaba á derechas, y los cartones de la lotería quedaban vacíos, y D. Fulgencio concluía por echar al diablo cartones, bolas y barajas, y encerrarse en su cuarto á leer los periódicos.

Como si no bastaran Diana y Corina para tener la casa en la mas borrascosa anarquía, vinieron *Coyote* y *Milon*. Eran éstos dos sujetos de un carácter atraviarado y caprichoso. Ladraban porque una mosca se moviese, mordían á todo el que entraba á la casa, nada podia haber limpio ni en órden con ellos; y con la misma facilidad se acostaban en el corral que en las camas de las niñas, las que tenían que desalojar á es-cobazos.

D. Fulgencio, como todos los grandes hombres, tenía sus caprichos, y uno de ellos era preferir á todo sus perros, lo mismo que hacia Federico el Grande con su perrita. Entre las lágrimas de sus hijas y los ahullidos de sus perros, nunca vacilaba D. Fulgencio, y daba la razon, como era debido, á los pobres animales, que no pudiendo hablar, no podían tampoco defender-

se. Las muchachas, siguiendo esta lógica, siempre creían que Corina y Diana tenían mas razon que su papá y su mamá. A estos elementos disolventes que carcomian esa sociedad, se reunia otro, y era la existencia de Juanito. Las horas en que no estaba ocupado en aprender á escribir con un pedagogo del pueblo, las empleaba de la manera mas tormentosa. Ya amarraba á las dos hermanas de la trenza mientras cosian, ya echaba al tanque á Diana ó á Corina, ya amarraba una saca de carbon á la cola de *Milon*, ya prendia alfileres en las almohadas de las camas ó llenaba de agua las sábanas; en fin, el muchacho era la misma piel de Judas, y no valian ni consejos, ni amonestaciones, ni pescozones, que tanto la madre como el padre, le solian dar á menudo, siempre por causa de *Coyote* y *Milon*.

El dia del viaje, fué el dia del juicio, y jamas habia habido una campaña tan formidable. D Fulgencio se empeñó en que *Coyote* y *Milon* habian de ir dentro del coche, y las muchachas en que habian de colocarse en el carreton: el padre, ó mejor dicho, los perros, ganaron, y las muchachas se bebian las lágrimas.

Despues se empeñó Pancha en que la perrita de Marica se habia de quedar en la hacienda. Marica declaró, que primero la matarian que dejar á su ídolo, al que tomó en brazos y cubrió de besos, mezclando las lágrimas á las caricias: nuevo regaño de la madre y nuevo altercado. Por fin, y para no cansar al lector,

TOM. I.—P. 16.

á cosa de medio dia, la salida se organizó. El tren se componia del coche antiguo, de forma esférica y parecido á un gran globo de lotería: como era tan viejo, fué menester amarrarlo con reatas y tiras de cuero de toro, hasta el punto, que apenas quedaron descubiertos pedazos muy pequeños de la madera. En las varas del juego se formó una hamaca, y en ella se colocó á la cocinera y á una criada, con una coleccion de cazuelas, platos, aventadores, cubiertos, ollas con manteca, tompeates con huevos, pollos vivos y asados; en fin, la cocina entera. Dentro del carruaje entraron el señor diputado, su esposa y sus dos hijas, Diana, Corina, Coyote y Milon, el canario y el perico en sus jaulas, dos macetas, una con tomillo y otra con albahaca una sombrerera, la caja de los peines, una licorera, la escopeta, el jorongo y las pistolas, tres bultos con mudas de ropa, un antejo de larga vista, el retrato del capitán D. Fulgencio, y todavía otras mil maritatas que seria largo el enumerar. Al último venia Juanito con la pretension de que entrasen tambien dentro del coche su chivo y su carnero con sus respectivos arneses; pero como realmente esta era ya una pretension exagerada, la familia toda se puso en contra de él, y tuvo que entrar solo al coche, aunque dando lastimeros sollozos y poniendo á sus hermanas de oro y azul.

En la delantera y trasera del coche estaban liados colchones envueltos en pieles de cíbolo, baules, petacas, envoltorios, zarandeándose por todas partes y en

todas direcciones. Toda esa enorme mole estaba cubierta con una camisa blanca de lona; y como en el centro del techo del coche habia colocado un sombrero uno de los criados, parecia el conjunto una gran pirámide de Egipto, que se movia lentamente con el empuje de nueve mulas lozanas y rollizas.

Delante del coche y levantando una nube de polvo, caminaba la remuda y detras un carro con los equipajes; pues la familia, creyendo sin duda, que nada se encontraria en México, habia levantado hasta el meta-te y el almirez. Al carro de equipages seguia la carretela predilecta de D. Fulgencio, de media vuelta, con unas enormes ruedas, una caja como nicho antiguo y unas sopandas erizadas con los pelos de la piel de toro con que estaban reforzadas. Era, como hemos dicho, una enorme araña zancona, que parecia entre el polvo del camino querer alcanzar y tropezarse en la gran pirámide. Así salió de sus posesiones feudales la pascua de Navidad el invicto D. Fulgencio, sin haber tenido ni el comedimiento de despedirse de sus comitentes, ni de invitar siquiera por ceremonia al diligente y activo Pimpinela; pero éste que no se ahogaba en un vaso de agua, devoró su resentimiento, hizo de tripas corazon, y ensillando su caballo rucio, y con su vacía amarrala con un pañuelo en las espaldas y su estuche de navajas colgado en la cabeza de la silla, se echó á andar, y á la segunda jornada alcanzó al tren de su querido patron.

—Me echó vd. tierra, señor amô, dijo el barbero accreándose á la portezuela del coche.

—Pimpinela! exclamó D. Fulgencio poniéndose rojo como un granate.

—El mismo en cuerpo y alma, y sabe Dios los trabajos que he tenido para arreglar mi viaje; pero no he querido abandonar á mi patron y á mi protector.

—Te kusqué por todas partes el dia de la marcha, dijo D. Fulgencio tragando saliva.... y luego, la fatiga y el agigolon.... en fin, ya estás aquí.... y tengo mucho gusto.... vaya.... llévate en la mano la jaula del canario, porque aquí no nos podemos mover de tanto estorbo, y nos ahogamos de calor. En efecto, el interior del coche parecia mas bien una almoneda de la calle de la Canoa, que no un vehículo propio para caminar.

Maestro Pimpinela tomó á revienta cinchas el canario y continuó galopando al costado del coche, dejando algunas veces deslumbrada á la señora y á María con el cardillo, que con el sol formaba su reluciente vacía; en cuanto á Pancha, abrazada de su perrita y envuelta la cara con su rebozo, dormia, ó mejor dicho, soñaba con las delicias de la corte, adonde la llevaba su estrella y los relevantes méritos de su papá.

¡Qué de fatigas, qué de contratiempos en el camino!
¡Qué enormes sacrificios por la patria! En la tercera jornada una rueda se desgranó, y fué menester que la

familia anduyese á pié un par de leguas, mientras el coche, todo desencuadrado, se dirigia á un villorio cercano á reparar su avería. ¿Qué habia sucedido con la famosa carretela? Una friolera. Mientras el cochero que la conducia se bajó á tomar un trago de pulque, los machos, que eran cerreros, arrancaron. y échale un galgo.... despues de buscarlos dos horas, los encontraron paciendо tranquilamente la yerba en un vallecito ameno y con solo unos fragmentos de la lanza y del molinete. D. Fulgencio, con esta ocurrencia se vió acometido de un aceseo tal de cólera, que no solo riñó á sus hijas, sino que se propasó á dar unos cuantos puntapiés á *Coyote* y á *Milon*.

Reparadas en lo posible esas desgracias, continuó el camino; pero á la sexta jornada, los cocheros tomaron una vereda, los carreros otra, y la remuda otra, y anda y anda como se dice en los cuentos de los niños, y ni asomo de encontrar posada, ni poblacion, y la noche sorprendió en un llano á la noble familia, sin la esperanza, consoladora de los viajeros, de divisar una lejana luz. Una lluvia menuda y fria de invierno comenzó á caer, y la oscuridad de la noche era tan profunda, que fué necesario resolverse á acampar en medio de un llano y contentarse con cenar unas cuantas tortillas duras y una pierna de pollo, que fué en su mayor parte distribuida entre *Milon* y *Coyote* *Corina* y *Marica*, *Diana* y *Pancha*, se morian de miedo, de

hambre y frio: la señora estaba acatarrada y D. Fulgencio comenzaba ya á conocer los peligros y fatigas de la vida política.

A la mañana siguiente, cosa de las diez, la desolada familia, con el mayor placer divisó al maestro Pimpinela, con la jaula del canario toda rota y ya sin canario, y su reluciente vacía, con la que enviaba de intento, á los ojos de la madre, deslumbradores reflejos. La venganza de Pimpinela comenzaba ya; pues él y no otro era el que habia hecho que el tren se desperdigase y los cocheros equivocasen el camino. En fin, se volvió á andar de nuevo, y fué menester un descanso de tres dias para reparar tantos desastres. En los siguientes ya fueron frioleras. Tres mulas asoleadas, un baul con las camisas de Pancha estraviado, Corina, mordida por el mastin de un meson, un cochero á quien un macho le echó de una patada media dentadura fuera, Pancha, rabiando del dedo de un pié, la señora con un toz que no la dejaba hablar, Coyote, cojo á resultas de una campaña amorosa, D. Fulgencio, en fin, aburrido y renegando del dia y hora en que el pueblo fijó sus ojos en él. Despues de sesenta y dos dias de haber abandonado los patrios lares, la pesada máquina que conducia á la familia, fué entrando magestuosamente por las puertas del meson del Chino, con gran asombro y curiosidad de los muchachos de México.

CAPITULO XV.

DE LA LLEGADA DE DON FULGENCIO EL GRANDE A MEXICO, Y DE COMO SU HIJO QUE VENIA DE LÓNDRES ENCUENTRA A SU FAMILIA EN UN ESTADO COMPLETO DE BARBARIE.

El día mismo que D. Fulgencio el grande, que así le llamaremos á nuestro diputado, entraba magestuosamente en el meson del Chino, Fulgencio el chico, su hijo, que venia de Lóndres se apeaba de la diligencia y ponía los piés en uno de los cuartos del mejor hotel del centro de la ciudad. ¡Qué diferencia de costumbres! ¡Qué camino tan rápido hacen en México, las mejoras sociales! El abuelo habia venido á pié desde Veracruz, y alojádose debajo del mostrador de una tienda: el padre llegaba acompañado de un pesado tren, y se apeaba en uno de los antiguos mesones donde las camas eran de piedra y las velas de sebo;

y el nieto ya venia en una rápida diligencia conducida por nueve caballos fogosos, y establecia su residencia provisional en un hotel donde se tiene la pretension de comer á la francesa, y se alumbran las alcobas con *cabitos* de estearina. El abuelo habia venido sin un cuarto, el padre con la fortuna muy menguada, y el nieto por apéndice lo único que tenia de positivo era algunos acreedores que habia dejado bruscamente en la orgullosa Albion. Aquí surge de improviso una grave cuestion filosófica. ¿Qué cosa es mejor y mas preferible, el gaspacho y los chorizos de Estremadura del tiempo vireinal, los chiles rellenos y la carne frita de la independendencia, ó las papas al vapor y la Carlota Rusa de la república? Tened muy en cuenta, lectores, que estos manjares representan tres edades, tres épocas distintas, y que simbolizan quizá la paciencia de los antiguos, el ardor y constancia de nuestros padres, y el desórden y vanidad nuestra. Mientras que con toda la sabiduría que pide el exámen de tan delicada materia resolvéis estas cuestiones, seguiremos la pista á nuestros amigos.

Fulgencio el chico, se habia marchado hecho un rauchero de su pueblo, y regresaba inglés: grandes y burdos zapatos de dos zuelas, al estilo de lord Palmerston, *over coat*, (sobretudo) de mezclilla ordinario como el hábito de los fernandinos, sombrero con la copa de dos tercias de alto y la ala de una pulgada de

ancho, chaleco tan corto que apenas le cubria las costillas, y la garganta metida en una altísima corbata azul oscuro, de donde salia un cuello tieso, blanco, y tan almidonado, que parecia de mármol ó de estuco. Fulgencio el chico venia acompañado desde Lóndres de un buen amigo, hábil y travieso como lo podremos demostrar en el curso de esta verídica historia, y no se separaban los dos un momento. Luego que se quitaron el polvo del camino, que no era poco á juzgar por la oscuridad instantánea que sobrevino en el cuarto, se echaron á buscar en los hoteles el alojamiento de D. Fulgencio el grande, que segun las cartas que el hijo habia recibido, debería hallarse ya en la ciudad. Cuanta diligencia hicieron fué inútil, hasta que preguntando á uno de los criados de la posada, éste les dijo que habia oido decir á otro que tambien lo oyó, que un diputado con muchas mulas y muchos criados y en un coche muy estraño, habia llegado al meson del Chino.

—¡Mi padre en un meson! exclamó Fulgencio, imposible, esa es una calumnia de esta gente estúpida de México, eso no puede ser; un hombre de su importancia y de su dinero, no puede alojarse en un meson. Yo no conozco los mesones, pero deben ser mansiones muy *ignobles*: sin embargo, vamos, Rick á emprender una peregrinacion al meson del Chino.

Tomando Rick y Fulgencio sus gruesos bastones

ingleses de á tres peniques la pieza, salieron de nuevo á la aventurada peregrinacion, y aunque andando doble camino, llegaron por fin al meson del Chino. ¡Qué confusion, qué vergüenza para Fulgencio el chico, de que un hombre tan civilizado como su amigo el extranjero, encontrara á su familia en tan desornado *negligée*.

D. Fulgencio, tirado en el suelo en un cíbolo, con un cabo de vela al lado, leia un interesante opúsculo que acababa de publicarse en la ciudad, titulado: "*Jus, tificacion completa de los atentados cometidos por el gobernador del distrito, en el patriótico desempeño de sus facultades extraordinarias.*" La señora, junto á su marido, echaba unas puntadas á una bata de indiana achocolatada, y Pancha y Marica, con un plato de tamales, comprados espresamente en la Ribera de San Cosme, delante y unas tazas de atole de leche en la mano, saboreaban, en union de Diana y Corina, sus deliciosos manjares nacionales.

Luego que las visitas se presentaron en la puerta del cuarto obstruido por multitud de reatas, de cajones, de colchones y de otros estorbos, los dos perros y las dos perras se lanzaron ladrando y acometiéndoles como unas fieras, Fulgencio y Rick tuvieron que sostener algunos minutos un combate, mientras que se pusieron de pié Pancha, Marica y Juanito; y habiendo reconocido, aunque con trabajo á su hermano, á causa de su estra-

ña figura y de sus ridículas patillas, cayeron en sus brazos, con los ojos húmedos, exclamando Fulgencio: ¡Gracias á Dios que llegaste sin novedad! Dáanos otro abrazo, hermano Fulgencio. El padre votó el folleto, la madre la bata achocolatada y toda la familia se precipitó sobre Fulgencio el chico; quedando entre tanto Rick aprisionado en una red de cabestros, y temiendo siempre un nuevo ataque de los perros, que gruñían sin cesar y no lo dejaban avanzar ni un paso.

Así que el desorden causado por la ternura fraternal y filial se calmó un tanto, y Fulgencio pudo descantarse de los muchos abrazos con que su familia descomponía su corbata y ajaba el tieso cuello de su camisa, tuvo que proceder, como es de rigor en Inglaterra, á la presentacion oficial.

—Presento á vd., papá, á Mr. Ricardo, Raymundo Ricochi, banquero, comerciante y agricultor, muy rico y hombre instruido, y sobre todo amigo mio, y que hemos hecho juntos el viaje de Suiza.

Mr. Ricardo Raimundo Ricochi se inclinó, no sin peligro de caer y de ser mordido por *Coyote* y *Milon*, que no lo veían de buen ojo.

—Rick, presento á vd. á miss Pancha, mi hermana, y á miss Marica, mi hermana tambien, y á Lady Anastasia mi respetable madre.

—Unas criadas de vd., exclamaron las muchachas,

—Fulgencio se puso encarnado de la llaneza de sus hermanas, la vieja apenas gruñó unas palabras confusas, y Mr. Ricardo hizo su segunda y grave reverencia.

—D. Fulgencio el grande, loco de gusto de verse ya en la capital, y en compañía de su hijo, procuró formar estrado con unas sillas de paja desvencijadas y rengas.

—Vaya, sin cumplimientos, siéntense y descansen... no.... no hay cuidado por los perros, que no muerden mas que á los indios; y aunque el traje de vdes. es algo extraño....

—¡Papá!

—Lo dicho, Fulgencio, el traje, particularmente el tuyo, me parece muy singular; y si conforme estés en México, estuvieses en nuestro pueblo, los muchachos te tirarían con las cáscaras de las naranjas.

—Es un traje rigurosamente ingles, contestó Fulgencio con mucha seriedad. Yo no gusto de esas modas ridículas de Paris, y para evitar que estos sastres bárbaros de México me vistan de una manera ridícula, he traído un surtido de ropa para dos años.

—Pero esos chalecos apenas le vienen á tu hermano, replicó D. Fulgencio riendo; vaya.... es una moda singular; pero dejemos esto á un lado y dime ¿qué tal te ha ido en tus viajes? ¿Estás muy adelantado en tus estudios, hablas bien el ingles, el frances, el ruso, el griego? A qué podemos dedicarte en México....

porque al fin estamos en la capital y supuesto que el pueblo me nombró espontáneamente diputado, no quiero perder la ocasion de proporcionarte una carrera lucida como merecen los sacrificios que he hecho por tu educacion.... pero vaya, si estás guapo, rollizo, con la barba muy crecida.... venga, venga otro abrazo, con permiso del caballero, que no llevará á mal que un padre esté contento cuando vé así un hijo tan aprovechado.

—¿Cómo? Si lo llevaré á mal; ni por pienso.

—¡Cáspital y qué bien habla Mister Ricochi el castellano.

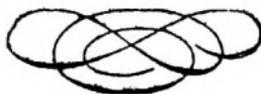
—He residido en Cuba mucho tiempo, y he viajado en España y en las Américas. Hace algunos años que vine á México, y como este es un pais encantado, aunque los caminos son pésimos y los ladrones y los mendigos pululan por todas partes, me hice el ánimo de acompañar á mi amigo Fred.

—¿A mi amigo, quién? preguntó azorado D. Fulgencio mirando fijamente á Mister Ricochi.

—Fred, papá, Fred, que quiere decir Federico. Como el nombre de Fulgencio era de muy difícil pronunciacion, y algo raro, tomé mi segundo nombre que era Abundio, que pareció detestable á los camaradas de la escuela y dieron en que me habia de llamar Federico, y por abreviatura, como se acostumbra en Inglaterra, me llamaban *Fred*.

—Vaya, bribonzuelo, si ya decía yo que habías de hacer carrera. ¡Oh! si es mucha la educación de esta Europa, hasta los nombres se cambian sin necesidad del bautismo.

Fred, que era grave, sério, civilizado, en fin, un inglés hecho y derecho, encontraba que en el fondo su familia estaba sumergida en la barbarie. Sus hermanas de rebozo y desmelenadas; su mamá cociendo una bata; su padre, su padre que era todo un diputado, tirado á la bartola en un cíbolo. ¡Qué espectáculo tan *disgustante!* Un color se le iba y otro se le venia porque todo esto pasaba delante del ilustrado D. Raymundo Ricochi, que era tambien el tipo del hombre de buen tono. Se propuso obrar enérgicamente y civilizar de una manera decisiva á su familia; pero de pronto lo que hizo fué cortar la conversacion, abrazar de nuevo á sus hermanas y retirarse con su amigo el extranjero, prometiendo á su familia que volveria al dia siguiente muy temprano.



CAPITULO XVI.

DE LAS AGRADABLES ESCURSIONES QUE HACE DON FULGENCIO Y SU FAMILIA EN LA CIUDAD DE MEXICO, Y DE COMO COMIENZA FRED LA OBRA TRABAJOSA DE CIVILIZAR A LOS DE SU CASA.

Como Mister Ricochi y Fulgencio el chico salieron del meson del Chino y se dirigieron al teatro donde habia un beneficio, y es costumbre que en estas funciones se dé al público mucho pero muy malo, imposible le fué habiendo conciliado su primer sueño á las dos de la mañana, el levantarse á buena hora para comenzar la grande obra de civilizar á su familia; así es que, despues de mediodia atravesando con miles de trabajos y peligros por entre la multitud de burros y de mulas que llenaban el patio del meson, subió al prosaico alojamiento de su padre y tuvo el disgusto de encontrar solo á dos ó tres rancheros durmiendo boca arriba en la

puerta y roncando como unos marranos. Volvió una, dos y tres veces, hasta que aburrido determinó esperar al día siguiente. La familia que ni se acordó de que debería venir el hermano, luego que amaneció Dios, pensó en pasear por la ciudad donde el papá serviría de cicerone, aunque muchas cosas las encontraba bien diversas de como las había dejado hacia más de veinte años. A las ocho de la mañana ya estaba en la puerta del meson un coche Simon, con un par de mulas flacas y corriasas y un cochero aguardientoso y medio destrozado, un grueso chicote en la mano. lo que probaba por lo menos que los animales eran de la misma rúa y dura condición que los muchachos que aprendían en la escuela de los Belemitas.

Antes de salir hubo camorra: primer punto.—¿Habían de ir ó no los perros? Después de un largo altercado se determinó que los mastines del diputado se quedasen encerrados en un cuarto, y que los perros falderitos de las niñas participasen de las delicias del paseo.

Segundo punto. Adónde habían de ir. Juanito llorando amargas lágrimas insistía en que habían de ir al coliseo; su papá el diputado trataba de persuadirlo de que las comedias, ó la ópera, no comenzaban á las ocho de la mañana sino á las ocho de la noche; pero todo era en vano, y siempre suspirando y girimiqueando pedía que lo llevaran al coliseo. Marica era de opinión que el paseo debía comenzar por la Catedral, y

Pancha que por la Alameda. Don Fulgencio terminó la cuestion nombrando al cochero una especie de tercero en discordia, y dejando á su voluntad el conducirlos donde mejor creyera que se habian de divertir. El cochero tomó las calles del Rastro y San Camilo y sopló á la familia en la augusta soledad de las calzadas de la Vega. No era tiempo de paseo, las canoas diarias que conducen la verdura habian ya pasado, así es que con escepcion de uno que otro coche con las vidricras misteriosamente echadas, y en cuyo fondo oscuro se podia adivinar una venturosa pareja, no encontraron ni una alma aunque tuvieron la oportunidad de contemplar la belleza del paisaje y la vista lejana y soberbia de los volcanes.

Así que el cochero, ó mejor dicho, las mulas se cansaron de dar vueltas por aquellas largas calzadas, regresaron á la ciudad y en la puerta de la Universidad se paró el fiacre y su conductor abrió magestuosamente la portezuela, diciendo: "aquí está el caballito de Troya." Como si efectivamente hubiese sido el mismo animal que en su vientre introdujo en la heroica ciudad multitud de heroicos guerreros, de un salto Juanito y las muchachas se pusieron de puertas adentro del antiguo y monárquico cláustro que ha producido tan insignes doctores.

Mas de una hora estuvieron admirando las gruesas pantorrillas de Cárlos IV, las enormes pesuñas y la espesa crin del caballito, y de allí pasaron á la rejita de

madera parecida á la de un gallinero, desde donde se descubren las enormes piedras en que nuestros antepasados sacaban el corazon á las victimas destinadas al sacrificio. Don Fulgencio á falta del conservador del museo, á quien siempre se le encuentra en su casa, esplicó en tono dogmático á sus hijas que aquellas piedras se habian sacado de la laguna, y que la plata y oro que tambien arrojaron en ella los indios no se habia podido sacar; pero que en el momento que él estuviere ya ejerciendo sus funciones en la cámara, estaba decidido á que se autorizase al gobierno para invertir hasta trescientos mil pesos en sacar los grandes tesoros que deberian estar en el fondo de las aguas, y que con ellos se reorganizaria la hacienda pública, repartiendo entre los Estados todo lo que se sacase: despues entró ya en el exámen de materias mas elevadas, diciendo que con arreglo á las máximas de la civilizacion ya no se saca el corazon á los indios, sino que solamente se les aprieta el pescuezo y así mueren con mayor comodidad: que los antiguos mexicanos adoraban esos ídolos que, segun las tradiciones de los anticuarios, les habian venido de China, y que Cortés habia hecho el gran servicio de derribarlos y de matar á todos los que se oponian, y tambien á todos los que no se oponian, con lo cual las cosas habian quedado perfectamente en regla: las muchachas pasaron casi embelesadas algunas horas oyendo de la boca de su padre éstas y otras importantes historias, mientras Jua-

nito habiendo podido salvar el obstáculo de la rejita cabalgaba sobre las duras espaldas del dios *Huitzilopochtli*. ¡Sombra venerable de D. Carlos Bustamante, vuélvete á tu sepulcro para no presenciar las profanaciones que los hombres de este tiempo cometen con las antigüedades mexicanas!

Como ya era tarde, D. Fulgencio propuso que almorzarian en una fonda, y el cochero fué encargado de conducir á la familia á la mas famosa de la ciudad. *Simon*, que conocia á la gente, los plantó en pocos minutos en la antigua fonda de la *Estrella*. ¿Qué habrían dicho *Fred* y *Rick* si hubiesen visto á las muchachas tronando las tostaditas, tirándose de la boca las largas hebras de queso, y saboreando un picante mole rodeadas de payos con hanchos sombreros, que almorzaban en las otras mesas no solo con los cinco sino con los diez dedos? Habríanse muerto de vergüenza y de rubor. ¡Vulgarizar hasta ese grado la representacion nacional! ¡Ofender así á la etiqueta y al buen tono! Como nadie conocia á la familia del hacendado, y como tampoco el hijo inglés, era posible que ni por mal pensamiento le ocurriera tomar pulque de piña y quesadillas, el almuerzo, bien sabroso por cierto, pasó con la mayor tranquilidad, y mientras que el papá fumaba su cigarrito, se determinó por unanimidad de votos, que en cuanto regresara el cochero, que habia ido á remudar, aprovecharian el tiempo para visitar el comercio, comprar ropa, y algunas otras

cosas indispensables que necesitaban mientras se ponía la casa.

En efecto, guiados siempre por el cochero, lo primero que hizo D. Fulgencio fué comprar sombrero, ¡qué sombrero! formaba un positivo contraste con el de su hijo, y el mercader había aprovechado la oportunidad para salir de un *repelo* de la moda pasada, que mediante un par de pesos de ribete, había dejado allí uno de nuestros elegantes. Montaigne ha dicho, ó si nó algun otro, *que el estilo es el hombre*, nosotros podremos decir con mas exactitud, *que el sombrero es el hombre*; hasta Juanito se rió de la figura que hacia su papá con la nueva adquisicion que habia hecho su cabeza. Satisfecha esta necesidad, el cochero paró en un almacén donde habia *cien mil camisas, y cien mil piasas de ropa hecha*. ¡Qué almacén tan seductor! Allí se habilitó D. Fulgencio de *talma*, de levitas, de chalecos, de pantalones y de corbatas, y por apéndice vistió de redondo á Juanito. Mas ó menos arrugas no era del caso; la moda habia pasado hacia dos años, pero esto no importaba. Don Fulgencio y las muchachas, lo encontraban todo del mejor gusto. De este almacén pasaron á los cajones de ropa. No hubo *muza* de que no salieran los caritativos comerciantes, á costa del candor que revelaba el acento provincial, y el traje sencillo de los marchantes. En cuanto concluyeron las compras, se determinó ir á depositar todos los efectos al meson, y volver á salir á continuar el pa-

seo. Don Fulgencio, que no queria ser visto en la ciudad, con su traje de ranchero, que en verdad no le sentaba mal, se vistió al momento de cortesano. Su sombrero de ala ancha y copa muy chiquita, *estilo Alcarta*, un gran frac color de café con boton liso dorado, un pantalon flor de romero con una ancha cenefa en los costados, chaleco de seda carmelita con florones encarnados, guante amarillo y bota de charol. La madre y las niñas, estrenaron tambien sus tápalos de seda, morado y azul, y verde y amarillo; y la familia elegante, con esencia de rosa en los pañuelos salió de nuevo al paseo de Bucarelli, donde todos los concurrentes cotidianos se daban con un canto en el pecho, y no podian adivinar quién era ese par de muchachas tan bonitas y tan rollizas, pero adornadas de una manera tan rara y singular. En cuanto se oscureció, el cochero, sin que le dijeran una palabra, detuvo su descascarado vehículo en las puertas de la Gran Sociedad.

El mozo salia del iluminado y espacioso salon, y en un momento llenó el coche de vasos de nieve de leche y de rosa, y de platos de zoletas y mostachones. Don Fulgencio estaba encantado: las gentes de México le adivinaban los pensamientos. Juanito hizo una mezcla de nieve de leche, de rosa y de limon, y comió tanta zoleta, que solo por un milagro dejó de reventar: Las muchachas llenaron sus pañuelos de bizcochos y de dulces que un oficioso vendedor les ha-

bia proporcionado desde por la tarde, y más fatigadas que en los días más penosos del camino, regresaron al meson del Chino.

Llenos todos los estómagos de agua fría y de la maza indigesta de los mostachones, estaban á punto de cerrar la puerta y de recogerse, cuando llegó Fred, con el disgusto pintado en su semblante.

Tomó una de aquellas sillas inválidas, y se sentó cabizbajo y pensativo, apoyando la barba en el puño del burdo, pero confortable baston inglés.

—Vaya, Fulgencio, dijo Pancha, estás inconocible; esos ingleses deben ser sin duda más tontos que nuestros payos de la hacienda: ¿qué te sucede que no hablas una palabra?

—Fred me llamo, y no Fulgencio, replicó el joven secamente.

—Pues bien, Fred, dijo Marica pasándole cariñosamente la mano por la recortada patilla, dínos qué tal te ha parecido México, porque cuando te mandó papá hace ocho años, á educar á Europa, según se dijo en casa, solo una noche estuviste en la ciudad.

—Sí, cuéntanos algo, interrumpió la madre, antes de que el sueño nos venza, porque nosotras estamos cansadas de tanto pasear.

—Lo que es México.... uf.... no es malo; pero qué policía, qué calles, qué empedrados.... en Lón-

dres todas las calles.... pero vamos, si yo no puedo aguantar esto....

—Sí, en efecto, las calles no están del todo buenas, exclamó D. Fulgencio pujando en un rincón, á causa de los esfuerzos que hacia para quitarse las botas de charol; pero deja que esté yo en el congreso, y haré una iniciativa para que se le exija la responsabilidad al ayuntamiento; pero dejemos por ahora eso, y que te cuenten tus hermanas todo lo que hemos andado hoy.

—Fuimos á la Viga, dijo Pancha.

—Y al caballito de Troya, añadió Juanito.

—Y almorzamos en la Estrella, interrumpió Marica.

—Y tomamos nieve y soletas en la nevería, dijo la señora.

—¡La fonda de la estrella, la nevería, la Viga! pero ¿cómo ha permitido vd. esto, papá? contestó *Fred*. ¿Qué dirán las gentes si lo saben? ¿Y cómo ha de hacer vd. una buena figura en el congreso; pero ¡qué veo! ¡Pantalones flor de romero! ¡Tápalos azules! ¿Dónde han comprado tanta ridiculez?

—¡Toma! en las tiendas, en el comercio, dijo el diputado.

—Me hace vd. favor de ponerse el sombrero y la levita, papá? interrumpió *Fred* sin hacer caso de sus hermanas, que le metian los efectos por los ojos.

D. Fulgencio obedeció, y ya desembarazado de las

botas de charol, que habia sustituido con sus holgados zapatones de gamuza, obedeció; y poniéndose el sombrero y la levita, se colocó frente á su hijo el inglés.

—¿Y así va vd. á salir á la calle? exclamó Fred, casi á punto de soltar la carcajada.

—¿Y por qué no? así salí esta tarde al paseo de Bucarelli, con tus hermanas.

—¿Y lo vió á vd. la gente?

—Perfectamente!

—¿Y no se rió?

—¡Botarate! dijo el papá, mas debe haberse reido con tus ridículas papillas y con tu enorme sombrero.

—Me va vd. á permitir, papá, que lo civilice un poco.

—¡Cáspital esto es ya demasiado, interrumpió el padre algo incómodo, y puede padecer la dignidad de un diputado.... pero vaya.... vaya.... tú has aprendido en Europa lo que yo no sé, y es muy justo que veas por el buen nombre de tu padre.

—Entonces, ¿me da vd. facultades? respondió muy contento Fred.

—Para todo, papá, para todo, dijeron las muchachas, Fulgencio viene de Inglaterra.

—Fred me llamo, lo entiendes?

—Pues bien, continuó Pancha, Fred viene de Inglaterra, y él debe saber la moda y todo lo demas. Cuéñatnos, ¿qué nos traes?

—Ya verán cuando llegue mi equipage todo lo que les traigo, contestó Fred, si no es que se lo llevan los ladrones en el camino; però una vez que papá me dá licencia, es menester que yo les diga que estaba triste, porque, en verdad, he encontrado á mi pais y á mi familia en el mas completo estado de barbarie.

—¿Cómo? eso no es posible, interrumpió la señora.

—Lo dicho, mamá, y es menester comenzar por cambiar hasta los nombres.

—En eso no entro yo, interrumpió el papá, Fulgencio se llamó mi padre, y Fulgencio me he de llamar hasta que me muera; respecto de tus hermanas, haz lo que quieras, con tal de que ellas consientan.

—Bien, repuso el mancebo, ahora sí nos vamos entendiendo. En primer lugar, es menester mudarnos á una buena casa.

—Convenido, contestó el diputado.

—Y comprar muy buenos muebles.

—Acordado.

—Y llamar á las mejores modistas y á los mejores sastres.

—En cuanto á eso.... però vaya, tus hermanas decidirán ese punto.

—Lo decidimos desde luego, dijeron las hermanas.

—Y buscar dos ó tres carruages. Un landó, un factor y un tilbury.

TOM. I.—P. 18.

—Pero, hombre?

—No hay remedio, papá: vd. tiene que entrar en la sociedad, que figurar en el gobierno, y qué sabemos si con el tiempo no podrá vd. subir mas alto en este país de estúpidos.

D. Fulgencio sonrió: la vanidad y la ambición que despertó en su corazón maestro Pimpinela, se sublevaba mas fuertemente con la perspectiva de lujo y de engrandecimiento, que le presentaba su hijo el inglés.

—Bien, Fred, perfectamente: quedas facultado para todo. Yo seré el hombre de la política, y tú serás el hombre de la casa.

Las muchachas rodearon á Fred y lo abrazaron.

—Con que nos compras tres coches? dijo Pancha.

—Y nos traes mañana á la modista, y tomas una buena casa? interrumpió Marica.

—Todo se hará, y muy pronto. Entre yo y mi amigo Rick, sacaremos á vdes., en pocos días, de esta pocilga, supuesto que papá consiente en todo. Comencemos por cambiar de nombres. Pancha se llamará Sara, y Marica Elizabeth ó Elisa simplemente. ¿Qué les parece?

—¿Pero cómo ha de ser posible, si nos llamamos ya de otra manera? preguntaron candorosamente las muchachas?

—¡Tontas! Aquí nadie las conoce todavía. ¿Quién ha de hacer caso de unas muchachas que se llaman

como las tortilleras, Pancha y Marica; no, eso no puede tolerarse, es menester nombres ingleses serios, y al mismo tiempo sonoros.

D. Fulgencio abría la boca y se estasiaba con la sabiduría y la prevision de su hijo. Yo prometo, continuó el jóven, civilizar en pocos dias, hasta á mi mamá, con tal de que me obedezcan. Es menester desterrar esas comidas indigestas de México, chiles rellenos, envueltos, mole de pecho: ¡qué horror! ¡qué persona bien educada pone ya en su mesa tales guisotes! Un buen trozo de *rosbif*, unas papas al vapor, su taza de té con un par de gotas de crema de leche, cuando mas una rebanada de jamon de Westfalia, frutas secas y un buen vino de Oporto, hé aquí un almuerzo sano, elegante, y vamos. . . . el mismo que se sirve todos los dias á la reina Victoria.

—De veras? preguntaron las muchachas.

—Como si lo estuviesen viendo.

—¿Y la comida?

—La comida, eso es otra cosa. Se sirve en tiempo de frio la sopa, que se suprime cuando hace calor, despues unas papas cocidas al vapor, despues un trozo de *rosbif*, mantequilla, encurtidos, pastel de ruibarbo y vino de Oporto.

—Entonces es lo mismo que el almuerzo.

—Por supuesto, y no faltaba mas sino que volviésemos ahora al caldo con el chilito verde y las tortillas

calientes, que nos daban en la hacienda, eso es bárbaro, eso no se usa ya entre la gente de buen tono.

Pancha estaba encantada; pero Marica meneaba la cabeza, y parecía que no la gustaba la mejora gastronómica.

—En Inglaterra, continuó Fred, nunca andan las señoras con la cabeza descubierta y con esos zapatitos de seda tan mal hechos.

Marica, que tenía un pie pulido, que era todavía más primoroso con el calzado mexicano, rechazó vigorosamente la idea; pero Pancha aceptó con el mayor entusiasmo el gorro, los zapatos de cuero y las medias de hilo de algodón.

En Inglaterra jamás entran los hombres, ni mucho menos si son estraños á la familia, á las recámaras de las señoritas. En México todo el mundo, á la segunda visita, se considera con derecho á penetrar por todos los rincones; así, en la nueva casa que hemos de habitar, dispondré que las recámaras estén completamente separadas, y que las visitas solo entren al salon de recibir.

—Conformes en todo, dijeron las dos muchachas, y es moda que adoptamos enteramente. Cuando una persona está lavándose ó vistiéndose, y la recámara tirada, no es conveniente que gentes estrañas entren á juzgar, á criticar y ver cosas que no les importan.

Fred no pudo contenerse, y abandonando su frial-

dad inglesa, se lanzó por primera vez al cuelló de sus hermanas, y las abrazó con ternura. Veo que me van comprendiendo, y que dentro de pocos días mi familia llamará la atención en la ciudad. Con que les agrada, ¿no es verdad?

—En Inglaterra las señoras, aunque es verdad que á causa de la lluvia que cae todo el año, se levantan los vestidos y se cubren con ellos la cabeza, dejando al viento unas enaguas muy limpias y unas pantorrillas no siempre gordas y torneadas, jamás pronuncian sus labios ciertas frases ordinarias, y hasta escandalosas, como por ejemplo: *pierna de pollo, camisa, sábanas*.

—En cuanto á eso poco se nos da; y puesto que aquí no hablamos inglés, no será necesario que. . . .

—Es decir, que vdes. quieren siempre ser rancheras, burdas y gente comun del pueblo. . . . en ese caso, en nada me mezclaré, interrumpió Fred con visible mal humor.

—No, no es para tanto, y con tal de que nos compres los gorros y los coches, nos sujetaremos á lo que tú quieras, contestó Pancha; pero la dificultad consiste, en que cuando se nos dé la gana de comer una pierna de pollo, ó de hablar de nuestra camisa, no sabremos qué hacer.

—Valiente dificultad! repuso Fred, se conoce que vienen del rancho. Qué cosa mas fácil hay que de-

cir, *el lado del pollo, y el lienzo blanco*, en lugar de esas palabras groseras, de pierna y de camisa.

—Maricha, como de costumbre, movió la cabeza; pero decidida á llevar el barreno á su hermano, no le contradijo; pero pensó naturalmente, que lienzo blanco era una cosa distinta de camisa, y que *el lado del pollo* era no solo la pierna, sino acaso el alon y parte de la pechuga.

—En Inglaterra, continuó Fred, no se recibe á las visitas á todas horas, sino que una ó dos veces á la semana, se dá un té.

—Eso sí que no consiento, dijo la madre, que habia estado callada escuchando toda la leccion; ¿yo dar agua puerca caliente á las visitas? ni por pienso, vale mas una buena merienda de chongos y atole, ó de fiambre y frijoles gordos, que no unas tazas de té: vayan en horamala los ingleses con sus bebistrajos: en cuanto á la buena casa, y á los coches, me conformo, supuesto que Dios nos ha dado comodidades, y Fulgencio tiene necesidad de darse importancia, pero en lo demas, no, mil veces no. Yo no he de beber té, y á mis hijas se les ha de llamar Doña Mariquita, y Doña Pachita, y nada mas.

—Mamá, por San Jorge, que me ha descompueto vd. mi plan enteramente.

—Entonces hagan lo que quieran, y sean la mofa y el vilipendio de estas gentes orgullosas de México;

pero no hay ya que disputar. Lo que papá decida eso se hará.

—Anastasia, dijo gravemente D. Fulgencio, la educacion de este muchacho, me ha costado mucho dinero, y es muy puesto en el órden que yo trate de aprovecharme de lo que sabe. Algunas de las cosas que dice me parecen insignificantes, pero puesto que tenemos que vivir algun tiempo en México, y que mi posicion de diputado me obligará á tratar con los diplomáticos, con los ministros, y con el presidente, fuerza es darse un poco de tono, y ninguno mejor que Fulgencio puede....

—Fred, papá, Fred me llamo.

—Y ninguno mejor que Fred, prosiguió D. Fulgencio, puede encargarse de todos estos pormenores; con que no hay que desanimarlo, y ya verás como á todos nos deja contentos. Con que te repito, hijo mio, que estás plenamente facultado para todo: busca casa desde mañana, compra muebles, y por ahora un coche decente, y no pierdas tiempo, porque dentro de pocos dias se abren las cámaras, y quiero comenzar á hacer mis visitas, y á preparar mis trabajos. Apenas oyó esto Fred, cuando salió del cuarto sin querer ya entrar en nuevas esplicaciones. Quería reducirlo todo, como nuestros gobiernos, á hechos.

CAPITULO XVII.

DE COMO DON FULGENCIO TIENE NECESIDAD DE SER UN LUMINAR DE LA REPUBLICA, Y DE LA NUEVA VIDA QUE ADOPTA EN LA CAPITAL.

Justamente á los dos meses de haber entrado D. Fulgencio en el meson del Chino, apareció en uno de los diarios mas acreditados de la ciudad, el siguiente prrrrafillo,

“Tenemos el gusto de anunciar, que acaba de llegar á esta capital, el Sr. D. Fulgencio García Julio, diputado al congreso general. Es una persona muy bien acomodada y notable de su Estado, literato, economista y agricultor: posee cuantos conocimientos son necesarios para desempeñar con acierto su delicada mision. Además, sabe cosa de cien idiomas de las tribus indígenas que existen, y otros cien dialectos de tribus

que no han existido jamas. En la maquinaria, en la industria, y en la ciencia difícil de organizar nuestra hacienda, su opinion es de gran peso, y en una palabra, ninguno de los conocimientos humanos, es extraño para este distinguido ciudadano, que despues de servir á su patria en la lucha gloriosa de nuestra Independencia, se retiró á sus fincas de campo, y se consagró al estudio. El Sr García Julio seguramente será un luminar de la cámara, y felicitamos cordialmente á la República por el ingreso al vasto y hermoso campo de la política, de un ciudadano tan benemérito é ilustrado.

D. Fulgencio, á quien Fred llevó el periódico, leia y volvia á leer tan repentina laudatoria, y no volvia en sí de la sorpresa. En cuanto á sus conocimientos en los idiomas indígenas, estaba enteramente sa'isfecho; pues ninguno lo habia de examinar, á no ser que la desgracia hiciera que se presentara intempestivamente en la capital una embajada de *Mungas coloradas*, ó de otro personage fronterizo de esa categoría; pero en cuanto á lo demas, no dejaba de remorderle la conciencia, pues en su vida habia abierto mas libro que el Calendario de Galvan.

—En verdad, Fulgencio, que....

—Fred, papá, Fred, por el amor de Dios, interrumpió el muchacho.

—En verdad, Fred, que estoy confundido, y no merezco tantos elogios: no sé cómo salir del empeño en que estos renglones me ponen.

—Todo se lo debe vd. á mi amigo Ricochi, contestó el jóven. Como está muy bien relacionado en la ciudad, y los editores de la mayor parte de los periódicos son sus amigos, le fué fácil que se hiciera justicia á los méritos de vd., y ya verá cómo toda la prensa sensata é ilustrada de la República, se convierte en el eco de su fama.

¿Cómo habia salido á luz un párrafo tan espresivo y tan completo en honor de D. Fulgencio? Vamos á saberlo. Mr. Raimundo Ricardo Ricochi, que ya habia vivido en México y conocia cuán fácil es introducirse en las casas, en las redacciones y en los palacios con solo tener un poco de maña, un poco de aplomo y una corta dosis de ese sentimiento, que hace venir en los hombres delicados el color rojo á los carrillos, era íntimo amigo de uno de los redactores de un diario, al cual le ponderó la riqueza, la generosidad y el buen carácter del personaje, y le sonrió con la esperanza de que mas adelante podria serles de grande utilidad: el redactor, sin conocer á nuestro hombre, y sin mas antecedentes que estos, escribió su párrafo, y lo dejó en la imprenta entre la multitud de noticias falsas y ciertas, de chismes, de difamaciones injustas y de injustos elogios, de que se compone ese pozo sin fondo, esa vorágine que se traga diariamente cuanto se escribe bueno y malo, y que en el mundo se conoce con el nombre de Periódico.

Al dia siguiente los demas periodistas, para llenar

su gacetilla, copiaron el párrafo: lo mismo hicieron los papeles de los departamentos; así, en mas de un mes, no se habló de otra cosa en la República, que del luminar D. Fulgencio García Julio, y de todo lo que la patria debía ya y tendria que quedar á deber á tan insigne varon. No es esto nuevo: en Europa se ocupan meses enteros las córtes y los potentados, de un jugador de ajedrez ó de la pirueta de una bailarina; así, nada estraño es, que en México se ocuparan de celebrar el famoso hallazgo de un talento, que habia estado escondido entre los vellones de las ovejas y los cornamentos de las vacas.

La vida de D. Fulgencio habia cambiado totalmente. Durante dos meses, se estuvo casi oculto en el mezon, y las muchachas salian á hurtadillas, y siempre contra la voluntad de Fred y Ricochi, hicieron maravillas. Tomaron casa en una de las calles mas pricipales de México, que se encargó de decorar y amueblar uno de los tapiceros de mas fama, al menos por lo carero, se compró una calesa de muelles de telégrafo para las niñas, con su par de tordillos frisonos, y una carretela, con caballos del paiparas el niño inglés, se ajustó un cocinero, un portero de esos que gruñen y apenas se dignan saludar á las visitas; en fin, se montó la casa enteramente á la inglesa, y hecho todo esto, en lo cual ganó el buen amigo Ricochi su par de talegas de pesos, se condujo á D. Fulgencio á su nueva habitación; y parecido á una vieja bailarina, que

arrugada, flaca y olvidada, sale repentinamente con pantorrillas postizas, colorete y encajes, y punto por todas partes, y arranca á los que no la conocen aplausos de admiracion, así apareció nuestro personage con el prestigio de su caudal, de su gran casa, y de su profunda sabiduría, arrancando desde luego á toda la prensa, las mas unánimes y cumplidas alabanzas. La prensa en la realidad ni sabia lo que hacia, y en último caso aplaudia á una vieja y arrugada bailarina.

En cuanto á las muchachas, la transformacion se habia operado como por encanto, y Fred habia triunfado completamente en su sistema de educacion. No salian si no era de gorro, tomaban té y *rosbif* á todas horas, bien que á escondidas saboreaban sus tacos de tortilla, vestian á la manera inglesa pero con muy buenos trages; y por último, los nombres de Pancha y de Marica habian quedado suprimidos, y una se llamaba *Sara* y la otra *Elizabet*.

Una vez arreglados todos estos pormenores que, como se vé, eran de la mayor importancia; la familia salió á la luz pública. Jamás México habia tenido en su fértil valle muchachas mas hermosas ni mas galanas. Los ojos de Sara y los pies de Elisa traian locos á los elegantes, y cuando se retiraban del paseo venian hasta la puerta de la casa seis ú ocho caballeros, que á guisa de ayudantes escoltaban el carruaje sin separarse de él ni por los aguaceros, ni por la lluvia, ni por el polvo que suele abundar en nuestras calzadas. La

TOM. I.—P. 19,

madre estaba encantada con estas adoraciones, y en cuanto á las niñas ni se diga: dia por dia aumentaba su orgullo no por adarmes sino por arrobos. Cada noche de teatro era un nuevo vestido, y pronto aprendieron ese lujo de las mexicanas que se desdeñan de ir á la ópera con el mismo traje que el público les vió dos meses antes.

Don Fulgencio tenia, como al principio hemos dicho, una figura comun, pero como era de cuerpo alto y de carrillos llenos, daba su pala, como suele decirse, y adquirió en breve toda la importancia que en la política tiene un figuron grande y marcado. ¡Qué trabajo cuesta á los flacos y desmedrados hacer carrera! Para la política se requiere en México facha, y nada mas que facha, y D. Fulgencio daba realce á la que Dios le habia dado con un prendedor de brillantes con una cadena mostruosa de oro colgada de los botones del chaleco, con un lente con que examinaba antes de hablar la fisonomía de los que se acercaban, con un acento campanudo y sentencioso que habia adquirido para dar mas realce á su dignidad; y por último, con los millones de capital que le suponía el público ligero y amigo de saber lo que le importa, y lo que no le importa.

En cuanto á Fred era la maravilla de México. Presentado á todas las legaciones no trataba mas que con los *atachees*, no hablaba mas que ingles ó frances, y no hacia mas que lo que hacian los ministros estrangeros;

así decía con un aplomo admirable: *Vamos á reclamar fuertemente al gobierno; vamos á pedir la escuadra; vamos á bloquear los puertos; vamos á poner de vuelta y media al ministro de relaciones; vamos á hacer una tertulia diplomática.* Si un ministro andaba en la calle con grandes espuelas, Fred al momento compraba unas iguales y se metía hasta en la iglesia con ellas: si observaba que un diplomático acertaba el chaleco, Fred lo acertaba mas: si los diplomáticos no hablaban, Fred cerraba sus lábios: si un *atachee* reía, Fred de por fuerza tenia que soltar la carcajada; en una palabra, Fred estudiaba todos estos incidentes y los seguía con una exactitud inglesa. Estos talentos precoces llamaron la atención del gobierno, y un día el ministro de relaciones pensando que la república recibiría un gran honor con aprovecharse de los talentos de un jóven tan elegante, lo nombró secretario de una legacion.

Fred aceptó; pero D. Fulgencio que quería que su hijo comenzase su carrera por ministro plenipotenciario, se opuso, y una comedida renuncia fué la contestacion. Nuevo motivo de elogios, nueva laudatoria de la prensa. Al día siguiente de la renuncia salió en el mas acreditado periódico un párrafo.

“Desprendimiento.—El que ha tenido el muy apreciable é ilustrado D. Fulgencio García Julio, es digno de los mayores elogios. Nombrado su hijo mayor secretario de una de nuestras legaciones, sin solicitarlo, y solo por el conocimiento que el sábio ministro de re-

laciones, que dignamente preside el gabinete, tenia de los adelantos en el arte de la diplomacia de este jóven estudioso, manifestó en una atenta comunicacion que renunciaba en nombre de su hijo, y que queria dedicarlo mayor tiempo al estudio para que se consagrara al servicio de su patria. Rasgos como éste no necesitan comentarios, y deben pasar á la posteridad."

La madre se dió tal infatuada, se volvió tan bachillera y tan vanidosa que nadie la podia soportar. Como García Julio es tan generoso, decia, no hay canalla de estos mexicanos que no le deba algo.

Como García Julio tiene tanto talento no hay asunto que no le consulten, y diariamente lo mortifican los ministros.

Como García Julio es tan de buen corazon, á todas estas gentes de México los llena de favores.

Como García Julio es hombre infatigable, trabaja dia y noche en favor de la patria para que nadie se lo agradezca.

Luego de su marido pasaba á las hijas.

Como Sara es tan hermosa, se mueren por ella todos los mexicanos; pero se quedarán con sus deseos porque Sara no se ha de casar sino con un hombre de proporciones, que la merezca y que la sepa hacer feliz.

Como Elisabet es tan amable y tiene esa sonrisa tan graciosa, todas las mugeres de aquí, que son tan envidiosas, se mueren de celos.

Es mucha la gracia de mis hijas, ¡y qué talento, qué educacion, qué trato tan fino! Todas las visitas se quedan encantadas. Y como al fin García ha de mandar en México, es menester que aprovechen mis pobres hijas la posicion de su padre, para divertirse y pasarse buena vida, pero nada es comparable á mi Fred. Habla en lenguas, que es un primor. El español lo habla un poco mal; pero inglés, vaya si da gusto, aunque yo no puedo entender ni una palabra: él, ademas, turco, latin, apache, cuanto hay; si es un prodigio. ¡Y qué bien relacionado! ¡Y cómo lo adoran en todo México! ¡Y cómo se perecen las muchachas por él! No tendria mas que abrir la boca, y se pelearian las mas ricas y mas bonitas de México por casarse con mi Fred; pero cuándo, él se divierte con todas, y hace bien el pobrecito, al fin es jóven y le viven sus padres.

Cuando no hablaba la señora de sus virtudes y prendas de su familia, era porque tenia que ponderar sus riquezas, lo hermoso de sus haciendas, el clima de su tierra y la gordura de la carne de sus carneros. En esto sí se parecia á los ingleses y á sus hijos los americanos, que siempre creen que ellos y sus cosas, son los primeros hombres, y las mejores cosas de la tierra.

Vivo aburrida en este México, decia, ¡qué calor tan insoportable, qué viento, qué polvo, qué hedor el de las calles! En nuestras haciendas se respira el aire puro

y fresco, se vive, se come una carne sabrosa y gorda; pero aquí hasta la fruta es mala, hasta el cielo lo veo medio morado, medio quién sabe cómo. Siempre le digo á Fulgencio que no se alucine, que la patria le ha de pagar mal, y que lo mejor que podríamos hacer, es volvernos á nuestras fincas; pero él nada, todo lo sacrifica á su patria, eso sí; porque Fulgencio, mas quiere á su patria, que á su mujer, que á sus hijas, y que á todo el mundo: debía ser presidente, segun lo que se muere por todo lo que es política.

Las visitas, como se debe suponer, no tenían mas medio sino hacer una buena dósis de paciencia para sufrir á la señora, y añadir algunos elogios á los muchos que ella hacia de su persona, de su familia, de su casa, de sus haciendas, y hasta de Diana y de Corina. La capital de la República estaba, en su concepto, muy honrada, con solo la residencia de las dos perritas en el recinto de sus fosos y murallas.

A Juanito, aunque lo hemos dejado para lo último, no lo hemos olvidado; ni cómo habríamos podido olvidar á tan preciosa alhaja. Luego que la familia estuvo establecida en su nueva habitacion ducal, y todo fué entrando al órden, se pensó en que Juanito continuase su brillante educacion, y se escogió uno de esos colegios *científico-industrio-económico-morales y prácticos* que abundan en la capital, y cuyos cartelones leen con una especie de asombro los payos. Colegios mons-

truos, colegios donde se enseña historia, frenología, numismática, cálculo infinitesimal, equitación, psicología, obstetricia, mecánica, astronomía, canto llano, griego y árabe, y donde, como salen los discípulos tan sabios, descuidan la lectura, la gramática española y la moral cristiana, porque esas son cosas vulgares que las puede enseñar en la casa la mamá, mientras para los otros ramos se necesita de la asistencia de sabios profundos, que por diez ó quince pesos cada mes, enseñen las ciencias exactas y las lenguas muertas, á mas de ochen'a diablillos.

Como Juanito era de una familia rica y distinguida, iba al colegio *económico-industrial* á las once, y salía antes de las doce: las tardes lluviosas porque no se enfermase, la madre prefería que se fuese con sus hermanas al paseo. Sin embargo, como la criatura tenía un talento prodigioso, á los seis meses ya sabía decir *bon jour* en francés; un par de docenas de palabras que no se pueden escribir en castellano, chupar sus cigarritos y hacer sus mimos amorosos á unas muchachitas que vivían frente al famoso establecimiento. La madre, como con todo lo que le pertenecía estaba encantada, y cuando no hablaba de sus carneros ponderaba los adelantos y el talento prodigiosos de su nieto. Este, engreído, voluntarioso y un poco bellaco, abusaba de su posición, y tan luego como iba á la casa una visita se apoderaba del baston, del paraguas

ó del sombrero, y se ponía á jugar como si fuese con una de esas figuras de goma elástica, que se pueden estrujar impunemente; pedia medio á su mamá, para que la visita le diera por lo menos una peseta, y no despreciaba ninguno de los dulces y chucherías que le regalaban los apasionados de las hermanas. ¡Qué gracioso! ¡Qué vivo! decia la mamá. Este niño, aunque le faltaran sus padres y no le quedara dinero, no se moriria de hambre. Era verdad.

La vida que tenia la familia, era la vida de lo que aquí llamamos gran tono. Se levantaban todos tarde, almorzaban y recibian visitas. En la tarde se ponía el coche, y las niñas y la mamá se iban al paseo á dar vueltas y vueltas entre las nubes de polvo que levantan los caballos de los enamorados: en la noche al teatro cuando lo habia, y los domingos de gran *toilette*, á la iglesia mas concurrida á ser vistas por la fila de todos los que se ponen á ver salir y entrar á las lindas y piadosas mexicanas.



CAPITULO XVIII.

DE LAS VISITAS QUE HACE D. FULGENCIO A LOS ESTABLECIMIENTOS PUBLICOS DE LA CAPITAL, Y DE LOS HONORES Y CONDECORACIONES QUE SE TRIBUTARON A SUS MERITOS Y A SU TALENTO.

La fama de D. Fulgencio crecia todos los dias, ¡cosa singular! con el silencio. Desde que las cámaras se instalaron, los diputados noveles se habian desatado pronunciando discursos sobre todo y sobre todas las cosas, mientras D. Fulgencio, reducido á menear una que otra vez la cabeza, á soltar una que otra palabra tan misteriosa, que nada queria decir y votar cerradamente con la oposicion.

¡Qué camándulas, decian unos! ¡Qué reposo y qué moderacion, decian otros, qué profunda sabiduría encierra ese perpetuo silencio, añadian los de mas allá!

Este hombre sabe mucho, este hombre no habla porque quiere estudiar bien las cuestiones, éste es el diputado que maneja la cámara, éste es el caudillo que puede echar abajo al ministerio el día que abra la boca.

—Pero no la abrirá, replicaban otros.

—A buen seguro, no se va de ligero como esos muchachos barbilampiños que vienen de los Estados, y entregan la carta al momento que piden la palabra.

—¡Oh! no se puede negar, convenian todos, en que tenemos en México hombres de Estado, y que aquí nos sobra todo, hasta nosotros sobramos tambien.

D. Fulgencio, á cuyos oídos no dejaban de llegar de cuando en cuando estas palabras de nivel, se ponía como un pavo de esponjado, y daba gracias á Dios de que sus compañeros hubiesen descubierto que uno de los caracteres mas marcados de los grandes hombres, es hablar poco ó no hablar nada.

Con el contacto con las gentes de gobierno y de comercio, D. Fulgencio adquirió no solo muchas relaciones, sino tambien clientes, y tuvo el gusto de hacer otro nuevo descubrimiento, y es que era abogado. Nadie es profeta en su tierra, y es verdad, porque donde se conocen á los profetas, no hay quien les crea ni el Padre Nuestro.

Un rico mercader de tequesquite, fué el primero que lo eligió por patrono. En seguida, un fabricante de bujías, que no daban luz, le entregó todos sus intereses. Como éstos debían ventilarse en las cámaras,

donde ambos tenían pendientes reclamaciones, eligieron naturalmente á un licenciado diputado que podia colocar indudablemente su bufete, ya en su casa, ya en la cámara. Como nadie se cuidó de pedir el título al nuevo abogado, ni mucho menos se hubieran atrevido á exigir que se presentase á exámen un hombre de tanta importancia y tan lleno de ciencia, D. Fulgencio comenzó á ejercer su profesion, no ante los juzgados, sino ante los ministerios; convirtiéndose en el agente de cuantos querian para con cualquiera pretesto, aumentar sus bienes con una particilla de los bienes públicos. Otro motivo de fama y de popularidad. Los periódicos volvieron á hacer la ruidosa trompeta.

Justicia seca. Aunque no somos amigos personales del hábil y acreditado juriconsulto D. Fulgencio García Julio, debemos un homenaje al talento y á la justicia. El ruidoso pleito de los tequesquites ha concluido como debia concluir, conforme á la justicia y á la conveniencia pública, despojándose á todos los pueblos detentadores y entregándose todos los productos al contratista que, aunque es verdad que todo lo ha pagado en papeles al gobierno, es en créditos que valen cinco por ciento para la nacion sin dinero efectivo. El ilustre García Julio ha sostenido victoriosamente este punto; y esos inquietos indígenas, engañados con las ideas destructoras del comunismo, han recibido una leccion severa."

Este golpe dado contra el pueblo por el talento de

nuestro diputado, aumentó su popularidad de una manera tan prodigiosa, que él mismo se asombraba y no podía menos de reconocer el talento del maestro Pimpinela, que era el que había hecho el descubrimiento de su capacidad política.

En menos de una semana recibió cuantos títulos y consideraciones podían dispensarle los necios y patrióticos habitantes de la Babilonia, y el lector quizá tendrá la paciencia de acompañar á D. Fulgencio á algunas de sus escursiones.

Un sábado se presentó á su casa una comision de jóvenes mezclados con algunos cotorrones. Todos venian en gran *tenue* á anunciar que la Compañía Lancasteriana sabiendo que el Sr. D Fulgencio era una persona apasionada por los adelantos de la juventud, y que había hecho considerables servicios á la enseñanza pública manteniendo á su costa un maestro de escuela en su hacienda (el pedagogo de Juanito,) había sido nombrado vicepresidente por unanimidad, y se le invitaba para la distribucion de premios que se haria en la mañana del domingo.

Don Fulgencio obsequió con un buen vino de madera á la comision, se hizo mucho del rogar, ponderó lo insignificante de sus servicios, añadió que su vida estaba consagrada á la filantropía, y concluyó por hacer el gran sacrificio de aceptar una distincion tan honrosa.

Como habia quedado convenido, al dia siguiente tuvo lugar la filantrópica funcion y no faltó un filántropo á la solemnidad. En el mismo lugar donde el mísero padre de Fulgencio recibia sendos azotes y temblaba solo de ver menearse la barba del belemita, allí la libertad habia asentado su imperio, y multitud de niños pobres que no sabian leer, iban ó ser vice presididos por Fulgencio el grande, que dominaba como Ciceron en la tribuna, y que recibia de los ilustrados filántropos la recompensa de su talento.

Las sillas y bancas estaban llenas, y algunas lindas filántropas alegraban con sus frescas caras de rosa aquella solemnidad, que lo que tenia de tierna, era la pobreza, y puede decirse la miseria de la multitud de hijos y de nietos de la libertad, á quienes se hacia entrar en las puertas del saber con el admirable sistema de Lancaster.

La solemnidad comenzó: D. Fulgencio sentado en la cabecera del salon en su poltrona de terciopelo, tocó la campanilla de plata, y una música militar aturdió á la concurrencia con sendos tamborazos, y haciendo temblar la sala con el sonido de sus muchos instrumentos de bronce.

Don Fulgencio tocó la campanilla, y al momento el silencio se restableció, las señoras y señores se acomodaron como pudieron, las unas sentadas y los otros en pié, y comenzaron los discursos y las poesías.

TOM. I.—P. 20.

Un poeta sacó un gran cuaderno del faldon de su casaca, y tomando un aire de Demóstenes, comenzó:

Señor de la Compañía Lancasteriana, ya veis la deuda sagrada que teneis con la patria.

Los niños que no sabian una palabra de semejante deuda, alzaban la cara para ver al orador y seguian jugando con sus popotes y sus cárceles de nuez, donde encerraban á cuantas moscas podian atrapar al vuelo.

El hombre, qué digo, todos los hombres, son unas fieras dañinas.

Don Fulgencio, como acostumbraba, en la cámara movia la cabeza y abria tamaños ojos.

Sí, hijos míos, mis hermanos, mis compatriotas, os hablo con el acento de la filantropía y no os engaña mi corazon; el hombre es una fiera, pero la educacion da vigor á su cuerpo, mantiene en su alma el santo respeto á los derechos del hombre, y á las garantías de la sociedad.

Hijos mimados de una gran República, como es la de México, cuyo poder desafía al mundo, y cuyos productos codicia el ambicioso extranjero; vosotros sereis su apoyo y su sosten, y un dia, el dia terrible de la prueba, probareis en los campos de batalla que sois los nietos valientes de Hidalgo y de Morelos.

El auditorio no pudo contenerse: un estrepitoso aplauso cubrió la voz sonora y elocuente del orador, y muchos sombreros de los filántropos mas entusiastas volaron por el aire.

Sí, conciudadanos, continuó el orador laténdole fuertemente el pecho como á las damas de teatro de la escuela romántica; sí, conciudadanos, este día es el mas grande de mi vida, porque veo crecer en los jardines de la Lancasteriana los claveles de la instruccion; este es el día mas feliz, porque las plantas tiernas que hoy con trabajo crecen bajo el invernáculo de los ocios beneméritos de la Compañía, mañana serán los sabinos gigantes de Chapultepec que darán sombra á mi adorada patria, á la patria opulenta de los Allendes y de los Abasolos.

Sí, conciudadanos, démonos el parabien de que personas tan ilustradas y que han dedicado toda su existencia á proteger la juventud, como nuestro digno vicepresidente el Sr. D. Fulgencio García Julio, estén al frente de esta republicana institucion, que con el tiempo ha de regenerar al poderoso imperio de Moctezuma y de Guatimoc.—*Dije.*

Los aplausos se repitieron, la música volvió á dar, no al viento, sino al techo de la sala sus ruidosos acentos, el orador sacó un pañuelo blanco con encajes de cambray, prenda de su Dulcinea, se limpió el sudor, hizo una caravana á D. Fulgencio y se salió del salon á chupar su cigarro. Detras de él, salieron multitud de personas á darle sus medios nuevos.

—Bien, muy bien Cirilo; has quedado como siempre.

—Si se remontó á las nubes, decia otro.

El discurso fué corto pero sublime. Tiene renglones que con mucho gusto firmaría Lamartine ó el autor de Atala.

—Qué diablo de muchacho, murmuraban otros en voz tan baja, que se pudiera oír perfectamente, tiene su chispa, y promete mucho. Oh! éste con el tiempo debe dar muchos días de gloria á la patria.

La campanilla de plata del vice-presidente, volvió al órden y á sus asientos por la concurrencia, y se levantó otro orador, que con voz entre lúgubre y temblona, comenzó una dulcísima poesía.

BARCAROLA.

Dadme una lira, si teneis, de pronto,
 Dadme tambien inspiracion ardiente,
 Dadme con ella un corazon latiente

Para cantar.

Dadme un ceston de primorosas flores,
 Dadme un vergel para cantar sonoro,
 Dadme unas harpas de carmin y de oro

Para cantar.

—Como el poeta pedia liras, cestones de flores, harpas, vergeles sonoros, y tambien corazon é inspiracion, el auditorio aunque benigno é ilustrado, consideró que faltaban muchas cosas al poeta, y no sabia qué hacerse, particularmente D. Fulgencio, que ya estaba por tocar la campana y darle mas música, ya que no podía ofrecer de pronto al vate, todos los trevejos que necesitaba.

La ansiedad del público cesó, en fin, cuando el poeta tomó un partido decisivo y continuó:

Pero nada me deis, bardo inspirado,
Siento correr el fuego por mis venas,
Y mis suaves y dulces cantilenas
Entonará mi pecho y mi laúd.

La patria de mis padres me reclama,
Esta patria infeliz que espera tanto;
Que espera ya el remedio á su quebranto
De la temprana y nueva juventud.

Hubo ya con esta tirada del poeta, un silencio profundo y parecian todos, persuadidos lo mismo que el autor, de que sus melodías eran suaves y dulces. Animado con esta muda, pero significativa aprobacion, siguió variando metros con una facilidad que asombró á la concurrencia.

Mí patria
volando
cantando
triunfará.
Y al momento
el tirano
inhumano
caerá.

EL HOMBRE

Como acaba
 El humo,
 Que leve
 Se mueve

Al impulso terrífico del viento
 Y lanza lastimero último acento
 La víctima que arrastra el huracán.

Ya la aurora
 Colora
 Con su luz
 La cortina
 Matutina

Que se levanta del risueño Oriente,
 Y muestra del Señor Omnipotente
 La suprema y terrible voluntad.

Así vuelan
 Las delicias,
 Y la vida
 Ya perdida
 Se nos va.

Como vuela
 La humareda,
 Solo queda
 Su capuz.

Así vamos
A la tumba,
Cuando zumba
Zus
Puf
Uf.

Leida en honor de las escuelas de la lancasteriana,
—*Dije.*

Nuevos y ruidosos aplausos y aprobacion completa del vice-presidente, que estaba encantado de la facilidad de la versificacion y de los profundos y filosóficos pensamientos que contenia la barquerola, y sobre todo, de lo mncho que se ocupaba, aunque en un sentido conceptuoso, de la festividad del dia. D. Fulgencio no pudo contenerse; y perdiendo algo de su dignidad, se levantó de su asiento y abrazó al bardo, y á su ejemplo lo mismo hicieron otros y otros, abrazando tambien á D. Fulgencio como protector de la juventud, y abrazándose mutuamente llenos de entusiasmo y de júbilo.

La campanilla terminó esta tiernísima escena, y restablecido el silencio, otro astro del parnaso se levantó y leyó el siguiente

SONETO

*Dedicado á los ilustres sabios y á los filantrópicos
niños de las escuelas.*

Atended á mi voz, oid el eco,
Que la sagrada *inspiracion* me inspira,
Y que de este recinto un solo hueco
No quede sin oír, mi sacra lira.

No en mi cantar el corazón reseco
A enaltecer la juventud aspira,
Sí á dar rienda al dolor, que el pecho seco
En mi azarosa situación respira.

Hijo soy de las musas: soy el bardo
Que en los campos eternos de Helicon
Ceñí la frente de jazmín y nardo.

Hoy que la Fama, mi saber pregoná,
De aquesta noble juventud aguardo
Acepte de mis sienes la corona.

—Bravo! bravo! gritaron todos los que estaban agrupados en la puerta del salón, y la música, sin necesidad de la señal del vice-presidente, comenzó una estrepitosa *diana*.

El triunfo del poeta fué completo. En seguida un doctor, que habia alcanzado los buenos tiempos clásicos, que habia cursado las áulas, y que habia sido borlado en la nacional y pontificia Universidad, caló sus antejos, sacó su discurso, y comenzó:

Señores:

En segundo lugar reflexionemos, que como decia el padre de la elocuencia romana, las repúblicas no se constituyen, si su juventud es ociosa y divagada; y por esa causa os habia ya significado que era necesario, urgente, indispensable, que hombres del saber y del patriotismo que adornan al vice presidente que habeis elegido, se hiciesen cargo de proteger los establecimientos de educacion pública que existen en nuestra patria, y que fundadas hace miles de años por el distinguido *griego Lancaster*, han llegado á la completa perfeccion bajo nuestras instituciones.

Tucidides, *Xenofonte*, *Fidias*, y todos los que, como estos hombres heróicos, han dedicado toda su vida á la enseñanza de los niños, ya en Inglaterra, ya en las ardientes montañas de la Suiza, ó ya en las márgenes heladas del Ganges, han recogido laureles puros y limpios que la posteridad ha negado á Murillo, á Velazquez, á Miguel Angel y á otros guerreros feroces, que han pasado su vida en las campos de batalla deramando la sangre de sus infelices hermanos.

Sí, mexicanos, seguid su ejemplo y marchareis por la senda de la civilizacion, aprended las lecciones de la esperiencia, y no os dejeis seducir por el aparato engañoso de una libertad que os conducirá á la ruina. La instruccion, la enseñanza de la juventud, y la paz, es lo único que os puede hacer felices como á los babilónios, ilustrados como los persas, y generosos como los israelitas.

Felicitémonos compatriotas queridos, prestémos nuestro talento y nuestros estudios para ilustrar á esta juventud en la peligrosa carrera que ha emprendido, y la patria premiará con larga mano nuestros afanes, como ya ha premiado, aunque no como merece, los talentos y sin, adulacion, la sabiduría de nuestro digno vice-presidente.—Dije.

—Como el discurso fué severo y clásico, no arrancó esos bravos ni entusiastas aplausos que por fuerza coronan el éxito de una poesía romántica, pero sí, todos quedaron convencidos de la lógica que campeaba en el escrito, y sorprendidos con la correccion y severidad del estilo.

—Este doctor, tiene la historia en las uñas, dijo uno de los pro-secretarios al oido de D. Fulgencio.

—Admirable, admirable, contestó D. Fulgencio, y cuidado, que las poesías tienen su mérito.

—Asombran los progresos literarios de México.

—¡Oh! esta es una juventud temible. Su fuego patrio

y su inteligencia de lumbre, nos va á llevar quén sabe dónde, contestó el vice-presidente, y tocó de nuevo la campanilla para que otro de los pro-secretarios leyera el informe ó memoria, y en efecto comenzó así:

—Señor vice-presidente.

Los progresos y adelantos que ha hecho en el último año la compañía, han sido asombrosos: aunque es verdad que de cuarenta escuelas que existian, se han cerrado veinte; pero la justicia y la verdad me obligan á decir, que aunque esto ha sido por falta de fondos con que pagar á los preceptores, no ha dependido del gobierno.

El gabinete digno é ilustrado que preside los destinos de la nacion, deseoso de proteger á la juventud, ha dado las órdenes mas terminantes para que se ministren algunos fondos á fin de que no haya necesidad de cerrar las otras veinte escuelas; pero hasta ahora á pesar de los muchos pasos de nuestro activo y patriótico tesorero, no ha podido conseguir mas que los recursos bastantes para comprar tinta y papel, careciéndose en la actualidad de plumas.

Pero estos inconvenientes, que son consecuencia forzosa de nuestro estado social y de la encarnizada lucha de los partidos, lejos de desanimar á los socios los ha estimulado á formar proyectos gigantescos, que dentro de pronto darán sus resultados.

Se establecerán ademas de las escuelas que hay ac-

tualmente otras doscientas en México, y doscientas en los Estados, dotándose á los maestros competentemente y comprándose, si es necesario, edificios elegantes y cómodos que sean propiedad de la Compañía. También se van á hacer grandes reparaciones en el edificio, construyendo un salon nuevo, adecuado para el noble objeto de la Compañía: se establecerán asimismo premios anuales, no solo para los niños, sino tambien para los maestros; en fin, el plan es grandioso y si se lleva á efecto podrá repentinamente transformar á la República. Verdad es que para llevarlo á cabo se necesitan trescientos mil pesos; pero una comision está encargada de formular un plan de recursos, otra de revisarlo, otra de aprobarlo, otra de presentarlo al gobierno, y otra de recomendarlo á S. E. el presidente de la República. En el corto espacio de seis meses que hace que las comisiones trabajan con la mayor actividad, no han podido concluir sus importantes trabajos, pero á estas horas está muy adelantada la discusion del artículo 1º. ¡Llor eterno á tanta actividad y á tan patrióticos esfuerzos.

Este es el informe que puedo presentar á tan ilustrada reunion, y por él podrán notarse los rápidos adelantos y los grandes esfuerzos que han hecho los socios, las autoridades y el supremo gobierno en favor de la instruccion de la juventud. Me lisonjeo que con el ingreso del nuevo vicepresidente, la patria tendrá que felicitarse, y dentro de poco México estará al nivel de

París ó de Lóndres, donde todos los que saben leer y escribir, escriben y leen cuando se les ofrece; lo que no hace nuestro pobre pueblo hundido en la barbarie, y el oscurantismo á que lo redujera la nefanda dominacion colonial.—*Dije.*

—Este sí que no se ha andado con flores como nuestros poetas, dijo un viejo á otro que estaba á su lado, sino que ha dicho verdades como puños.

—¡Oh! Y si se realizan los vastos proyectos que ha anunciado, vamos á ver una escuela magnífica en cada calle.

—Y como que se realizarán, si este hombre es de una energía asombrosa.

La conversacion se interrumpió porque D. Fulgencio que era el que debia terminar la solemnidad con su discurso, se puso en pié.

La sala entera se conmovió y hubo un silencio profundo.

—Señores, dijo D. Fulgencio: las palabras del idioma castellano no son bastantes para expresar lo que mi alma siente.... pero, ¡oh, nunca!.... el espectáculo de esta desvalida juventud! el patriotismo! la.... el cuando, el corazon generoso revienta. ¡Oh!.... Señores, el llanto embarga mi voz, no puedo continuar.

Don Fulgencio se dejó caer en el sillón como acometido de un vahido, y llevó el pañuelo á sus ojos.

Este fué su triunfo mas completo: las señoras se en-

ternecieron, los hombres sonaban las manos y todos decían: ¡Este hombre es sublime! ¡Qué sentimientos! ¡Qué corazón! ¡Qué palabras tan sentidas. Es lástima que la emoción no le haya permitido acabar su discurso, porque habría sido el mejor de todos; pero esto vale más, es la elocuencia del alma.

Al día siguiente la fama de D. Fulgencio había aumentado un ciento por ciento. No solo era sábio y político, sino también filántropo y elocuente; era, en una palabra, el sol á cuyo derredor giraban los hermosos planetas de la poesía y de la elocuencia. Los diarios que siempre tienen la santa misión de ensalzar el verdadero mérito, se ocuparon con entusiasmo del suceso.

Ayer, decía un periódico de oposición, ha tenido la patria un día de gloria. La inauguración del esclarecido D. Fulgencio García Julio, como vicepresidente de la instrucción pública, va á marcar el progreso de nuestra juventud. La solemnidad no dejó que desear; nuestros poetas, cantaron dulcísimas trovas en honor de la instrucción y de la patria; discursos llenos de sabiduría y de erudición se leyeron, y se trató de proyectos grandiosos, de manera, que dentro de poco vamos á ver difundida la instrucción pública con tanta rapidez, como el sol que alumbra el hermoso suelo de nuestra patria. Quiera Dios que sacrificios tan costosos, como los que ha hecho el Sr. García Julio, no se estrellen en la apatía de nuestros gobernantes, que so-

lo piensan en sostenerse en el poder y en perseguir á los que de veras aman á su país. Esperamos que el ministerio verá este negocio con la atencion que se merece, y aprontará todos los fondos necesarios para el establecimiento de escuelas, en vez de estarlos gastando en sostener tantos soldados, que son la plaga y el azote de la nacion.—EE.



E E

CAPITULO XIX.

DE LOS PROFUNDOS CONOCIMIENTOS DE DON FULGENCIO EN BELLAS ARTES, DE LOS HONORES TRIBUTADOS EN EL EXTRANJERO A SU MERITO, Y DE OTRAS COSAS QUE VERA EL CURIOSO LECTOR.

En la semana que se siguió á la solemnidad de que acabamos de hablar, D. Fulgencio recibió muchas y nuevas visitas, y todos aunque no habian oido el discurso, lo felicitaban por la oportunidad, y sobre todo, por la elocuente ternura que revelaba los sentimientos de su corazon, como si se hubiesen podido ver al través de un cristal. Sucesivamente fué recibiendo tambien comunicaciones muy atentas. En una se le nombraba individuo de una mesa de la congregacion de San Juan Evangelista, en otra, tesorero de la junta de arbitrios, y en la de mas allá, miembro de la *junta consultiva de monopolios y gavelas*. Su fama no se redujo á los estrechos límites de la República,

sino que voló al extranjero, y los anticuarios de Fildelfia lo nombraron socio honorario, y los abolicionistas, presidente perpetuo del instituto de Africa.

Satisfecho, aunque no del todo, con tantos honores, continuó sus escurciones, y no dejó hospital, hospicio ni casa de beneficencia que no visitara, dejando caer en todas ellas, esas medias palabras que constituyen el talento de un grande hombre, y que son recogidas cuidadosamente por los profanos, como si fuesen el maná de la inteligencia, y del alma.

En una de sus visitas fué á dar á instancias de varias personas muy caracterizadas, á la academia de S. Cárlos. Lo primero que llamó su atencion, fueron las dos burdas estátuas de mármol que están al pié de la escalera, sin duda para que sirvan á los discípulos como de un modelo ó tipo acabado.

Don Fulgencio, al ver aquella América tan rolliza, retrocedió dos pasos.

—Romana, no cabe duda, esta es obra romana: de á leguas se conoce el trabajo de los Camilos, y de los Scipiones.

Los que lo acompañaban repitieron en coro:

—Romana; el Sr. D. Fulgencio atinó inmediatamente.

Subieron las escaleras y entraron á la galería de los principiantes. Don Fulgencio recogia su mano, formando con ella un anteojito, y retirándose á una distancia artística, se quedaba estasiado contemplando

los pedazos de piernas y de brazos, y las caras de sayones que sirven de muestra á los muchachos.

—Dibujos de Miguel Angel, dijo con tono magistral, pasando al salon de los yesos.

Allí sí que tuvo su gusto por las artes, campo basto para recrearse.

Contemplando al gladiador moribundo, exclamaba: ¡Qué formas! ¡Qué piernotas! ¡Qué cara tan séria! Este hombre era igual al mayordomo que tenia mi padre en la hacienda.

Los que lo acompañaban, sonreian porque pensaban que estas eran las agudezas de un hombre de talento.

El Apolino, cautivó su atencion. Lo encontraba igual á Juanito su hijo, cuando era mas chico, y salia casi desnudo á jugar con las ovejas.

Cuando llegó delante del grupo de Laocon, se quedó un momento pensativo, y despues lanzando un suspiro, dijo: “A este pícaro viejo lo ahorcaron por infanticida; pues para que vdes. se lo sepan, él tuvo la culpa de todo lo que pasó. Es una historia rara y curiosa, que encontré en uno de los libros de mi padre.

Del salon de los yesos pasaron á la sala de pinturas, y allí sí que lució sus conocimientos en el arte.

Este es original, original, no cabe duda, exclamaba en el momento que veia algun cuadro viejo y maltratado. ¡Qué valentía en el dibujo! ¡Qué colorido! y luego vean vdes. las gradaciones de la luz.... allá

en el fondo.... uf.... apenas se ve la figura de un angelito, y abajo.... if.... si casi no se distingue nada.... Oh! esto es obra maestra!

—Dicen que es de Velazquez, hacia notar alguno de los amigos que lo acompañaban.

—Seguramente.... Oh! Velazquez, era mucha cosa... primo de mi abuelo, porque era, si mal no recuerdo, Velazquez García Julio.... famoso, famoso, y tiraba la espada perfectamente.

—Aquí tiene vd. otro cuadro magnífico, le decia algun otro: se asegura que es un original del *Españolito*.

—*Españolito* dirá vd., porque este pintor, segun he leído en uno de los curiosos libros de mi padre, era muy bajo de cuerpo, muy b'en parecido, y muy amigo de las buenas mozas, y le llamaban todos el Españolito. ¿No saben vdes. la historia de una Vénus del Españolito?

—No, no sabemos nada.

—Pues se las contaré aquí de paso. Una noche pasaba el Españolito por una de las calles de España, y una dama encubierta se asomó á un balcon y lo llamó. El Españolito, que era valiente, entró á una pieza oscura, y luego á otra donde habia mucha luz: allí estaba la dama que le habia llamado, que era hermosísima.

—Señor Españolito, le dijo, yo sé que vd es muy

buen pintor, y como mi marido quiere que me retraten, lo he llamado.

—Pero señora, le respondió el pintor, no tengo pinceles ni colores.

—Aquí está todo, respondió la dama, y también el modelo de donde se puede sacar la Vénus más hermosa.

—El Españolito comenzó á pintar, y cuando estaba ya acabando el pecho, la dama le dijo:

—Se me había olvidado decirle, señor pintor, que mi marido ha prometido que el pintor que me retrate, tendrá que morir; y mi marido va ya á venir dentro de cinco minutos: con que es tiempo de escoger: ó acabar el retrato, ó marcharse.

—Señora, respondió el pintor con calma, sois tan hermosa, que prefiero quedarme y acabar de pintar tan soberana imagen. Rogad, pues, á vuestro marido que me mate, pero que conserve la existencia á mi pintura.

Este rasgo de valor salvó al Españolito, pues el marido llegó y quedó tan complacido de la obra, que en vez de matar al artista, lo abrazó y lo llenó de honores.

Toda la corte que seguía á D. Fulgencio en su visita, quedó pasmada con el conocimiento que el distinguido personage tenía de las pinturas originales con la exactitud de su juicio para criticar los defectos, y

con la certeza de su ojo al distinguir las bellezas artísticas; pero sobre todo, la narración de las aventuras de los pintores fué lo que acabó de convencerlos de que no era un hombre vulgar el que había honrado con su presencia la muy noble y distinguida academia, fundada por Carlos III; y mas de un pintor ó artista, como se llaman á sí mismos hasta los que barnizan los coches de providencia, creyó á pié juntillas la aventura del *Españoleto*, y con diversas añadiduras y comentarios la referia á los que no la habían oido bien.

De los salones de pintura pasaron á los mármoles. Los blancos trozos de las canteras de Carrara, habían, bajo el cincel de los artistas, convirtiéndose en bustos de nuestros grandes hombres; y las armas, las letras, la historia, la política, y sobre todo, la pintura y la escultura, habían querido que la imágen augusta y soberana de los hombres que tanto habían ilustrado á su patria, quedasen eternamente en aquellos salones para la admiración y el ejemplo de todos los nacionales y extranjeros. ¡Qué magestad la de César Borgia, qué nobleza en la frente de Marco Aurelio, qué facciones las de Cincinato! ¡Por qué el escultor había retratado con el disfraz de los romanos, á tanto mexicano ilustre, cuyos méritos quizá se rebajaban con la corona de laurel del *empenator*?

Sin duda la modestia y la humildad había sugerido á algunos de los distinguidos académicos, que tienen

todo el año á los discípulos ocupados en hacer los retratos de las importantes personas, el aparecer con el modesto disfraz de un personaje histórico. D. Fulgencio no pudo resistir á la tentacion de verse reproducido en el mármol, en el lienzo, en el barro, en el yeso, en el daguerreotipo, aun en las sombras chinescas, si le hubiera sido posible, citó para su casa á los discípulos y escultores mas adelantados, y escogió desde luego un trozo de mármol.

A los pocos dias D. Fulgencio fué nombrado académico de número, y declarado protector de las bellas artes, conecedor consumado del arte divino de la pintura, y protector de todos los artistas. Su casa, en cuyas paredes solo habia colgado Fred cuadros con perros galgos, con diligencias y caballerizas inglesas, se transformó en un verdadero museo.

En la antesala habia un retrato de D. Fulgencio sentado en un sillón: una mano la tenia en una esfera, aunque no sabia palabra de geografia, y la otra puesta sobre un libro (que jamás habia pensado escribir) que decia: *Instruccion pública*, "*Beneficencia*."

Entrando á la sala se encontraba otro retrato de cuerpo entero de D. Fulgencio, vestido de uniforme de coronel de caballería y el pecho lleno de cruces de todos tamaños, figuras y colores. A los piés de D. Fulgencio habia cañones desmontados, espadas rotas, clarines abollados. En el lado izquierdo un leon enorme, pero en el estado mas lastimoso: una águila le habia

destrozado la barriga, le habia sacado los ojos, y estaba á punto de dejarlo sin un colmillo. Daba lástima el pobre animal.

En la derecha del cuadro se veia un cerro con una fortificacion formidable; coronada de cañones que arrojaban metralla y fuego, y D. Fulgencio en tamaño de miniatura asaltaba solo á caballo la fortaleza, mientras la tropa que lo seguia se dispersaba por los breñales. Era un cuadro histórico y un conjunto acabado, digno de que no lo olvidasen los imparciales cronistas de la independencia.

En el estudio de D. Fulgencio la escena cambiaba. Era un cuadro de familia. Don Fulgencio ocupaba el centro. Joven, fresco, elegante, con unos hermosos colores en las mejillas y un pelo sedoso y magnífico, tenia amorosamente puesta la mano en la espalda de su esposa, cuya hermosura sorprendia: á los lados resaltaban las figuras de Sara y de Elisa, y en el fondo se descubria á Fred con su trage y su casquete de cazador inglés, y á Juanito vestido de escosés como el príncipe de Gales. Este cuadro era la delicia de la familia y la admiracion de las visitas.

En las recámaras estaba en un lado de la pared el retrato de medio cuerpo de D. Fulgencio, en el trage de Dux de Venecia, y en el otro el de Lady Anastasia, de princesa napolitana.

En el comedor habia otro retrato de D. Fulgencio á

caballo, en la misma posicion en que Van Dick retrató á uno de los reyes Staurdos.

En el baño, en la despensa, y en los cuartos de las niñas, habia otros cuatro ó seis retratos mas de D. Fulgencio, ya acostado, ya de frente, de militar y de diplomático; los unos en daguerreotipo, los otros á la aguarelle; en fin, por todas partes se hallaba reproducida la interesante figura del gran hombre de México.

Cuando llegó la época de la esposicion de pinturas de la Academia, toda ella se componia de D. Fulgencio y de su mujer. No habia salon donde no hubiese un D. Fulgencio, alternando una doña Anastasia su interesante retrato con la cocina de los cartujos y el cuadro del burrito y del paragua. Nuestros Murillos y Rafaeles, en vez de ejercitar su pincel en pintar vírgenes y serafines, se habian ocupado de estudiar los botones de la casaca de D. Fulgencio, el lustre del paño de sus pantalones, los pormenores de su gruesa cadena de reloj, y todos los plebeyos que entran en determinados dias á nuestra aristocrática y magnífica esposicion, se quedaban horas enteras sentados delante de D. Fulgencio y de su cara mitad admirando los bordados de su casaca y la verdad del gros tornasolado del vestido de la buena señora, á quien el pintor habia hecho el gran servicio de quitarle como veinte años de edad, y trasladarla al lienzo con la suave encarnacion y los frescos colores de una doncella. En cuanto á las

TOM. I.—P. 22.

niñas, figuraban en el gran cuadro de familia que hemos ya descrito, y D. Fulgencio no quiso que se espusieran porque.... en fin, razones.... Temió que sus hijas lo hiciesen olvidar de los curiosos, y lo que quería era reinar sin rival en la solemnidad artística de nuestra Academia.

El artista encargado del busto trabajó también con tal empeño, que en pocos días D. Fulgencio se halló formando parte de la familia de sábios y de hombres distinguidos que están reunidos en el salón misterioso, silenciosos, quietos, fríos, mas útiles quizá en su pedestal de mármol, que lo que algunos de ellos fueron en el mundo durante su vida; por eso la posteridad comenzó para ellos cuando, como D. Fulgencio, pudieron mandar hacer su retrato y colocarlo en el templo de las artes, de miedo que la fama póstuma nada tuviese que decir de ellos después de la muerte.

Toda esta pompa, todo este fausto artístico, dió un resultado absolutamente lógico. Como estaba ya probado que D. Fulgencio era hombre inteligente en el arte de la pintura, como sabia multitud de anécdotas de los pintores; y como ya estaba retratado en mármol, con una nariz romana y una multitud de protuberancias, que constituian á su cráneo uno de los primeros cráneos de México, el gobierno pensó, que todas estas circunstancias probaban evidentemente, que nuestro amigo debería tener profundos conocimientos en la náutica; y el minis-

tro, en un día de campo, en que reinó la mayor armonía y cordialidad, lo nombró intendente de marina.

D. Fulgencio tuvo necesidad de otro retrato con uniforme de marino, una playa lejana y en lontananza un combate naval. Esta fué la obra maestra que coronó su fama, y de este momento vamos á ver cómo fué el verdadero Hombre de la situación.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DE LOS

CAPITULOS CONTENIDOS EN EL TOM. I.

	PAG.
Proemio	I
Capítulo I.— <i>Dáse cuenta de la ilustre prosapia de D. Fulgencio, y de como vino de España en compañía del virey</i>	1
Capítulo II.— <i>Del viaje y arribo á Veracruz de Fulgencio el chico, y de cómo no quiso continuar con el virey para tener el gusto de recoger el oro y tirar la plata á los indios y á los esclavos</i>	11
Capítulo III.— <i>De cómo hizo Fulgencio el camino de Veracruz á México, recogiendo muchas piedras de oro, y de la queja que dió al virey</i>	

ÍNDICE.

<i>contra unos arrieros que lo trajeron montado en una mnlá hasta cerca de Puebla.....</i>	23
Capítulo IV.— <i>De las sabrosas frutas que comió Fulgencio en la ciudad de México, y de cómo halló acomodo en la casa de los hermanos Aguirrevengurren.....</i>	37
Capítulo V.— <i>Donde se dice quién era Aguirrevengurren y su dependiente: de cómo hacían el comercio, y de la vida metódica y arreglada que tenían los ricos de otro tiempo.....</i>	51
Capítulo VI.— <i>De cómo Fulgencio fué puesto en la escuela, y del sistema humanitario que usaban para la enseñanza de la juventud, los caritativos padres Belemitas.....</i>	67
Capítulo VII.— <i>De los adelantos rápidos de Fulgencio: de su viaje al Interior: de la muerte del hermano Vengurren de Manila y su sermón de honras, y de otras cosas curiosas que sabrá el lector si tiene la paciencia de leer este capítulo.....</i>	35
Capítulo VIII.— <i>De los pesares que experimentó Vengurren, de su muerte, y de cómo dejó á Fulgencio de heredero de sus calzones de paño y de todo su dinero.....</i>	103
Capítulo IX.— <i>De la nueva vida de Fulgencio, del lujo con que establece su casa y de cómo adquiere una capitania por el módico precio</i>	

INDÍCE.

<i>de quinientos mil pesos.....</i>	113
Capítulo X.— <i>Dáse cuenta de cómo Fulgencio se encontró repentinamente pobre, de su viaje á la nueva Vizcaya, y de su casamiento con Doña Ana de Gibraltar.....</i>	123
Capítulo XI.— <i>De los aprovechamientos que hizo en el colegio Fulgencio el chico, de su entusiasmo por la libertad, de su entrada triunfante en la capital, y de la muerte de su madre y de su padre.....</i>	131
Capítulo XII.— <i>Dáse cuenta del lugar apartado en que vivia Don Fulgencio, de la familia y de la interesante conversacion, que al hacerse la barba, tuvo con maestro Pimpinela...</i>	141
Capítulo XIII.— <i>Del proyecto de viaje á México, de las festividades que por amor del pueblo dispone Don Fulgencio en su hacienda, y de cómo fia á Pimpinela el éxito de sus aspiraciones políticas.....</i>	157
Capítulo XIV.— <i>De cómo Don Fulgencio resultó electo diputado por la voluntad del pueblo, y de su viaje á la corte de México.....</i>	169
Capítulo XV.— <i>De la llegada de Don Fulgencio el grande á México, y de cómo su hijo, que venia de Lóndres, encuentra á su familia en un estado completo de barbarie.....</i>	181
Capítulo XVI.— <i>De las agradables escursiones</i>	

INDICE.

- que hace Don Fulgencio y su familia en la ciudad de México, y de cómo comienza Fred la obra trabajosa de civilizar á los de su casa.* 189
- Capítulo XVII.—*De cómo Don Fulgencio tiene necesidad de ser un luminar de la república, y de la nueva vida que adopta en la capital.* 207
- Capítulo XVIII.—*De las visitas que hace Don Fulgencio á los establecimientos públicos de la capital, y de los honores y condecoraciones que se tributaron a sus méritos y á su talento..* 219
- Capítulo XIX.—*De los profundos conocimientos de Don Fulgencio en bellas artes, de los honores tributados en el extranjero á su mérito, y de otras cosas que verá el curioso lector.* 239

50000

YALE





3 9002 00561 2461

JAN 17 '83

